

Índice de "Una traducción de Kurt Tucholsky"

INTRODUCCIÓN.....	1
PARTE I – Preparativos previos a la traducción -.....	4
LA REPÚBLICA DE WEIMAR.....	4
LITERATURA EN LA REPÚBLICA DE WEIMAR.....	8
Die Neue Sachlichkeit (La Nueva Objetividad, o el Neorrealismo).....	8
FILIACIÓN (A-) POLÍTICA DE KURT TUCHOLSKY.....	12
LA SÁTIRA EN KURT TUCHOLSKY.....	14
1 - CONTRA LOS PERIODISTAS.....	20
2 - CONTRA LOS MILITARES.....	25
3 - CONTRA EL LENGUAJE.....	31
4 - CONTRA LOS JUECES.....	36
PARTE II – La traducción -.....	39
1 - PRENSA Y REALIDAD.....	39
2 - HACE OCHO AÑOS.....	45
3 - LA FRASE HECHA.....	50
4 - EL CIELO DE LOS PRUSIANOS.....	53
PARTE III – Defensa de la traducción -.....	56
TEORÍA DE MI TRADUCCIÓN.....	56
1 - PRENSA Y REALIDAD.....	58
2 - HACE OCHO AÑOS.....	65
3 - LA FRASE HECHA.....	69
4 - EL CIELO DE LOS PRUSIANOS.....	74
A MODO DE CONCLUSIÓN.....	78
BIBLIOGRAFÍA.....	81
TEXTOS ORIGINALES.....	84
1.- Presse und Realität.....	84
2.- Vor acht Jahren.....	90
3 - Die Redensart.....	95
4 - Der Preußenhimmel.....	98

Una traducción de Kurt Tucholsky
realizada por Marc Jiménez Buzzi
en 1999

INTRODUCCIÓN

[Tucholsky](#) fue ya en vida un autor ampliamente leído. Críticas de teatro, de literatura en general, o textos de crítica y de opinión, los artículos que publicaba casi a diario en la *Weltbühne* tenían una gran aceptación popular. Sus novelas registraron buenas ventas teniendo en cuenta el momento histórico. Por todo esto puede concluirse que Tucholsky fue un escritor con mucho éxito. Un éxito que no ha hecho más que acrecentarse desde su muerte y hasta la actualidad, y que se materializa en las nuevas ediciones que han ido apareciendo de sus obras o en la buena aceptación de que ha gozado entre las jóvenes generaciones de lectores. No obstante, él no podía conformarse con este éxito, pues su prioridad era que su obra tuviera “consecuencias”. Al final de su vida, desterrado en Suecia y condenado al silencio, Tucholsky se lamentó de que su obra había tenido “éxito sin consecuencias” (“*Erfolg ohne Wirkung*”).

Bien lejos de la intención de que su obra se acomodara a los preceptos esteticistas del “arte por el arte”, Tucholsky ambicionaba que su palabra llegara al gran público y que, cambiando y educando a éste, se hiciera sentir en forma de cambios y mejoras concretos en la sociedad del momento. En este sentido puede decirse que Tucholsky fue un autor comprometido. Aunque esta etiqueta no se ajusta del todo al autor que nos ocupa. Tucholsky no fue un escritor *engagé* al uso en cuanto que nunca representó la ideología de una tendencia o partido algunos. Tucholsky estaba comprometido únicamente con su pensamiento, único y visceral. Las consecuencias que había de tener su obra no eran utópicas, no descansaban en un proyecto “constructivo” de futuro. Tucholsky conocía demasiado bien los elementos de poder de su sociedad como para saber que eso no era posible a corto plazo; y para caer en la cuenta de que lo más conveniente en aquel momento era desenmascarar a estos elementos nocivos, que su obra tuviera unas buenas consecuencias “destructivas”.

[La República de Weimar](#) ya nació siendo un régimen endeble, pero a medida que avanzaba su corta vida y se acentuaba su debilidad, hubo de ver cómo los elementos que le eran adversos progresivamente iban apoderándose de ella. Los sectores adictos al antiguo régimen imperial nunca acataron la constitución de la nueva [República](#) y trabajaron todo lo que pudieron para su destrucción. El militarismo, el nacionalismo y el monarquismo se pusieron su máscara más grotesca en el año 1933 y tomaron la calle y el Estado a la luz de las antorchas. Hasta aquel momento, Tucholsky se había consagrado a advertir sobre un

peligro cuya inminencia siempre profetizó. Defendió los postulados republicanos en sus tesis más pacifistas y democráticas, y por ello apuntó el dardo de su crítica contra aquellos elementos que amenazaban la estabilidad del nuevo régimen. Y sobre todo se dedicó a combatir la corrupción de los instrumentos de poder en los que se basaba el **militarismo: *el periodismo, el lenguaje y el sistema judicial.***

Cada uno de los cuatro textos cuya traducción aquí se propone tiene por objeto de crítica a una de estas cuatro instituciones. *Prensa y realidad* es una crítica de la prensa; *Hace ocho años*, del militarismo; *La frase hecha*, del lenguaje; y *El cielo de los prusianos*, de los jueces. He escogido estos cuatro textos porque en cada uno de ellos es muy clara y representativa la crítica a los elementos mencionados, y sobre todo porque todos muestran a las claras las sutiles relaciones que existían entre las cuatro instituciones objeto de crítica. Además, es perceptible en los cuatro artículos que aquí se traducen el verdadero mensaje de fondo de la obra periodística entera de Tucholsky: desenmascaramiento de lo falaz y exhortación a que cada uno utilice su propia razón para formarse una visión libre, no contaminada, del mundo.

Este mensaje de Tucholsky casi nunca es explícito, sino que es tanto más eficaz en cuanto deja aprehenderse tan sólo entre líneas. Tucholsky es un satírico, un irónico. Un satírico porque su ironía está al servicio de la crítica y el desenmascaramiento de la mentira. Y un irónico porque esta crítica no se formula directamente, sino que muchas veces se esconde en la voz y la opinión del objeto satirizado, adaptándose a las expresiones lingüísticas que lo caracterizan. La lectura de Tucholsky, hoy como antes, es sugerente en cuanto obliga a la deconstrucción de su mensaje, a la reinterpretación. Pero también por eso es una lectura difícil, que implica el conocimiento claro de la voz autoral, por una parte, así como de las referencias a las que ésta alude oblicuamente. Si el lector no comparte estos referentes que Tucholsky da por sabidos (puesto que dirigió su obra a un público perentoriamente contemporáneo), corre el peligro de quedarse a medias y de no poder “traducir” la ironía. Por este motivo, presento en primer lugar la traducción de los artículos *Prensa y realidad* y *Hace ocho años*. En estos dos textos Tucholsky no utiliza ninguno de los procedimientos distanciadores y oblicuos de la sátira, sino que expone a las claras cuál es su opinión y cuál el objeto que critica, aquí, de forma bien explícita. De función eminentemente referencial, estos dos artículos servirán para que el lector se familiarice con la voz “seria”, directa, de Tucholsky, antes de tratar de reconocerla bajo las capas de la ironía y de la sátira que envuelven los otros dos textos cuya

traducción aquí se propone *La frase hecha y El cielo de los prusianos*. Una vez que uno ya conoce el pensamiento de Tucholsky y las circunstancias contextuales a las que su obra no deja de hacer referencia (a este efecto será necesaria la consulta de la primera parte de este trabajo), ya está preparado para llevar a cabo la lectura de sus textos satíricos. De esta manera, ya está preparado para apreciar la lección humanista de este autor. Tal vez pueda decirse que en cada buena lectura del satírico, una que siga todas sus pistas para reinterpretar correctamente el sentido corrosivo de su sátira, la obra de Tucholsky esté teniendo las “consecuencias” que él nunca vio realizadas, por más que estas consecuencias queden circunscritas al campo del pensamiento de cada lector.

PARTE I – Preparativos previos a la traducción -

LA REPÚBLICA DE WEIMAR

“Der Kaiser hat abgedankt, und seine Freunde sind verschwunden. (...) Das alte und Morsche, die Monarchie ist zusammengebrochen! Es lebe das Neue, es lebe die deutsche Republik!” (Citado por Schulz, 1959: pág. 56)

(“El emperador ha abdicado, y sus amigos se han esfumado. (...) ¡Lo viejo y tronado ha muerto, como la monarquía! ¡Viva lo nuevo! ¡Viva la República alemana!”)

Con estas palabras, el 9 de noviembre de 1918 Philipp Scheidemann anunciaba al pueblo el advenimiento de la república, de una nueva forma política que iba a conocerse por el nombre de la República de Weimar y que tendría vigencia hasta el 1933, el año en que Hitler tomara el poder. Ningún otro período de la historia moderna de Alemania ha suscitado, en su análisis, opiniones tan divergentes, como el que comprende esos catorce años. Existe una discrepancia irreconciliable entre una visión fatalista de este período, que lo analiza desde su trágico final y lo define como “el camino hacia la dictadura”, y otra revisión que, concentrándose en aspectos literarios y artísticos, identifica la República de Weimar con la libertad creativa de los “dorados años veinte”. Entre ambos extremos, no obstante, se extiende un amplio abanico de tipos de análisis condicionados, en mayor o menor medida, por el punto de vista desde el que se haya realizado cada uno de ellos; y que se justifican en el espacio libre que la debilidad de los elementos del poder de la República dejó a la merced de poderosas tendencias que se fueron desarrollando en la oposición y en la clandestinidad.

En 1960 se llevó a cabo en Munich un congreso sobre el período de Weimar, al que se puso el título de *Die Zeit ohne Eigenschaften* (*La época sin atributos*), en referencia a la célebre novela de Robert Musil *Der Mann ohne Eigenschaften* (*El hombre sin atributos*), publicada precisamente en los años 20. Este título puede llevar a confusión; a pesar de que este período no pueda explicarse a partir de un único factor característico, no por ello puede decirse que no tenga ninguna característica. Antes bien, lo fundamental en esta época es que, lo mismo en lo político que en lo social o lo cultural, había en juego muchos factores, aun algunos

antitéticos; que tanto su fuerza (desde el punto de vista de la cultura) como su debilidad (desde un punto de vista político) residen en el hecho de que ningún tipo de consenso fue capaz de armonizar todas esas características. La variedad y el contraste son los dos términos que mejor sirven a la hora de definir la [República de Weimar](#).

La de [Weimar](#) fue una república sin consenso político. De ahí que su estabilidad se viera continuamente amenazada por todos los flancos. En el escenario de la [República](#) convivían aún todos los elementos relacionados con las fuerzas políticas preponderantes en el siglo XIX: revolucionarios y reaccionarios, viejos liberales antidemocráticos y neoliberales progresistas, católicos aferrados a la cultura clerical y protestantes más cercanos a lo popular, socialdemócratas moderados y conservadores transigentes con las reformas, detractores a muerte del capitalismo y defensores a ultranza del principio de la plusvalía, fanáticos del principio de liderazgo y partidarios del automatismo de las instituciones que no se daban cuenta que detrás de las instituciones debe haber alguien que las gestione y mantenga en marcha, militaristas y pacifistas, etc. De todas las tendencias ideológicas que hicieron sentir su influencia a caballo entre los dos siglos, la [República de Weimar](#) estaba bien surtida de ejemplos. Evidentemente todas estas tendencias ya existían bajo el reinado del emperador Wilhelm, pero la estabilidad de aquel régimen halló siempre un buen refugio en una política harto definida y consensuada. La clase dominante regentaba el poder a sus anchas; a la oposición se la había desterrado.

Aparte de la variedad de tendencias políticas y de partidos —llegaron a haber más de veinte durante este período—, otros factores contribuyeron lo suyo a enrarecer la situación y a atentar contra la estabilidad. En primer lugar, la nación alemana venía de perder una guerra, pero en contra de toda evidencia ciertos sectores de la sociedad todavía negaban que se hubiera perdido del todo (Sontheimer, 1974: pág. 17). Además, estos mismos sectores, que habían estado en el poder durante el régimen imperial, nunca aceptaron los resultados de las elecciones democráticas de principios de 1919. Fueron los vencedores en estos comicios los socialdemócratas, un grupo político que había estado en la oposición antes de la guerra y cuyos militantes habían sido tachados de malos alemanes. El primer presidente de la [República](#), Friedrich Ebert, nombró un gabinete de gobierno formado por hombres a los que, durante la ya extinguida monarquía, se había prohibido la participación en la vida política y social.

La coalición formada por el Partido Socialista Unificado, el Centro Católico y el Partido Alemán Democrático hubo de ver, ya al principio de su legislatura, cómo iba perdiendo influencia de decisión y poder real en favor de los más radicales partidos políticos ubicados a su derecha y a su izquierda: el Partido Alemán Racial y el Partido Alemán Nacional, por un lado, y el Partido Comunista por el otro. Ambos flancos se dedicaron a boicotear, con todos los medios, la recién y mal nacida república: bien por querer reinstaurar la antigua monarquía o instaurar una nueva, los de la derecha; o bien, los de la izquierda, porque era su objetivo completar la revolución proletaria que se había visto impedida en 1919 por las fuerzas del orden y burguesas. En definitiva, la situación política en Alemania era muy difícilmente sostenible, pues los partidos representantes de las dos tendencias ideológicas con más raigambre popular, el nacionalismo y el comunismo, consideraban el marco constitucional instaurado en [Weimar](#) como una mala solución de compromiso incapaz de dar acogida a sus indiscutibles aspiraciones.

De la conjunción de estas dos tendencias radicales, y al calor de las corrientes irracionales imperantes en ciertos sectores intelectuales, se fue formando poco a poco el núcleo de lo que sería el Partido Nacionalsocialista. Otros factores que contribuyeron al auge del partido de Hitler a finales de los años veinte fueron la crisis a nivel mundial del capitalismo y la debilidad y liberalidad de la propia [República](#). Considerada por los nacionalsocialistas como la mayor vergüenza de la historia de la nación alemana, para el grueso de la población la [República](#) había perdido toda credibilidad. La democracia se había vuelto para ellos una incomprensible puesta en escena de intereses y de contrainteresses, un torbellino de tendencias irreconciliables que jamás daban su brazo a torcer, cada una de ellas con su propia versión de los hechos y visión del mundo; una función teatral cuyo beneficio no se sentía revertir en la población, sino que se sabía repartido entre sus actores principales.

La crisis de la [República de Weimar](#) fue una crisis de autoridad. Gracias a la falta de consenso político, corrientes de todo signo encontraron terreno libre para atacarse furiosamente unas a otras, escupiendo mentiras sobre mentiras en el estado de la libre difamación. Los enemigos de la [República de Weimar](#), sobre todo los de a la derecha, hicieron todo cuanto pudieron con tal de perjudicar a su odiado sistema, y de no dejarle echar raíces. Para ello, contaron con la incondicional ayuda de la burocracia, el sistema judicial y el ejército, tres viejos organismos anclados en su filiación monárquica que servían a la [República](#), en el mejor

de los casos, sólo de forma contraproducente. Los elementos monárquicos no estaban tan muertos como Scheidemann proclamara en su enfático discurso: habían actuado a la sombra de la [República](#), incluso desde su seno, para su destrucción. Y en 1933 salieron a la luz de las antorchas, mostrando su cara más terrible, más grotesca.

LITERATURA EN LA REPÚBLICA DE WEIMAR

Die Neue Sachlichkeit (La Nueva Objetividad, o el Neorrealismo)

Bertold Brecht, Erwin Piscator, Heinrich y Thomas Mann, Alfred Döblin, Hermann Broch, Hermann Hesse, Kurt Schwitters, Walter Benjamin, Kurt Tucholsky, son algunos de los célebres nombres propios en los que uno piensa cuando oye que se considera la [República de Weimar](#) como un período literariamente riquísimo, como una “edad de oro” para la literatura alemana. Sin embargo, los críticos y analistas históricos que se han referido en esos términos no han sido capaces, luego, de trazar una serie de coordenadas que sirvieran para relacionar a todos esos autores (y a otros que no se han nombrado) en un grupo homogéneo, pues sus obras presentan una serie de características y son índice de unos talentos personales que las hacen del todo inclasificables y difíciles de relacionar unas con otras.

Con similares dificultades se han topado los críticos a la hora de distinguir qué relaciones causales, más o menos determinantes, podían identificarse entre esas obras y las coordenadas históricas en que fueron escritas (Sontheimer, 1974: pág. 13). Peter Gay trató de echar luz sobre este desconcierto cuando, en su ensayo *Die Republik der Aussenseiter (La República de los “outsiders”)* caracterizó la cultura de la [República de Weimar](#) como deudora de la aportación de creadores individuales e independientes. En este sentido, la variedad y los contrastes en las obras de los campos de la literatura y de las demás artes, así como en los movimientos intelectuales en boga, se corresponden con lo variopinto e indefinido del panorama de las tendencias ideológicas y políticas.

No obstante, sí hubo una tendencia intelectual y estética que reunió a toda una serie de autores bajo unos principios muy bien definidos —incluso explícitamente definidos en varios manifiestos—. Este movimiento cultural, que fue ganando en importancia a medida que avanzaba la década de los años veinte, se conoce como *Die Neue Sachlichkeit* (La Nueva Objetividad, o el Neorrealismo), y es, en primer lugar, una respuesta al arte visionario y eminentemente subjetivo del expresionismo. Las veleidades románticas y mitológicas de los expresionistas (Toller, Kaiser, Unruh, Bronnen, Goering) estaban muy a tono con el clima de esperanza que se abría al término de la Primera Guerra Mundial y con la Revolución de Noviembre. Pero no tardó en hacerse notar un abismo entre las aspiraciones de los

expresionistas y la realidad económica y política, y los primeros años veinte experimentaron un cambio en el panorama político y cultural. Las verdades abstractas quedaban demasiado lejos de la realidad; la atención de los creadores recayó de nuevo en las cuestiones sociales y económicas de la hora.

Los experimentos anarquistas de los dadaístas de Zurich fueron el primer gesto de alternativa a las abstracciones de los expresionistas (Barton, 1987: pág. 29). En teatro, algo nuevo empezaba a moverse cuando se montaron por primera vez algunas de las primeras obras de Brecht, y la compañía berlinesa “*Junge Bühne*” (“Escena Joven”) representaba las obras de jóvenes autores. En Berlín mismo, y bajo el liderazgo de Piscator, da sus primeros pasos el *Dokumentartheater* (Teatro Documental), claro exponente de esa *Neue Sachlichkeit* que se propone acercar el arte y la literatura a la llana realidad. Es el tiempo de la sobriedad y la desmitificación; del intelectual *engagé* cuyos cometidos son los de la denuncia y del desenmascaramiento. Los dramaturgos del Teatro Documental se marcaron como objetivo aprehender las cuestiones esenciales de su tiempo y ponerlas en escena, lugar en el que el material documental habría de ser *objetivamente* analizado mediante la técnica del montaje. La cursiva del adverbio tiene por causa lo conflictivo de esta pretendida objetividad e impasibilidad del autor frente a su material, ya que muchas veces chocaba tanto contra la urgencia de los temas que se trataban como contra la pretensión didáctica del dramaturgo. En la mayoría de los casos afiliado al KPD (Partido Comunista Alemán), la lección del autor, muy consciente de cuál sería su público y las necesidades más perentorias de cada momento, ya estaba muy matizada por su partidismo.

El KPD se había constituido apenas unos días antes del levantamiento comunista de finales de 1918. Sus delegados, según consta en los parlamentos de su acta fundacional, se proponían “*die Revolution vorwärts treiben*” (hacer avanzar la revolución) y “*sie zu einer wirklich sozialen Revolution zuspitzen*” (llevarla a la cima de una verdadera revolución social).

Pero según juicio de muchos de los allí reunidos, el proletariado no estaba suficientemente preparado para la revolución, por lo que había que educarlo convenientemente (Denkler, 1974: pág. 142). Para lograr lo tal, era preciso que se mostrara a las masas proletarias, lo mismo en la escuela, en la literatura y en los artículos de la prensa afiliada, una serie de hechos irrefutables, cuyo conocimiento seguramente las convencería del mal endémico del capitalismo y, despertándolas a la consciencia de clase, las acercaría a las verdades del

socialismo. El concepto de literatura proletaria se remonta a un escrito teórico de Lenin con fecha de 1917, en el que consta que la literatura revolucionaria de los comunistas ha de reunir nuevo material de hechos objetivos, probarlos, estudiarlos, describir con observancia absoluta a los hechos la construcción del nuevo modo de vida, y educar a las masas a partir de ejemplos y modelos concretos y reales.

Los artistas que formaron parte del movimiento ético y estético de la *Neue Sachlichkeit* rindieron acato absoluto a las tesis del arte comprometido ideadas por Lenin. Wieland Herzfelde, fundador de la editorial *Malik-Verlag* junto con su hermano Helmut (John Heartfield), encabezó la filiación al KPD de todo ese colectivo de artistas. En su ensayo *Gesellschaft, Künstler und Kommunismus (Sociedad, artistas y comunismo)*, publicado en 1921, dejaba escrito que el escritor progresista ha de ser “*eine brauchbare Kraft im Befreiungskampf der unterdrückten Klassen*” (“una fuerza que actúe a favor de la lucha por la liberación de las clases explotadas”) y ha de reconocer “*seinen Platz in der Kommunistischen Partei, seine Pflichten im Kampf gegen das Ausbeutertum, in der Solidarität mit den Genossen*” (“que su lugar está en el Partido Comunista, su deber en la lucha contra la explotación, en la solidaridad con los compañeros”). Más adelante puede leerse que todo esto implica “*die Wirklichkeit im Sinn des Klassenkampfes grell und unverhüllt zu verdeutlichen, die Moral und Ideologie der Gegenseite (...) zu miskreditieren, für die eigene Ideenwelt (...) zu werben*” (“mostrar la realidad pura y dura, explicarla a la luz de la lucha de clases, minar la credibilidad de la moral y la ideología del enemigo, en beneficio de las ideas de nuestro bando”).

En estas citas extraídas del manifiesto de Herzfelde se sintetizan los rasgos fundamentales de la *Neue Sachlichkeit*, y se transluce el conflicto que ya se descubría en los postulados del *Dokumentartheater*. En primer lugar, el autor ha de renunciar a cualquier atisbo de ficción y de subjetividad y limitarse a analizar algunas de las cuestiones más candentes del momento. Este análisis, sin embargo, ha de servir para inculcar a las masas obreras, que constituyen su público potencial, las bases de la ideología marxista: esto es, la consciencia de clase y la dialéctica de la lucha de clases. Por lo tanto, las cuestiones de la realidad que se tomen como material serán aquellas, y se tratarán de aquella manera, que sirvan a tal efecto. Estos preceptos, hasta cierto punto contradictorios, traen consigo que el autor *engagé* se proponga ceñirse al esclarecimiento de la realidad, desmitificando y desenmasacarnado la

mentira vendida como verdad oficial y difundida por los medios de comunicación, pero que lo haga partiendo de una posición férreamente establecida y con una libertad de análisis ciertamente limitada.

FILIACIÓN (A-) POLÍTICA DE KURT TUCHOLSKY

Kurt Tucholsky compartía con los miembros de la *Neue Sachlichkeit* los mismos enemigos y el objetivo de denunciar y desenmascarar las mentiras rampantes que trabajaban por minar desde su seno la democracia de la [República de Weimar](#). Como ellos, además, tenía consciencia de dirigirse, en sus artículos publicados en la *Weltbühne*, a un amplio público eminentemente proletario; y como ellos, por fin, simpatizaba con las directrices de la doctrina socialista. Aunque de origen burgués, Tucholsky vuelve de la Primera Guerra Mundial pacifista y socialista convencido (Schulz, 1959: pág 56). Intuye que en la Revolución Rusa de 1917 hay algo grande y nuevo. Durante y después de la Revolución de Noviembre, Tucholsky libra su lucha como republicano demócrata, y llega a afiliarse al USPD (Partido Socialista Unificado Alemán). Pero pronto descubre que las fuerzas socialdemócratas vencedoras en las primeras elecciones no tienen la capacidad para afianzar la democracia en el marco político ni para resolver en una dirección acorde con la doctrina socialista los problemas económicos del momento, los cuales terminarían siendo una de las causas principales de la crisis de la [República](#).

En aquellos años el capitalismo se fue convirtiendo para Tucholsky en el enemigo número uno. Y él fue acercándose ideológicamente al KPD, que por aquel entonces era el partido que contaba con un mayor número de afiliados (más que el Partido Socialista y que el Partido Nacional), y que era el aglutinador de todos los afanes por terminar con todo lo “viejo y tronado” y construir un mundo mejor. Sin embargo, su acercamiento a la doctrina comunista fue en negativo: coincidía con los comunistas en su anti-capitalismo; pero no podía seguir a Marx en el análisis monolítico de la realidad a partir de la dialéctica de la lucha de clases. En la visión del mundo de Tucholsky siempre hubo en juego diversos factores, como por ejemplo la teoría freudiana.

Además, su filiación total al KPD se vio igualmente impedida por su personalidad refractaria e inconformista, la cual no podía acomodarse a la disciplina de un partido como el comunista; así como por un escepticismo que lo guardó en todo momento de acomodarse a cualquier verdad de tipo dogmático. “*Leben ist Aussuchen*” (“La vida es escoger”) fue la máxima vital de Tucholsky y sirve perfectamente para resumir su talante inconformista. Los mismos comunistas sabían que no podían contar a Tucholsky como uno de los suyos (Schulz,

1959: pág. 110). Lo enarbolaban como ejemplo intelectual y lo llamaban “*Lehrer*” (maestro) o “*großen Freund der Arbeiterklasse*” (“gran amigo de la clase obrera”); pero nunca se hicieron ilusiones de cara a reducir su carácter liberal e independiente. Walther Victor, que había sido amigo personal de Tucholsky, en la primera biografía del autor (publicada en 1952 en la República Democrática Alemana) lo definió como un “*fortschrittenden bürgerlichen Intellektuellen*” (un intelectual afín a la burguesía progresista), aunque añadía con razón: “*aber das Wesen des proletarischen Klassenkampfes, die grandiose Tatsache der Sowjetunion blieben ihm fremd*” (“pero la realidad de la lucha proletaria y los grandiosos logros de la Unión Soviética le fueron siempre ajenos”).

Tucholsky consideraba que el escritor no del todo empleado y comprometido (“*nicht fest angestellter Schriftsteller*”) con una única tendencia partidista es un elemento esencial para el desarrollo de la cultura:

“Der Schriftsteller außerhalb der Partei und außerhalb eines Pressekonzerns ist, in Gegensatz zu diesen Institutionen, erst der rechte und wahre Förderer der Kultur. Er und nur er kann, unbeschwert von allen Rücksichten und ohne Manöver des Taktes, das sagen, was zu sagen so oft bitter not tut. Er und nur er hat, wenn er ein rechter Kerl ist, keinen zu fürchten.”
(Citado por Schulz, 1959: pág. 106)

(“El escritor que está al margen de cualquier partido político y órgano de prensa es, al contrario de esas instituciones, el verdadero fomentador de la cultura. Él y sólo él puede, por no tener que rendir ninguna deferencia ni transigir a las maniobras del tacto, decir aquello que ha de decirse a veces con tanta urgencia. Él es el único, si es un tipo recto, que no ha de temer a nadie”)

LA SÁTIRA EN KURT TUCHOLSKY

En su ensayo, *Weimar – ein deutsches Kaleidoskop*, Kurt Sontheimer (1974: pág. 18) hace inventario de las actitudes políticas de literatos e intelectuales durante la [República de Weimar](#). El historicista expone cómo en los primeros momentos de la [República](#), los intelectuales de izquierdas reaccionaron con entusiasmo al advenimiento del nuevo régimen y se mostraron confiados en que éste fuera la respuesta a las expectativas de la clase obrera. Pero éste no fue el caso y la intelectualidad de izquierdas adoptó una actitud crítica hacia el nuevo sistema. El grupo más radical en esta crítica fue el de los grandes satíricos de la [República](#), que tuvo en Tucholsky a su máximo exponente. En palabras de Sontheimer, estos satíricos eran

“amüsan zu lesen, geistvoll und witzig, und doch zumeist unfähig, eine konstruktive Politik zu ersinnen, die das Unheil, das sie auf Deutschland herabziehen sahen, besser hätte wenden können”

(“divertidos de leer, inteligentes e ingeniosos, pero al cabo incapaces de esbozar una política constructiva que hubiese podido sortear la desgracia que ellos percibían que se avecinaba sobre Alemania”).

En efecto, Tucholsky se consideraba a sí mismo un pesimista, un negativo (aquí es ilustrativo su manifiesto *Wir Negativen, Nosotros los negativos*). Tanto su lucidez a la hora de analizar la situación de la nación, de identificar los males que la atenazaban, como su fatal capacidad para adelantarse a los acontecimientos y adivinar las desgracias que iban a llegar en un futuro muy próximo, no le dejaban ser optimista, no le dejaban decir sí.

“...Negativ? Blut und Elend und Wunden und zertretenes Menschentum – es soll wenigstens nicht umsonst gewesen sein. Laßt uns auch weiterhin Nein sagen, wenn es Not tut!” (*Gesammelte Werke*, Bd. 2)

(“...¿Negativos? Sangre y miseria y la humanidad pisoteada – todo eso al menos que no sea en balde. ¡Digamos que no siempre que haga falta!”)

Y esta misma perspicacia es lo que, condenándolo al escepticismo, impide que de

su obra pueda inferirse una clara y explícita lección de cómo háyase de gobernar la república en el futuro. Todos los proyectos políticos, o de cualquier otra clase, se basan en la fe esencial en que éstos puedan llegar a cumplirse, si no totalmente al menos en parte; están fundamentados en la creencia de la posibilidad de que éstos puedan alterar la realidad, y que lo hagan, además, para mejorarla. Tucholsky sabía demasiado para profesar ninguna fe. Sabía que la utópica revolución sólo llegaría si le precedía el derrumbamiento del estado de las cosas. Su obra está dominada por la mordacidad, por un afán de destrucción de los males de la sociedad del momento. Para destruir esos males, sin embargo, antes es preciso haberlos reconocido. Esto a veces es difícil tarea, teniendo en cuenta que la peligrosidad de los elementos que más conviene erradicar muchas veces se encuentra precisamente en su capacidad de camuflarse detrás de la máscara de lo benigno; y para esto, entre otras cosas, es de gran ayuda la sátira.

La sátira, que sirve precisamente para desenmascarar lo falaz. Si alguna vez Tucholsky apuntó el dardo de su sátira contra un individuo concreto, no fue más que para que su efecto explotara en perjuicio del organismo o tendencia a la que el ser individual en aquel caso representara. Dígase entre paréntesis que Tucholsky siempre saltó en defensa de aquellas personas que habían de ver sus defectos de índole personal ridiculizados por una sátira fácil e indigna —como en el caso de Ernst Röhm, jefe de las SA y su acérrimo enemigo político, cuya homosexualidad la prensa de izquierdas se dedicó a airear (Schulz, 1959: pág. 102)—. Las cuatro grandes instituciones que fueron el tema y la víctima en la mayor parte de sus escritos satíricos en particular, así como de sus artículos críticos en general, fueron el *militarismo*, el *periodismo*, el *sistema judicial* y el *lenguaje*; cuatro instancias consideradas por Tucholsky como las que, relacionadas unas con otras y sirviéndose unas de otras, en mayor grado amenazaban la estabilidad y aun la supervivencia de la paz en la endeble [República de Weimar](#).

Estas cuatro instituciones, además de representar y de esconder los mismos intereses y tendencias, también compartían el que, auténticos parásitos de la democracia, ellas se escondieran a su vez detrás de la máscara de la honestidad y de la verdad. Como satírico, el objetivo de Tucholsky es desenmascarar a esos elementos, llegando hasta el corazón de su podredumbre, para luego mostrarlo al descubierto a los lectores con la ayuda

de algunas técnicas con efecto distanciador tales como la exageración, la alegoría y la analogía paródica, los cambios bruscos de estilo, el contraste o el final sentencioso. En estos términos define Helmut Arntzen la sátira:

“missbilligende Darstellung und Entlarvung des Kleinlichen, Schlechten, Ungesunden im Menschenleben und dessen Preisgabe an Verachtung, Entrüstung und Lächerlichkeit (...) sie greift das Falsche in die Realität an, sie zeigt, wie die Lüge die Maske der Redlichkeit trägt”. (Citado por Arnold, 1972: pág. 38)

(Descripción condenatoria y desenmascaramiento de lo mediocre, malo y enfermizo de la vida de los hombres, y la exposición de todo eso al desprecio, a la indignación y a la hilaridad del público (...) arremete contra lo falaz de la realidad, y muestra cómo la mentira se viste a veces de la máscara de la honradez)

A partir de lo que tienen en común las cuatro instituciones objeto de la crítica de Tucholsky, se puede inferir que, al cabo, lo que él quiere combatir es la mentira, la ficción, especialmente cuando ésta se ha configurado con el claro objetivo de servir a los intereses de las clases explotadoras. (Aquí nos servimos de terminología marxista, pero a un nivel muy superficial y evidente que, además de servir a la exposición, se corresponde con la lúcida superficialidad con que el propio Tucholsky simpatizaba con esa doctrina). La antítesis de la mentira es, dialécticamente, la verdad, una verdad que para Tucholsky nada tenía que ver con la enarbolada mediante balas y palabras por dogma alguno; sino una múltiple que él identifica con las distintas realidades de la calle y de la hora. Es una verdad que simpatiza con las clases explotadas, con la de aquellos que no disponen de armas ni palabras con que defender su versión de los hechos, y cuya salida a la luz es imprescindible para que sobre ella estos sectores puedan fundamentar ulteriores logros.

Es legítimo enfatizar aquí la obviedad de que la verdad es la antítesis de la mentira, en tanto que la verdad, entendida de esta forma, es el contrapunto que se adivina sin que se haga explícito en los escritos satíricos de Tucholsky. Esa verdad es el ideal del que el satírico parte y ha caído, al no verlo refrendado en su paisaje, justo un instante antes de formular su denuncia de la mentira. Walter Jens dijo de Tucholsky: *“Er hasste, weil er ans Gute glaubte.”* (“Odiaba porque creía en el bien”). Y el propio Tucholsky se expresa en unos términos que, sin lugar a

dudas, explican su recurrencia a la sátira a partir de su condición de “idealista frustrado”:

“Der Satiriker ist ein gekränkter Idealist: er will die Welt gut haben, sie ist schlecht, und nun rennt er gegen das Schlechte an” (Gesammelte Werke, Bd. 2)

(“El satírico es un idealista frustrado: quiere tener a bien al mundo, éste es malo, y entonces lucha contra lo malo”)

En esta concepción de la sátira se establece una oblicua relación entre la realidad y su deformación esperpentizada, un reflejo en negativo del vacío que separa a la realidad y a su concepción desde lo ideal. En este sentido apunta la definición que de la sátira hizo Friedrich Schiller:

“In der Satire wird die Wirklichkeit als Mangel dem Ideal als der höchsten Realität gegenübergestellt. (...) Die Wirklichkeit ist also hier ein notwendiges Objekt der Abneigung; aber, worauf hier alles ankömmt, dieser Abneigung selbst muß wieder notwendig aus dem entgegenstehenden Ideale entspringen”. (Citado por Arnold, 1972: pág. 38)

(“En la sátira se contraponen la realidad como carencia al ideal como lo más real (...) Por eso la realidad es un objeto imprescindible para la negación; pero, y ahí radica todo lo demás, lo que es la negación es imprescindible que surja a partir del ideal que se haya contrapuesto a la realidad”).

Siguiendo el hilo de lo aquí expuesto, tenemos a un satírico cuyo empeño consiste en desenmascarar todo lo falaz, todo lo malo que, al no encajar con él, chirría y entra en conflicto con el ideal de lo bueno y de lo verdadero. Esta sátira sirve para advertir al público acerca de la peligrosidad de unas instituciones que fundamentaban su poder inculcando al individuo una visión de la realidad deformada por sus intereses. Y en esta sátira se advierte, en último término, una invitación a que uno se forme una visión del mundo personal, libre, y libre de la autoridad de los elementos de poder que se han satirizado. De esta manera, podemos reconocer en Tucholsky a un educador, a un ilustrador (“*Aufklärer*”) en sentido puro, en el sentido que Immanuel Kant le diera en su famoso ensayo *Was ist Aufklärung?* (¿*Qué es la ilustración?*):

“BEANTWORTUNG DER FRAGE: WAS IST AUFKLÄRUNG?”

Aufklärung ist der Ausgang des Menschen aus seiner selbst verschuldeten Unmündigkeit. Unmündigkeit ist das Unvermögen, sich seines Verstandes ohne Leitung eines anderen zu bedienen. Selbstverschuldet ist diese Unmündigkeit, wenn die Ursache derselben nicht am Mangel des Verstandes, sondern der Entschliessung und des Mutes liegt, sich seiner ohne Leitung eines andern zu bedienen. Sapere aude! Habe Mut, dich deines eigenen Verstandes zu bedienen! ist also der Wahlspruch der Aufklärung.” (Kant, 1970: pág. 53)

“RESPUESTA A LA PREGUNTA: ¿QUÉ ES ILUSTRACIÓN?”

Ilustración es el abandono por parte del hombre de su culpable minoría de edad. Minoría de edad es la incapacidad de hacer uso de la propia razón más allá de cualquier autoridad exterior. Esta minoría de edad es culpable en tanto en cuanto tenga por causa no la carencia de razón, sino de determinación y valor para servirse a uno mismo sin ayuda de ninguna autoridad exterior. *¡Sapere aude!* ¡Ten valor y haz uso de tu propia razón! Éste es el lema de la Ilustración”)

Con su lucha por destapar la verdad de la mentira y denunciar la mentira de la “verdad”, Tucholsky estuvo llevando a cabo esa kantiana función de hacer que sus lectores despertaran de su desconocimiento, de su culpable minoría de edad, y llegaran a ser individuos, pensantes, lúcidos y libres. Esta lección de inteligencia e independencia individual tan sólo podía proceder de un hombre que, como Tucholsky, no tuviera que claudicar la suya incorruptible a la verdad oficial de partido o doctrina algunos. La enseñanza de Tucholsky es, lo que habla a su favor, en negativo: advierte de las mentiras rampantes alrededor suyo y de uno, para erradicarlas. No aprovecha la tabla rasa resultante para inculcar otra verdad tendenciosa, todo lo verdad que se quiera, pero mentira por tendenciosa y partidista, por reduccionista. Éste era el problema de los autores de la *Neue Sachlichkeit*: después de denunciar, aprovechaban para inculcar su lección, que era la del Partido Comunista, al que estaban afiliados y cuyos dictámenes tenían que acatar, y sus preceptos divulgar.

A la luz de esto, no podemos compartir el juicio de Sontheimer acerca de nuestra autor, póstumo de este capítulo. Tucholsky es de talante pesimista y negativo; no puede ser de otra manera. Y, efectivamente, sus sátiras son “ingeniosas, inteligentes y divertidas de leer”. Pero, mucho más que todo eso, ni la lectura de su obra es negativa (es tan

constructiva como la de los mejores satíricos), ni el efecto de sus sátiras es equiparable al que produce la obra de un humorista liviano que hace reír al público sin más; le hace reír, le hace pensar, sufrir y aterrarse. Si todos leyésemos a Tucholsky, bien leído como hay que leerlo, no habría guerras en el mundo.

1 - CONTRA LOS PERIODISTAS

“*Ist die Presse ein Bote? Nein: das Ereignis. Eine Rede? Nein, das Leben. Sie erhebt nicht nur den Anspruch, daß die wahren Ereignisse ihre Nachrichten über die Ereignisse seien, sie bewirkt auch diese unheimliche Identität, durch welche immer der Schein entsteht, daß Taten zuerst berichtet werden, ehe sie verrichtet werden;*” (Citado por Benjamin, 1974: pág. 362)

(“¿Es la prensa un mensajero? No: el hecho. ¿Un relato? No, la vida. No tiene sólo la pretensión de que sus noticias sobre los hechos son las verdaderas noticias, sino que además promueve aquella dudosa analogía según la cual parece que los hechos primero se anuncian y luego se cumplen;”)

Así se expresaba Karl Kraus, cuando, en la Viena de principios de siglo, ya advertía sobre el peligro de los periódicos, y sobre todo de una lectura inocente de los mismos. Y empezar el capítulo con una cita suya no es casualidad ni capricho. Son muchos los elementos de la obra del vienés que encuentran equivalencias en la de Tucholsky. En Kraus ya encontramos el escepticismo, la radicalidad, la mordacidad, la sátira del de Berlín. Sátira que Kraus apunta contra los mismos sectores que luego sobrevivirían también a la palabra de Tucholsky, sorteándola y condenándola al silencio que tuvo que guardar, ya exiliado, en los últimos años de su vida. Además, también se encuentran coincidencias en las actividades de ambos: escritura compulsiva de artículos de prensa muy *sui generis*, dirigidos igualmente al público intelectual y al proletario, y publicados en “pequeños” periódicos independientes. Los de Kraus en *Die Fackel (La antorcha)*, de la cual fue el fundador y único empleado; los de Tucholsky en la *Weltbühne*. Pero lo que más los acerca es su afán por descubrir la verdad, por denunciar los elementos falaces de sus respectivas sociedades. Como dejó escrito Walter Benjamin (1974: pág. 355) en su famoso ensayo sobre Karl Kraus: “*Die Entlarvung des Unechten ist es, aus der dieser Kampf gegen die Presse entstand*” (El desenmascaramiento de lo falaz es el objetivo esencial de esa lucha contra la prensa).

Más adelante en este ensayo de Benjamin (pág. 362) se encuentra un fragmento muy esclarecedor en el que se explica la motivación última de Kraus en su crítica a la prensa, y que cito a continuación porque puede aplicarse igualmente a la de Tucholsky:

“Niemand, und Kraus am wenigsten, kann der Utopie einer ‘sachlichen’ Zeitung, dem Hirngespinnst einer ‘unparteiischen Nachrichtenübermittlung’ sich überlassen. Die Zeitung ist ein Instrument der Macht. Sie kann ihren Wert nur von dem Charakter der Macht haben, die sie bedient; nicht nur in dem, was sie vertritt, auch in dem, wie sie es tut, ist sie ihr Ausdruck”

(“Nadie, y Kraus el que menos, puede creerse la utopía de un periódico “objetivo”, la quimera de una “transmisión de información apartidista”. La prensa es un instrumento de poder. Su valor no puede ir más allá del carácter del poder al que sirve; no sólo por lo que representa, sino también por la forma en que lo hace, el periódico es la expresión del poder.”)

Tucholsky, como Kraus, ve en la prensa una peligrosa ficción, una tendenciosa forma de maquillar la realidad con los colores del partido que paga a cada periódico y se esconde detrás de él. En estos tiempos nuestros, que son los de los *reality shows* y las “guerras televisivas”, uno ya le ha visto las orejas al lobo y ha aprendido a desconfiar del llamado “cuarto poder”. En los de Kraus y Tucholsky, este nuevo poder se estaba afianzando furiosamente, al ritmo de los encarnizados conflictos ideológicos y partidistas del momento histórico. Entonces resultaba higiénico, aunque un pobre consuelo, contar con las sátiras y críticas de a diario de estos dos grandes independientes, que arremetían contra sus colegas de oficio, los de los periódicos “grandes” y la “verdad” oficial. La verdad es que eran insondables las tinieblas de mentiras que se cernían entorno de los periódicos berlineses en la [República de Weimar](#), acorde con las antitéticas tendencias que allí tenían que convivir y que sólo lo hacían mal que bien.

La *Vossische Zeitung*, el *Berliner Tageblatt* y la *Deutsche Allgemeine Zeitung*, gozaban, por su calidad, por su influencia sobre los lectores y sobre los políticos y por la importancia de sus opiniones fuera de las fronteras alemanas, de un puesto privilegiado en el variopinto panorama de los periódicos berlineses. El resto era propaganda (Xammar, 1998).

Las fuerzas conservadoras tenían en Berlín cuatro diarios bajo su dominio, más un periódico —*Der Tag*— que era conservador por razones de política industrial. Cinco diarios en total: la *Neue Preussische Zeitung* (antigua *Kreuz Zeitung*), la *Deutsche Tageszeitung*, el *Deutsche Tageblatt* y el *Tag*. El monarquismo era el vínculo común entre todos estos

periódicos. Luego, cada uno representaba a una cosa distinta: el “*Tag*” representaba los intereses de la editorial Scherl, réplica conservadora y monárquica de la editorial Ullstein, republicana y con tendencia a desviarse hacia la izquierda; el *Deutsche Tageblatt*, al Partido Popular Alemán; la *Deutsche Zeitung* tenía la mayoría de sus lectores entre los funcionarios adictos al antiguo régimen y el personal universitario; la *Deutsche Tageszeitung* era el órgano oficial de la Liga Agraria; y la *Kreuz Zeitung*, como su nombre indica, era el guía espiritual de todos los oficiales del viejo ejército monárquico y de la mayoría de los oficiales del ejército “republicano”. El nivel intelectual de toda esta prensa era deplorable.

No puede decirse que el nivel de la prensa de izquierdas fuera, por su calidad en la materia y en el espíritu, una compensación de la pobreza de los periódicos de la derecha. El *Vorwärts* representaba los intereses de la socialdemocracia. Contaba con algunos buenos escritores, como Hilferding o Breitscheid, pero en líneas generales tenía un aire pesado y doctrinario. La *Rote Fahne*, órgano oficial del Partido Comunista, no era más que su nombre: una bandera teñida de color rojo. La prensa que representaba a los partidos del centro ofrecía el mismo nivel de mediocridad y vulgaridad que los de a su derecha e izquierda. *Germania* era un lujo del Partido Católico, interesado por razones políticas en tener un periódico en Berlín, pero ya no tenía la importancia de que había gozado en tiempos de la cancillería. La *Zeit* era el órgano del Partido Popular y de la gran industria, muy íntimamente relacionado con el doctor Becker, ministro de Economía en los tiempos de la coalición socialdemócrata (y de las sátiras de Tucholsky). No obstante, su tono tenía un acento tan de derechas como el de los periódicos monárquicos. Por último, la *Welt am Montag* era el reconocido portavoz de la tendencia más radicalmente republicana y pacifista dentro de la democracia burguesa de Alemania.

La clientela popular de Berlín se la disputaban dos periódicos: la *Morgen Post*, de la editorial Ullstein, y el *Lokal Anzeiger*, de la editorial Scherl. Eran dos periódicos de los de suscribirse; prácticamente no había ni una familia en toda la ciudad que no lo hubiera hecho a favor de uno o del otro. Técnicamente eran gemelos; políticamente, dos enemigos irreconciliables. El *Lokal Anzeiger* era monárquico y nacionalista; la tendencia del *Morgen Post*, en cambio, era republicana, democrática y aun compatible con el socialismo más moderado. En tiempo del imperio, el *Lokal Anzeiger* había sido el órgano popular oficioso de la casa real y del gran estado mayor, lo que le permitió, a finales de julio de 1914, realizar el milagro mediático de publicar la noticia de la movilización rusa veinticuatro horas antes de que

se produjera.

La crítica de Tucholsky a sus compañeros de profesión es constante e impiadosa. Por su claridad en la exposición y lo explícito de su denuncia, en este trabajo se ha escogido *Presse und Realität* (Prensa y realidad) como ejemplo de artículo crítico cuyo objeto es la corrupción y la tendenciosidad en el periodismo (*Gesammelte Werke*, Bd. 3). El primer párrafo de este texto no deja lugar a dudas. En este caso, para dar respuesta a la urgencia de la cuestión, Tucholsky no echa mano de la oblicuidad de la sátira, sino que escoge el golpe directo de la sentenciosidad irrefutable.

“Sería de creer que los acontecimientos, a medida que fueran sucediendo, se deslizaran automáticamente hasta los periódicos, del hecho a la noticia de prensa, de la realidad a su repetición. Pero no es así. Porque la reproducción de la realidad es infinitamente más importante que el hecho en sí, y por eso la realidad, desde hace mucho, viene esforzándose por presentarse ante la prensa bajo un aspecto acomodaticio a las exigencias de ésta. El periodismo es el tejido de mentiras más complejo que jamás se haya inventado.”

Aquí, el descubrimiento de la verdad —o, mejor, de la mentira— no podría ser más eficaz. La primera frase, en subjuntivo, expone una creencia, que luego se verá es una creencia que interesa. La segunda frase (“Pero esto no es así”), negativa, seca, indicativa y corta, desenmascara la ficción. En efecto —y esto se dice en la siguiente frase—, la ficción sobre la realidad, esto es, la noticia de prensa, lejos de reflejar un acontecimiento tal como éste haya sucedido, se impone sobre la verdad de los hechos. Aquí observamos una técnica de la sátira, cuando se personaliza a la realidad mediante verbos aquí metafóricos (por personalizadores) como “esforzarse” o “presentarse”. Pero la última frase recoge el tono sentencioso de todo el párrafo y sentencia: “El periodismo es el tejido de mentiras más complejo que jamás se haya inventado”.

Todo el artículo lo constituye una retahíla de ejemplos que prueban lo expuesto al principio. No queda ninguna duda respecto de la tendenciosidad de la prensa alemana. Y esto es lo que denuncia Tucholsky. Pero lo que realmente quiere combatir es ese equívoco consistente en identificar unívocamente, por parte de los lectores, un artículo de prensa con

el suceso al que aquél hace una referencia, en verdad, bien matizada. Por eso llega a decir que lo mejor fuera que los casos de corrupción fueran más claros y rampantes, con tal de que disminuyera la fe ciega que la opinión pública deposita en los periódicos. Se quiere que el lector tenga valor (aquí volvemos a la famosa interpelación de Kant) para reconocer una verdad propia, la que le dicte su propia razón, fuera de los periódicos y en una buena lectura de ellos, entre líneas y con conocimiento de causa; una verdad personal que no claudique ante la autoridad de ficción alguna o versión de los hechos ajena y tendenciosa. Se descubre la máscara de la mentira: “El razonamiento de que una noticia ‘está en los periódicos’ y de que por ello es verídica es un razonamiento falso”.

Se puede dar fin a este capítulo con un aforismo de Karl Kraus incluido en un libro que lleva su mismo título (*Contra los periodistas*, pág. 57) y que resume con brillantez la crítica realizada por Tucholsky lo mismo en el artículo “Prensa y realidad” que en el grueso de toda su obra:

“La distorsión de la realidad en el informe es el informe verídico de la realidad.”

2 - CONTRA LOS MILITARES

Bajo el título de “*Krieg dem Kriege*” (“Guerra a la guerra”), en un poema publicado en 1919 (citado por Arnold, 1972: pág. 55) Tucholsky advertía de forma profética acerca del advenimiento de una nueva guerra. “*Und nach abermals zwanzig Jahren/ Kommen neue Kanonen gefahren* (“Y dentro de veinte años/ vendrán nuevos cañones.”). Efectivamente, al cabo de veinte años empezaría, con el ataque de Alemania sobre Polonia, la Segunda Guerra Mundial.

Tucholsky había participado en la Primera Guerra Mundial como oficial menor, destinado al norte del frente oriental (Schulz, 1959: pág. 44), y presencié con sus propios ojos las atrocidades y crueldades perpetradas por los estados contingentes; fue testigo de cómo los pueblos europeos se masacraban unos a otros ebrios de patriotismo, dando rienda suelta a las pasiones más bajas. En una carta dirigida a su padre y escrita desde el frente, Tucholsky describe en los siguientes términos el infierno cotidiano del campo de batalla:

“Für alles, aber auch für alles, auch noch für die letzten Schweinereien war der Rock des Kaisers und das Wort “dienstlich” eine Deckung. Mißbrauch von Gefangenen zu Kriegsarbeiten in der Feuerzone, Unterschlagung, Verführung von Mädchen, Mord an Zivilisten, die man zu diesem Behufe zu Franktireurs getauft hatte, ekelhafteste Schlächtereien der Verwundeten —dies alles und noch viel mehr vollzog sich unter dem fast einmütigen Gesang von “Deutschland, Deutschland über alles”, und unter den brausenden Akkorden des Liedes versanken Europa, Menschlichkeit, Charakter und Christentum.” (Drei Minuten Gehör, 238)

(“Absolutamente para todo, aun para las más bajas canalladas, servían de tapadera el uniforme del *Kaiser* y las palabras “cumplir órdenes”. Prisioneros obligados a realizar trabajos de guerra en la zona del fuego, malversación de fondos, corrupción de menores, asesinatos de civiles, a los que oportunamente se habría acusado de francotiradores, carnicería repugnante de los heridos –todo esto y mucho más se perpetró bajo el canto casi unánime de “*Deutschland, Deutschland über alles*”, y al ritmo de los arrebatados acordes de esa canción se iban hundiendo Europa, la humanidad, la persona y el cristianismo.”)

Tucholsky pronto cayó en la cuenta de que el desmoronamiento absoluto del régimen imperial no iba a traer consigo cambios esenciales en el terreno político —“*Ringsum demokratisierte sich eine Welt. Alt-Preussen blieb.*” (“Todo el mundo alrededor se democratizaba. La vieja Prusia no cambió.”)—, y que la Revolución del Nueve de Noviembre no había sido tal cosa (“*Die Revolution vom neunten November war keine*”); y como constatará que “*die Entwicklung des deutschen Militarismus ist nicht als abgeschlossen zu betrachten*” (“el desarrollo del militarismo alemán no puede darse por terminado”), trató de luchar con todos los medios literarios a su alcance contra una nueva guerra, *ilustrando* y advirtiendo a sus lectores. Sobre todo en la *Weltbühne*, aunque también en otros medios de la [República de Weimar](#), Tucholsky publicó una serie de artículos, ensayos y poemas que, teniendo como objeto esencial de crítica el espíritu militarista, se bifurcaban temáticamente en diversos aspectos de éste: entre otros, la guerra como negocio, los curas del frente, los oficiales, los generales o Wilhelm II. Todos estos aspectos se dan cita en “*Vor acht Jahren*” (“Hace ocho años), el artículo que en este trabajo representa la crítica antimilitarista de Tucholsky (*Gesammelte Werke*, Bd. 3).

Para Tucholsky, la Gran Guerra tuvo unas causas políticas y económicas muy concretas. En “Hace ocho años” se nos dice: “*Dieser Krieg war die natürliche Folge des kapitalistischen Weltsystems*” (“Esta guerra fue la consecuencia natural del sistema capitalista.”). O en otro artículo (*Drei Minuten Gehör*: 259): “*Da kämpften sie, Brust an Brust; Proletarier gegen Proletarier, Klassengenossen gegen Klassengenossen, Handwerker gegen Handwerker.*” (“Allí luchaban, a pecho descubierto; proletarios contra proletarios, hombres de la misma clase social enfrentados, obreros contra obreros”). En este punto Tucholsky comparte el pacifismo internacionalista de su admirado Karl Liebknecht, líder de los espartaquistas, así como su denuncia de “los codiciosos fabricantes de cañones”, de los “comerciantes disfrazados” de lansquenets alemanes, como los grandes interesados e instigadores de la guerra. Tucholsky pone su crítica al servicio de la clase obrera, para que no se deje engatusar de nuevo por toda aquella turba, y así no haya ninguna otra guerra.

En opinión de Tucholsky, los representantes de la iglesia tuvieron un papel destacado a la hora de crear el clima de histeria anterior a, e imprescindible para, el inicio de la guerra. En “Hace ocho años”, acusa a los curas castrenses de olvidar “la palabra de su Señor”. Y en otro artículo leemos:

“Es gab kaum etwas Widerwärtiges (...), als die maßlose Dummheit (zur Verlogenheit langte es kaum), mit der die Priester aller drei Konfessionen ihre Bibeln so lange drehten und wendeten, bis unten der Spruch herausfiel: “Du sollst töten”.” (Citado por Riha, 1992: pág. 201)

(“Había pocas cosas más repugnantes (...) que la inmensa torpeza (no duró lo suficiente para considerarla mendacidad) con que los eclesiásticos de las tres confesiones trastocaron y tergiversaron sus Biblias hasta dar con el mandamiento: “Matarás”.”)

Tucholsky culpaba al capitalismo y al clero como instigadores del militarismo, como su alimento, material y espiritual, respectivamente. A los militares, a los oficiales, los consideraba los verdugos de las guerras, y contra ese gremio apuntó su crítica más afilada y constante. En 1919, Tucholsky publicó en la *Weltbühne* una serie de artículos que tenían por objeto la exposición de —en sus propias palabras—

“die Brutalitäten, die Dummheiten, die Roheiten, die Unterschlagungen und die Diebstähle, die viehische Knechtung der eignen Landsleute und die erbarmungslose Behandlung Fremder durch die deutschen Offiziere.” (*Drei Minuten Gehör*: pág. 239)

(“Las brutalidades, las torpezas, la cazurrería, la malversación y el robo, la brutal tiranía para con las gentes del propio país y las vejaciones despiadadas para con los extranjeros llevadas a cabo por los oficiales alemanes.”)

Tucholsky se aprestó a dejar claro que la crítica no iba dirigida a un oficial en particular, ni a un grupo de oficiales, sino que su propósito era desenmascarar la mentira en que se sustentaba el “espíritu” del cuerpo de oficiales alemán. Era su afán demostrar cómo la *Wehrmacht*, cuerpo de defensa formado por oficiales alemanes, estaba embebida del viejo espíritu prusiano, y cómo sus intereses políticos no podían más que estar dirigidos en contra de la República socialdemócrata. En un cuerpo de defensa tendiente a lo imperial y a lo monárquico, Tucholsky distinguía un inmediato peligro para la joven [República](#).

Destacados sobre el grueso del cuerpo de oficiales, los de mayor rango, los generales, ocuparon un puesto de excepción en la crítica de Tucholsky. Éste reacciona con

indignación al ver que dos de sus odiados generales, Hindenburg y Ludendorff, a su vuelta a la patria, ya derrotados, reciben el apelativo y el tratamiento de “héroes”:

“Deutschlands Helden aus großer Zeit. Helden? Helden? Was haben diese beide da mit dem Heldenbegriff zu schaffen? Der Landser war ein Held, und der arme Kompanieführer war einer, der im Dreck stak und seine Leute herausriß, und der Vizefeldwebel (...) Aber diese da—? Verwaltungsbeamte, gut genährt, stets ausser Gefahr und stets –wie Ludendorff im November Achtzehn—auf dem Sprung, auszureißen.” (Citado por Riha, 1992: 202)

“Héroes alemanes de los buenos tiempos. ¿Héroes? ¿Héroes? ¿Qué tienen en común ese par y el concepto de héroes? El soldado raso fue un héroe, y el pobre jefe de compañía, que se arrastró por el fango para sacar de allí a su gente, y el sargento segundo (...) ¿Pero esos dos? Funcionarios administrativos, bien alimentados, siempre fuera de peligro y siempre —como Ludendorff el dieciocho de noviembre— prestos a poner sus pies en polvareda.”)

Aquí Tucholsky alude al hecho de que Ludendorff, disfrazado y con el nombre falso de Lindström, se diera a la fuga hacia Suecia,

“Während sich Hunderttausende von deutschen Männern bemühten, Kriegsgerät, Gelder, Pferde und Kameraden zurückzuschaffen (...). Und wenn das tausendmal gesetzlich keine Fahnenflucht war: wir rechnen es ihm als solche an. Er war Führer. Er hat uns hineingeritten. Er hatte zu bleiben.” (Citado por Riha 1992: pág. 202)

(“Mientras que cientos de miles de alemanes se preocupaban de recoger pertrechos de guerra, dinero, caballos y camaradas (...) Y aunque el juez diga mil veces que eso no es desertión: para nosotros sí es un desertor. Él era el líder. Él nos metió en aquello. Tenía que quedarse.”)

No obstante, más que todo esto, lo más nocivo del militarismo prusiano, era, según Tucholsky, la educación militar. Ésta era la máxima culpable del espíritu subyugado y obediente, enajenado, del pueblo alemán, espíritu que, a su vez, era condición esencial para el éxito de todas las mentiras institucionales y fatales. En el artículo *“Eine deutsche Kindheit”*

(“Una infancia alemana), Tucholsky se refiere a la educación militar en los siguientes términos acusatorios:

“Sie appelliert (...) an tiefe barbarische Urinstinkte des Menschen, an seine Eitelkeit, an gewisse Berührungspunkte der Sexualität mit dem Sadismus, an das Männchen im Mann und an das Fleischfressende im Menschen”. (Citado por Riha, 1992: pág. 198)

(“Apela (...) a los más bajos instintos del hombre, a su vanidad, a ciertos puntos de contacto de la sexualidad con el sadismo, a lo macho del hombre y a lo carnívoro de la persona.”)

Este tipo de educación, tan férrea, producía “*Untertanen*” (súbditos) en serie —para utilizar la justa designación del título de la famosa novela de Heinrich Mann—. Estos engendros de hombres, prestos a hacer reverencias ante cualquier orden de una autoridad plausible y cuya ductilidad de carácter allanó el camino de los interesados en instigar la guerra, los consideraba Tucholsky tan embrutecidos por la obediencia irreflexiva, que suponía que hasta la sangre ya tendrían infectada de subordinación marcial. Así lo dice en una de sus sátiras:

“Ich glaube, dass im Blut der Deutschen die weißen und die roten Blutkörperchen getrennt im Parademarsch dahinfließen, das Herz schlägt dazu den Takt.” (Citado por Arnold, 1972: pág. 48)

(“Sospecho que en la sangre del alemán, los glóbulos blancos y los glóbulos rojos fluyen separados y siguiendo la marcha militar, y el corazón va dando el ritmo.”)

De la crítica al militarismo de Tucholsky, con tantas bifurcaciones temáticas como elementos en juego en esta institución eran apresados por su ojo crítico, se desprende, igual que sucede con su crítica a la prensa, su afán por denunciar lo falaz y malsano en la sociedad; en este caso, por dejar bien claros al descubierto los verdaderos motivos que se esconden detrás de los instigadores y comerciantes de la guerra, así como por llegar al corazón de la podredumbre del espíritu militarista. Pero sobre todo, el objetivo que persigue Tucholsky, con su actividad literaria, es “desinfectar” a las nuevas generaciones de la horrenda educación

militar. Una educación que no merece este nombre, pues su objetivo es destruir a los hombres en tanto que seres individuales y responsables, acallar los dictámenes de su razón individual y someterlos a la autoridad del superior. Así, los hombres se convierten en números intercambiables dentro de una perfecta máquina de matar hombres. La lección de Tucholsky, saliendo al paso de todo esto, sí es educadora en el mejor sentido de la palabra: en el de educar a personas individuales, desertoras, refractarias y libres, únicas. Un nuevo hombre que, sin torcer el brazo de su razón, sea capaz de contestar a las tentaciones belicosas con el grito: “*¡Guerra nunca más!*”

3 - CONTRA EL LENGUAJE

“La frase y la cosa son una y la misma”

Karl Kraus (1981: pág. 56)

Tucholsky dedicó buena parte de su espíritu crítico a combatir ciertos usos del lenguaje: bien directamente, cuando se fijaba en una palabra cuyo uso se había puesto de moda y le dedicaba una de sus *Sprachglossen*; o bien indirectamente, cuando para criticar a otro de sus “enemigos”, se fijaba en el uso que estos hacían del lenguaje. Su crítica del lenguaje, en cualquier caso, tiene mucho que ver con la que hacía de los periodistas, y se basa en su reivindicación de la libre opinión personal ante el poder de otra opinión impuesta desde el exterior. En este sentido, Tucholsky propone para la escritura un estilo claro e inequívoco que sirva para el entendimiento entre las personas, y no para el dominio, por medios sibilinos, de un discurso sobre otro. Para esto último servía el estilo de los periodistas contemporáneos de Tucholsky. Los artículos de prensa eran vehículos de persuasión desde los cuales la tendencia que dominaba un periódico trataba de influir y de determinar la opinión de los lectores; y ello, con el uso de ciertas palabras y estructuras gramaticales. Para comprender cabalmente esta cuestión, que no es otra que la del determinismo lingüístico, es necesario hacer un breve repaso de algunas teorías sobre el lenguaje que han puesto el énfasis en ella.

A finales del siglo XVIII, Leibniz adelantó una idea que tendría gran influencia en la evolución de la lingüística posterior: “el lenguaje no es el vehículo del pensamiento sino el medio que lo determina y condiciona” (Steiner, 1995: pág. 94) . El pensamiento es lenguaje interiorizado, y pensamos y sentimos como impone y permite la lengua propia. En 1822, con la publicación de *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluß auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts* (*Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano. Y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*), Wilhelm von Humboldt desarrolla la idea del determinismo lingüístico hasta el punto de afirmar que el lenguaje puede ser adverso al hombre. La capacidad de comunicación a través del lenguaje es posible por la concurrencia de dos factores antagónicos. Por un lado, está lo que Humboldt llama “*energeia*”, que es la potencia, el impulso, “el trabajo de hacer inteligibles y comunicables el pensamiento y la sensación. (...) Producción irrepetible y genuina de cada

individuo” (1990: pág. 76 y suig.). Este primer factor es el correlato de los principios de libertad y de individuación que gobiernan toda actividad humana.

Pero este principio subjetivo se ve relativizado por su antagonista, el factor objetivo. El segundo elemento que conforma la duplicidad esencial del lenguaje es una fuerza externa que ahorra al individuo y lo obliga a determinar su pensamiento en unos determinados cauces.

“La lengua no se limita a designar objetos ya percibidos como tales. Del mismo modo que sin la lengua no es posible concepto alguno, tampoco puede haber para el alma objeto alguno sin la lengua, pues incluso lo externo no posee para ella una entidad externa si no es por medio del concepto.” (Humboldt 1990: pág. 82)

Siguiendo esta afirmación del determinismo radical, el hombre no puede percibir más allá de los límites de su propia lengua. La lengua es una estructura más o menos tupida que funciona como una criba para los sentidos del hombre. La percepción se organiza imponiendo la estructura del lenguaje al flujo de sensaciones (“*Die Sprache ist das bildende Organ des Gedankens*”). A pesar de que toda lengua está profundamente interiorizada, y que en el momento de la “*energeia*” el individuo se sirve de ella para encauzar su libertad creativa; posee la lengua sin embargo “una identidad exterior que hace violencia al hombre mismo”. El lenguaje abre al hombre puntos al mundo, “pero también tiene el poder de alienar”. El habla humana puede levantar barreras entre el hombre y el universo. En la medida en que los dos factores esenciales de la capacidad de lenguaje mantengan una relación de fuerzas equilibrada, el individuo podrá entenderse con sus semejantes a pie de igualdad. Si, en cambio, el factor objetivo tiene más fuerza que la voz individual, ésta ha de verse acallada por el peso de lo dado, por una visión del mundo que le es ajena e impuesta violentamente.

Ya en nuestro siglo, Benjamin Lee Whorf se basó en las tesis deterministas de Humboldt para desarrollar su teoría de los “mundos del pensamiento” (Steiner, 1995: pág. 107) Sus tesis son bien conocidas. Las estructuras lingüísticas determinan lo que el individuo percibe de su universo y cómo lo piensa. Y como dichas estructuras, visibles en la sintaxis y en los recursos léxicos de una lengua, varían ampliamente al tratarse de una lengua o de otra, también los modos de percepción, de pensamiento, las reacciones de los

grupos humanos que practican diversos sistemas lingüísticos serán muy diferentes entre sí. Nacen de allí imágenes del mundo fundamentalmente dispares. Los mundos del pensamiento “componen el microcosmos que todo hombre lleva en sí, a través del cual evalúa y comprende lo que puede del macrocosmos”. Como se advierte, la teoría del determinismo lingüístico toma en consideración, como sistemas dispares y determinantes, a las distintas lenguas en su totalidad: las visiones del mundo de un español y de una alemana, por ejemplo, diferirán en el mismo grado que lo hagan sus respectivas lenguas.

Al tomar en consideración las diferencias estructuralmente determinadas de las distintas lenguas dentro de una misma lengua, Roland Barthes (1984: pág. 128 y suig.) amplió considerablemente la noción del determinismo lingüístico. Ahora interesa distinguir las diferencias en las visiones del mundo de personas que utilicen distintas variedades lingüísticas de un mismo sistema. Estas variedades estructurales y de designación tienen por condición, según el filósofo francés, la sinonimia, la posibilidad de referirse a la misma cosa de distintas formas y con distintas palabras; y protagonizan en el seno de una comunidad lingüística “*la guerre des langages*”.

Si en Humboldt se advertía una guerra esencial entre el lenguaje “subjetivo” y el lenguaje “objetivo”, y el conflicto se situaba en un plano individual; en Barthes el conflicto se metafórica y realiza a escala social: distintos lenguajes compiten entre sí por obtener la posición privilegiada de “lenguaje de poder” —de lenguaje que objetiva y determina—. Siguiendo a Barthes, en las sociedades actuales, como resultado de una primera y simple división, coexisten dos clases de lenguajes principales, diferenciables por su relación con el Poder: los discursos *encratiques* y los discursos *acratiques*. Los discursos del primer tipo de desarrollan a la luz del Poder, de sus múltiples aparatos estatales, institucionales o ideológicos. Aparentemente “natural”, es el lenguaje de la cultura de masa, de la conversación y opinión corrientes, de la *doxa*. A éstos se oponen los discursos *acratiques*, los cuales se desarrollan y estructuran fuera del Poder y en contra de él. Son discursos *paradoxaes*, alejados de la opinión general y dominante, refractarios, que se apoyan sobre un pensamiento, no sobre una ideología. Es el lenguaje crítico.

En el contexto de la guerra de los lenguajes, tal y como la expuso Barthes, podemos encuadrar la *Sprachkritik* de Tucholsky. Nadie más convencido que él de que la lengua es un arma (“*die Sprache ist eine Waffe*”). En las palabras de moda, en las frases hechas que eran

objeto de su crítica, Tucholsky creía reconocer ciertas estructuras de poder, unos conflictos de clase determinados, que aparecían aquí y allá en la superficie del habla ordinaria y del estilo de los periodistas. Al criticar ciertas estructuras lingüísticas, Tucholsky no obedece al gesto del purista ante la incorrección, sino que hace por denunciar las ideologías y a las instituciones que se esconden detrás de las palabras. Unas estructuras de poder que utilizan la lengua como vehículo para inculcar una *doxa* (el “factor objetivo”) sobre la opinión del interlocutor. Para desenmascarar a esas instituciones, a esas ficciones institucionales, Tucholsky, siguiendo el ejemplo de Kraus, parte de las palabras concretas de su discurso, de un tópico o de una frase hecha. Como ejemplo:

“Verantwortlich? Ich habe eine verantwortliche Stellung ... deine Verantwortlichkeit ... er ist mir dafür verantwortlich ... neulich habe ich in einer Tierschutz-Zeitschrift gelesen: ‘Wen die Schafe eingerückt sind, ist für das Heer der Hund verantwortlich’. Ich sage Ihnen: das Wort hat seine Bedeutung verloren. Ist im Weltkrieg jemand verantwortlich gewesen? Wer ist überhaupt verantwortlich? Ich werde es Ihnen sagen: kleine, untergeordnete, meist proletarische Einzelne – der Rest verkriecht sich hinter die Gruppe, hinter eine Vorschrift, hinter das Reglement, hinter einen Befehl – In Wahrheit trägt kein Mensch die Verantwortung für das, was er macht. Sie decken sich gegenseitig, und zum Schluss ist es niemand gewesen. Die Geschichte wird richten,” (Citado por Riha, 1992: pág. 204-205)

(“¿Responsable? Yo ocupo una posición de responsabilidad ... tu responsabilidad ... él es responsable ante mí ... hace poco he leído en una revista de animales: ‘Cuando las ovejas van en rebaño, el perro es su responsable’. Yo les digo: la palabra ha perdido su significado. ¿Alguien fue el responsable de la guerra? ¿Quién es responsable de nada? Yo se lo voy a decir: individuos pequeños, subordinados, casi todos proletarios – el resto se esconde detrás del grupo, detrás de un precepto, detrás de un reglamento, detrás de una orden –. En verdad ninguna persona es responsable de nada de lo que hace. Se cubren unos a otros, y al final nadie ha sido. La historia juzgará,”)

Tucholsky dedicó sus *Sprachglossen* a la caza de palabras que entonces se habían puesto de moda (“*Jagd auf Modewörter*”), como por ejemplo “*Einstellung*” (colocación), “*Symptom*” (síntoma), “*Problem*” (problema), “*Absenkung*” (hundimiento), “*Überbau*”

(superestructura), o “*irgendwie*” (de alguna manera).

“*Dieses ‘irgendwie’ heißt überhaupt nichts; man kann es einfach weglassen, ohne das sich der Sinn des Satzes ändert, es drückt nur die Schludrigkeit des Autors aus, der zu faul war, scharf zu formulieren.*” (*Die Sprache ist eine Waffe*)

(“Este ‘de alguna manera’ no significa absolutamente nada; se podría quitar sin más y el significado de la frase no se vería alterado, expresa tan sólo lo chapucero que fue el autor, que por torpeza fue incapaz de formular su idea con más precisión.”)

Y los dos colectivos que usaban esas palabras y expresiones, y a las que en último término se dirigía la crítica de Tucholsky, eran el de los militares y el de los periodistas. En la *Sprachglosse “Der Türke”* (“El turco”), Tucholsky cuenta cómo conoció a un turco en París que sabía hablar alemán y, al oírle, reconoció en él todos los tics del habla de los militares alemanes. Pronunciación nasal, voraz encabalgamiento de palabras, caída de las sílabas finales, y aquel timbre característico del desprecio ráciano que considera que el esfuerzo de abrir la boca no vale la pena. Todo se explicaba con el hecho de que el turco había trabajado durante la guerra como intérprete para el ejército de su país, y que por eso estuvo hablando continuamente con oficiales alemanes.

Al estilo de los periodistas, Tucholsky lo llamaba “*neudeutsch*” (“nuevo alemán”), y le adjudicaba las siguientes características: Falta de veracidad, sobrecarga de palabras extranjeras superfluas, abundante uso de palabras de moda, tendencia a la circularidad, a la digresión y a los paréntesis interminables, total, para no decir nada. También criticaba el uso abusivo de palabras técnicas, cuya función era crear el engaño de que el periodista en cuestión sabía de lo que estaba hablando más de lo que en realidad sabía, pues muchas veces utilizaba mal los lenguajes especializados. Criticaba sobre todo la mentira, el dar gato por liebre, lo superfluo y la obsesiva repetición de palabras que no quieren decir nada, incapaces por tanto de dar cuenta de la variedad y complejidad de la realidad. Un buen ejemplo de esto último es *Die Redensart* (*La frase hecha*). La dama del relato aplica incansablemente la misma expresión sentenciosa a todas las historias que le cuentan: “es lo que hay”.

4 - CONTRA LOS JUECES

La sátira “*Der Preussenhimmel*” (“El cielo de los prusianos”) es la representante en este trabajo de las sátiras que Tucholsky dirigió contra el sistema judicial de la [República de Weimar](#) (Arnold, 1972: pág 42). Viendo el contenido de esta sátira, y con cuánta tendenciosa arbitrariedad obra en ella Dios, en el papel de juez supremo, no es difícil advertir el porqué Tucholsky arremetiera contra los representantes de la “justicia”. Un trabajador ha sido asesinado por un grupo de estudiantes simpatizantes con la derecha radical, y su muerte queda sin castigar. En cambio, el Conde Arco-Valley, asesino del Primer Ministro Eisner, cumple tan sólo un mes de su condena a cadena perpetua, y a su vuelta a Munich es recibido con el honroso calificativo de “héroe nacional”. En el cielo ocurre otro tanto: el trabajador es insultado y, tachado de comunista, mandado al infierno; Arco-Valley es admitido y de él se dice que es un “hombre como Dios manda”.

Esta ficción se corresponde con una realidad política que, en contra de lo que podría parecer, no ha sido en absoluto exagerada en la sátira. Aun después de la Revolución de Noviembre y de la proclamación de la [República](#), la Justicia seguía siendo tan reaccionaria como en tiempos del Imperio. El órgano judicial estaba compuesto por unos jueces antirrepublicanos y antidemocráticos. Como abogado que era, Tucholsky estaba especialmente cualificado para detectar la maleabilidad de los jueces, y así es que se dedicó a denunciar todas las injusticias que aquellos cometieran.

En el libro de E. Gumbel *Vier Jahre politischer Mord* (*Cuatro años de asesinatos políticos*), publicado en 1922, las cifras hablan por sí solas (*Politische Justiz*, pág. 7). De los 354 asesinatos cometidos a instancias de las fuerzas de la derecha, 326 quedaron sin penalizarse, los autores de los 28 restantes fueron condenados, pero solamente uno de ellos cumplió la condena en su totalidad. Ningún condenado a muerte. Bien distintas son las cifras que afectan a los autores de asesinatos instigados por fuerzas izquierdistas. De 22 asesinatos, 4 de sus autores no fueron penalizados, uno cumplió parte de su condena y 17 la cumplieron entera. 10 hombres fueron ejecutados.

A su publicación, Tucholsky llamó al libro de Gumbel el libro de la vergüenza alemana (“*Das Buch von der deutschen Schande*”), y al ver todas sus cifras, hizo pública su famosa condena: “*Das hat mit Justiz überhaupt nichts zu tun. Das ist gar keine.*” (“Esto no tiene

absolutamente nada que ver con la justicia. Más bien es una injusticia.”). Poco después de la publicación de la estadística, Arco-Valley fue rehabilitado con todos los honores. De su liberación informaba la *Münchner Post* en los siguientes términos:

“*Der begnadigte Eisner-Mörder Graf Arco wurde bei seiner Rückkehr in sein Schloß St. Martin im Innkreis von der Bevölkerung des Dorfes auf das lebhafteste gefeiert. Die erste Begrüßung vollzog am Nachmittag die Gemeindevertretung mit dem Bürgermeister an der Spitze.*” (Citado por Riha 1992: pág. 195)

(“Al regreso al castillo de St. Martin, de su propiedad, El Conde Arco, el absuelto asesino de Eisner, fue festejado con total animación en medio de la población del lugar. La bienvenida oficial la llevó a cabo al mediodía una delegación municipal con el alcalde a su cabeza.”)

Para mejor entender la sátira “El cielo de los prusianos”, es necesario conocer quién fue y que representaba Kurt Eisner. Nacido en 1867, el 1899 entró a trabajar en la redacción del periódico comunista “*Vorwärts*”, del que sería despedido en 1905 acusado de “revisionista”. Como pacifista independiente, en 1917 pasó a formar parte del Partido Socialista Unificado Alemán (USPD). En noviembre de 1918 tuvo una destacada participación en el levantamiento de Munich, y con la proclamación de la [República](#) y tras las primeras elecciones democráticas, es elegido Ministro de la Presidencia por la coalición socialdemócrata. Representaba un socialismo entendido de forma muy particular, basado en principios filosóficos, sintetizable en su lema “*Realpolitik des Idealismus*” (“política pragmática del idealismo”), y que trataba de hacer compatibles el parlamentarismo constitucional y el sistema soviético de democracia directa (*Rätesystem*). El 21 de febrero de 1919, de camino al Parlamento, donde presumiblemente iba a presentar su dimisión, fue asesinado por el Conde Arco-Valley. Su muerte fue el preludeo de la disolución de la *Rätepolitik*, cuya eliminación definitiva sería llevada a cabo por las tropas de Noske el 1 de mayo.

La sátira de Tucholsky es una denuncia de unos jueces que hicieron la vista gorda ante el asesinato de una personalidad como la de Eisner. Pero también lo es, y sobre todo, de esa supuesta “justicia celestial” que nublaba la cabeza de tantos “buenos” alemanes, los cuales, cegados por su nacionalismo, eran capaces de santificar el crimen más evidente en

tanto que heroicidad patriótica. En “El cielo de los prusianos”, Arco-Valley se enorgullece de poder contar “con el beneplácito de todos los buenos, por no hablar de la clase de los apoderados.”

Sin embargo, Tucholsky, en esta sátira y en lo que es una constante en toda su obra crítica, no sólo se detiene a denunciar los hechos —en este caso, la arbitrariedad corrupta de los jueces—, sino que también trata de ridiculizar las formas: la actitud de los jueces en el curso de un proceso, el zafio abuso de su autoridad. Tucholsky veía en los procesos judiciales una realización concreta de la supremacía del estado sobre la persona, un estado que siempre resultaba el vencedor en esa clase de procesos. Allí veía representado el comportamiento del estado para con el individuo. En las salas de justicia, cada día se representa la tragicomedia de la Primera [República](#) Alemana. El juez tiene el papel principal. Y como decía Tucholsky:

“(…), der die Angeklagten, Zeugen und Verteidiger überhaupt nicht zu Wort kommen läßt, sondern der für sie alle spricht (...) herrisch, hochfahrend und ungezogen.” (Politische Justiz: pág. 7)

“(…), el que no cede la palabra a los acusados, a los testigos ni a los defensores, sino que él mismo habla en el lugar de todos ellos (...) autoritario, altivo e impertinente.” En este abuso de autoridad no dejaba de intuir Tucholsky un insultante espíritu clasista. El sistema judicial de la [República de Weimar](#) estaba formado, según él, por un grupo de jueces de extracción reaccionaria que, haciendo uso de su palabra beatificada por ley, hacían por “sentenciar a muerte” a la democracia.

“Der Richterstand (...) repräsentiert einen klassenmässigen Ausschnitt aus dem Lande; er ist das Resultat einer Auswahl von Menschen, die nicht berechtigt sind, im Namen des Volkes Recht zu sprechen.” (Politische Justiz: pág. 7)

“(La magistratura (...) representa los intereses de una sola clase social de la nación; es el resultado de una elección de personas que no tienen ninguna legitimidad para ejercer el derecho en el nombre del pueblo.”)

PARTE II – La traducción -

1 - PRENSA Y REALIDAD

Mrs. Dubedat: ¿Qué has dicho, amor mío?

No entiendo lo que dice... (Sus labios vuelven a moverse.)

Walpole (se agacha y escucha): Él quiere saber si es que hay un periodista.

Shaw: *El médico en la encrucijada*

Sería de creer que los acontecimientos, a medida que fueran sucediendo, se deslizaran automáticamente hasta los periódicos, del hecho a la noticia de prensa, de la realidad a su repetición. Pero no es así. Porque la reproducción de la realidad es infinitamente más importante que el hecho en sí, y por eso la realidad, desde hace mucho, viene esforzándose por presentarse ante la prensa bajo un aspecto acomodaticio a las exigencias de ésta. El periodismo es el tejido de mentiras más complejo que jamás se haya inventado.

Bien lejos de querer ofrecer las noticias de los acontecimientos de forma que reproduzcan en lo posible el modo como éstos se han producido, y así acercar en lo posible la reproducción a la verdad, los esfuerzos de todos los profesionales de la prensa van dirigidos a utilizar todos los medios técnicos y organizativos a su alcance para construir una reproducción que tome un cariz de verdad para el público, pero sin que por ello queden en entredicho los intereses de los clientes, de la industria o de los partidos políticos.

El redactor está embebido del axioma que reza que es imposible relatar un acontecimiento exactamente como haya sucedido, y así acaba por perder toda consciencia acerca de cómo llega a falsear la realidad. Dejo fuera del presente estudio todos los casos de corrupción clara —la menos peligrosa—, y tomo como objeto de mi investigación tan sólo la práctica más habitual en el país.

Es esencial en un periódico, ante y sobre todo, lo que trae y lo que no trae. Nadie admitirá que cada día indefectiblemente tenga lugar una cantidad de hechos relevantes convertible ni más ni menos que en dieciséis páginas; pero casi todo el mundo admitirá que en tal número de páginas puede mostrarse lo esencial o, por decirlo así, el extracto de todos los acontecimientos del día. Yo no creo que esto sea el caso. El periodista hábil tiene un arma de la que acostumbra a echar buena mano: su silencio. Para todo periódico, una serie de personas, cosas, esferas de intereses son tabú, y de ellas no se habla nunca, ni para bien ni para mal. Sucede muy a menudo que el lector no tiene noticias de revoluciones intelectuales, de epidemias intelectuales o de importantes colectividades hasta mucho después de que se hayan producido y hasta mucho después de que sean visibles sus consecuencias. Así, por ejemplo, para la gran mayoría de la prensa no existe esa fuerte tendencia religiosa que se ha venido desarrollando al margen de la religión oficial, y que al no tener ninguna resonancia en la prensa, ha de buscarse compensaciones en sectas y apóstoles. Con esto se matan dos pájaros de un tiro: el lector termina por no prestar demasiada atención a todas estas cosas, así como tampoco se produce la resonancia pública que podría respaldarlas. Se tiene que ser realmente fuerte para que no puedan silenciarle a uno.

Otra cosa es lo que el periódico trae. Y en este punto la realidad le es de mucha ayuda. Veremos a continuación de qué medios ésta se sirve para atraer la atención de la prensa, y, con ella, la de la opinión pública. Claro está que la prensa, más que reflejar la realidad, elige su materia, y en esta su elección se ve respaldada e influenciada por la propia realidad.

Huelga decir que los periódicos con intereses partidistas escogen sus noticias de forma tendenciosa. Las cuestiones que les sean desfavorables las reproducirán, si es que lo hacen, con brevedad; las cuestiones favorables, pormenorizadamente. Asimismo, los otros periódicos tampoco son observadores imparciales de la realidad del país, y, como Linceo, informan acerca de lo que alcanzan a ver desde su punto de observación, sin prestar atención a si se trata de incendios, de mercaderes, de asesinatos o de fiestas de campesinos. En parte son los periódicos los que buscan lo que les interesa contar; en parte es la realidad la que les toma la delantera.

No obstante, entre el silencio y la noticia impresa existen varios niveles intermedios, que pueden agruparse bajo el título de “la presentación”. Si se entrega a alguien un montón de telegramas (W.T.B.; telegramas comerciales, informes especiales políticos), lo raro sería que fuese capaz, a partir de su lectura, de formarse una imagen del mundo, de distinguir lo importante de lo que no lo es, o incluso de reconstruir las noticias. La “presentación” se encarga de todo. El lector corriente percibe el mundo así como su periódico lo ha organizado mediante los distintos tamaños de letra. Sin saberlo, clasifica las cosas en las que van en mayúsculas y en las que van en minúsculas; y rara vez se da cuenta de que es una pieza más dentro de un cálculo muy inteligente. El autor del titular, el diseñador de los cuerpos de letra, esos sí saben lo que hacen. El lector rara vez sabe lo que lee, y confunde la disposición de los hechos en un periódico con su peso específico en el mundo. Y esto es lo que se espera que haga.

Todos estos métodos se llevan a la práctica con total disimulo. En un excelente librito de O. Rossi (*Journalistische Dialektik*, publicado en 1920 por la editorial vienesa Jahoda & Siegel) puede encontrarse una recopilación de estas artimañas, y sorprende descubrir cómo éstas tienen tanta mayor eficacia cuanto más primitivas son. Las más peligrosas son aquellas que —como ocurre en la práctica totalidad de la prensa burguesa y sobre todo en los *Generalanzeiger*— actúan a escondidas. Una editorial del periódico *Freiheit* no tiene ningún misterio; una noticia local de la *Allensteiner Zeitung*, con todo su colorido, ya entraña alguna trampa. Un mitin político es un buen método de propaganda, pero mejor resulta la filtración de una tendencia en una fiesta infantil, en la venta de una casa o en una querrela contra una compañía de seguros. Y todavía resulta más eficaz, para fines propagandísticos, la noticia acerca de todas estas cosas. De este modo la tendencia se infiltra en un cuerpo que se encuentra indefenso ante ella; ya se ha encontrado el *locus minimae resistentiae*.

Esto siempre debe haber sido así. Sin embargo, lo que no ha llegado a su colmo hasta con la llegada de la era industrial es la influencia que la realidad ejerce sobre la prensa, la misma realidad que la prensa ha de reproducir. El objeto es el que manda.

Toda institución (de la iglesia católica al consorcio del jabón) pone el máximo interés en que la prensa, en un determinado momento, no hable de ella, y en otro, en que sí lo haga y mucho —y entonces tan sólo en un determinado sentido—. Toda institución moderna toma en consideración este factor, y por ello ha constituido una oficina de prensa afiliada. Bien puede

decirse que todos los colectivos económicos y políticos destinan buena parte de sus esfuerzos en presentarse ante la opinión pública bajo cierto aspecto, puesto que el aspecto es más importante que la existencia real, y a menudo trae consigo un éxito inmediato. Los medios son muchos.

En primer lugar están los “contactos”. En la sala de reuniones del *Buchhändler-Börsenblatt* (uno de los periódicos más reaccionarios y más interesantes de Alemania), un librero recientemente rogó a sus colegas para que todos se esforzaran por “lanzar” reseñas sobre cierta clase de libros en las páginas de los periódicos locales. Sobre cómo hacerlo no se dijo nada. El principio de muchas acciones políticas y económicas consiste en “hacer que la prensa se interese por ello”. No importan los medios que hayan de utilizarse (un banquete, dinero, una mujer o una simple lisonja), pero es seguro que la realidad va a tomar el mando, y a mostrar a la prensa, organismo en teoría imparcial, lo que deba reproducirse. Del mismo modo que, siguiendo a Strindberg, la mujer se esconde detrás de la imagen que el hombre se ha formado de ella y espera agazapada a sus víctimas, así también la realidad se esconde detrás de los artículos de los periódicos y espera a que se produzca el efecto de la noticia que ella ha impuesto.

Cabe considerar en este punto la relación que existe entre el mercado de anuncios y la redacción. Se presenta de forma clara y explícita sólo en los perioducuchos, especialmente en los de provincias. Pero normalmente esta relación es más equívoca —y tanto más peligrosa—, y todo son ponderaciones sobre “oportunidades” y demás “cosas útiles”. No es necesario que el redactor honesto sea consciente de esta relación; como el periódico es un negocio, ya se da por supuesta.

Es poco frecuente el caso de corrupción clara en el periodismo. Esto no es bueno para la limpieza de la atmósfera pública. Si se destapasen casos de corrupción, disminuiría la credibilidad de la prensa, y nadie se la tomaría tan en serio como hoy en día, todo y con ser ahora mucho peor que corrupta: esto es, influenciada. Los redactores se encuentran tan profundamente convencidos de que, antes que la verdad de la noticia, se han de valorar las consecuencias que ésta pueda acarrear, que un organismo profesional llegó a considerar hasta qué punto era conveniente que se informara de la miseria de Alemania. Se contrapusieron las ventajas a los inconvenientes. Nada se dijo de exponer la verdad, cueste lo que cueste.

La realidad se avanza a la prensa y le impone qué ha sucedido y sobre qué debe informarse. Hace mucho que la prensa no tiene un conocimiento puro acerca de la realidad; antes bien, la realidad se ha adueñado de la prensa. Así se silencian cosas y se escribe ingeniosamente. No hay ninguna editorial, glosa o fotografía, tras de la cual no se esconda alguna callada tendencia. Las intenciones siempre se dan a entender entre líneas. Podría cogerse el texto de un periódico y traducirlo a la realidad.

Son varias las consecuencias de semejante servicio de información, cuyos representantes más torpes e inconscientes fueron, durante la guerra, los oficiales alemanes de la unidad IIIb.

Con el tiempo, el redactor llega a padecer delirios de grandeza. Sobre todo el menos perspicaz, el que no ve que no es más que el instrumento de algo más grande que está detrás de él. Con los años ha ido asimilando que lo que él no manda imprimir, para cientos de miles de personas no existe; y que lo que inculca en las cabezas de la gente, repitiéndolo como un loro, se encuentra para ellos en el centro del universo. También él irá otorgando más importancia al efecto que a la realidad.

El lector confía ciegamente en la prensa, debido a que su periódico no muestra su verdadero ser y porque es muy difícil que se dé una influencia sobre la opinión pública que actúe al margen de la prensa y en contra de ella. En la mayoría de los casos, el efecto sobre el lector es el deseado. Aparte de los especialistas, son muy pocos los lectores que se toman la molestia de consultar varios periódicos; y de este modo el lector corriente se forma una imagen del mundo que no se corresponde con la realidad, sino con lo que se dice de ella. Bien es verdad que la prensa no puede eliminar aquello que tenga una vitalidad realmente vigorosa. Pero sí es capaz de estorbar su crecimiento, meter su fastidiosa mano, conservar en vida elementos nocivos, crear confusión. No se puede silenciar el catolicismo. Pero, en cambio, pueden alimentarse falsas ideas durante cien años. Además, los elementos de la realidad con más poder siempre tienen la prensa en sus manos. Tal cosa es cierta si, en tanto que “los elementos de la realidad con más poder”, se entiende el dominio soberano de la sabiduría de la vida, de la calle y del arroyo.

Ofreciendo una imagen del mundo tan tendenciosamente deformada, los periódicos carecen de toda autoridad para tener la menor pretensión de verdad. Esto jamás podrá

repetirse demasiadas veces. El razonamiento de que una noticia “está en los periódicos” y de que por ello es verídica es un razonamiento falso.

¿Cómo mejorar? Después de leer los sugestivos ensayos de Wilhelm Schwedler en la *Deutsche Presse*, en los que se entrevé cuán tupida ha llegado a ser la red que ha tejido la prensa alemana, a todo ello resulta entonces preferible la corrupción rampante, con tal de que ya nadie se crea todos estos periódicos y correspondencias. Jamás había ocurrido que en un organismo profesional se hablase con tanta frescura acerca de una noticia en tanto que mercancía. Todo pasa por una crítica destructiva de las comunicaciones, por lo que son en la práctica, no por lo que debieran ser en teoría.

La industria, los partidos, el gobierno, la iglesia, todos ellos saben lo que tienen en la prensa. La realidad, tal como la sirve el periódico, ha pasado por una criba. Lo que allí hay no es el mundo. Es: El mundo. En edición popular reducida y adaptada para uso escolar.

Lo mejor fuera ceñirse al original.

2 - HACE OCHO AÑOS

Cosacos, ulanos, belgas, franceses serbios e ingleses se mataban unos a otros. La tierra chupa la sangre, el hierro atraviesa la carne, las casas llamean, las mujeres y los niños lloran, y ministros, diplomáticos, políticos y periodistas van en coche, yacen al lado de célebres actrices, se atiborran.

Henry Guilbeaux: *Karl Liebknecht*

Hoy hace ocho años, mientras yo iba bajando por la *Kantstraße* en Berlín, todo el mundo alborotaba henchido de ebriedad patriótica. Se arrancaban de las manos los periódicos extra, gesticulaban furiosamente, perseguían a las personas de piel oscura, a las que en su desvarío tomaban por espías, y se quedaban tiesos de veneración si se acercaba, el monóculo brillante, cualquier uniforme. Frente a un tenderete de verduras había un hombre mayor, y junto a él su esposa y tres niños. Estaban allí en fila y lloraban. Quien sea de Berlín comprenderá que este espectáculo, en cualquier otro momento, habría producido un efecto un tanto cómico; a mí, entonces, no me hizo ninguna gracia. La calle había perdido la cabeza; solamente aquel hombre sabía lo que se le avecinaba.

Los otros parecía que no lo sabían. El modo en que el país se comportó durante aquellos infaustos días de agosto de 1914 puede adivinarse a partir del orgulloso descaro con que los nacionalistas hablaban sobre el engaño de una nación entera. Llamaban a esa mezcla de mentiras de la prensa y de servicio militar obligatorio “el espíritu de 1914”, y eso es lo que parecía. Hoy es el momento de reconocer la verdad: la locura se apoderó de las masas hasta lo más profundo de la clase obrera, una locura que la escuela y el militarismo prusiano habían preparado brillantemente, y el *Berliner Lokalanzeiger*, junto con otros periódicos de la misma tendencia, daba fe a fulano y a mengano de que iban a hacer “historia”, y de que aquellos eran “grandes tiempos”. Grandes sí que lo fueron, sólo que por desgracia un par de números *demasiado* grandes.

Siendo yo un joven estudiante, estuve ayudando al hijo de un general prusiano de nombre muy famoso para que pudiera acceder al bachillerato, pero el chico era tan imbécil que Su Majestad el *Kaiser* terminó por regalárselo. Aquel día volví a verlo: allí bajaba en coche por el *Kurfürstendamm* ese pedazo de desgracia uniformado, apoyado sobre un gran sable de batalla con un aire de lo más a la Hindenburg. De sus ojecitos estúpidos surgía un relámpago: “¡Éste es *mi* tiempo!”

Pues era el *suyo*. La danza que se llevaba a cabo encima de las espaldas de los proletarios, encorvadas con tanto palo, permitía que aquellos que siempre son los primeros en gritar si es para la muerte de los demás, cruzaran el mar Rojo sin mojarse los pies. Hoy ya no sabe uno qué es más repugnante: el comportamiento, durante la guerra, del cuerpo de oficiales alemán para con sus compatriotas (la *Reichswehr* todavía mantiene “*Traditionskompanien*” para que esto no se olvide), o la postura de la regencia. Es el momento de recordar cómo estos nobles, ya con las vigas de la casa crujiendo antes de desmoronarse, negaron a las masas obreras el derecho a sufragio universal, las mismas masas que ofrecieron su pecho descubierto a las balas enemigas, munición a la que se dio un cheque en blanco; los mismos trabajadores que estuvieron de centinelas, se arrastraron por pantanos y fosas de barro, y que, sucios y andrajosos, tuvieron que permanecer lejos del hogar, del trabajo y de los hijos.

Hoy el obrero, por fin lúcido, ve claramente lo que fue aquella guerra. No fue ni una especie de necesidad natural, ni el encontronazo de dos tendencias espirituales, ni el “baño de acero” para el alma de un pueblo. La guerra fue otra cosa.

Aquella guerra fue la consecuencia natural del sistema capitalista. Otra de sus causas, ésta más lejana, se encuentra en la exaltación ridícula de la idea de Estado, de aquel estado soberano que considera cualquiera de los muchos procesos judiciales ordinarios que tienen lugar cada día como una ofensa contra su propiedad. Los militares, que en un principio solamente fueron un medio y que ahora ya son un fin en sí mismos, instigaron por su cuenta todo cuanto pudieron. El soldadito errante a quien el pueblo había tenido que aguantar subido al trono durante 25 años volvió de Noruega derrotado y jadeante, y emborronó los márgenes de las actas con sus inmortales observaciones: “¡sandeces, pamplinas! ¡Cuadrilla de criminales!”. A sus 6 hijos les iba bien. La nación estaba disponible: apta para el servicio en el frente.

Hoy ya tenemos conocimiento sobre el alma del soldado alemán en el frente.

Embrutecidos como estaban, avanzando con indiferencia y contentos si amanecían al siguiente día, estos hombres ya no tenían alma: la instrucción y la marcha militar se la había arrebatado. En cambio, la instrucción les había inculcado la obediencia más obtusa que conozca la historia universal y que les obligaba, a falta de cerebro, a ponerse firmes delante de una charretera. Sépase que, lo mismo en los dos bandos, el clero contribuyó a que se perpetrara tal ignominia. San Mateo 5, 43-44: “Habéis oído lo que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen.” Olvidaron la palabra de su Señor.

Mientras tanto, en los altos mandos del ejército se daban la gran vida. Los menús del cuartel general ya no están al alcance de ningún bolsillo, teniendo en cuenta los precios actuales; pero, eso sí, uno se quedaba más tranquilo al ver que los nombres de todos los manjares venían escritos en alemán: eso les daba un sabor más patriótico.

La zona de retaguardia... Se ha culpado de todo a la retaguardia. Pero la retaguardia no cayó de la luna; antes bien, un espejo para el superior alemán, le mostraba su modo de comportarse en ocasiones en las que no se jugaba el cuello. En la retaguardia hubo superiores alemanes, y muchos. Se sabe que uno no debe ir a buscar a la cama a sus adversarios políticos, pero si no vas a hasta la cama de esta clase de patriotas, del príncipe al sargento chusquero, difícilmente podrás encontrarlos.

Los excesos perpetrados por las tropas aliadas en el Rin no pueden perdonarse. Pero, ¿acaso los señores que, sentados cómodamente en su sillón, se ponen a recordar “batallitas de la guerra”, olvidan que esto no es más que el pago de una deuda, una reparación por todo lo que se hizo desde Charleville hasta el último de los destacamentos de gendarmería rumanos? Los que hoy atacan a los ministros, entonces eran oficiales, y en Lille mandaban a gritos sobre una compañía de trabajos forzados, la cual estaba formada por hombres y mujeres belgas y atentaba contra el derecho internacional. Mujeres de familias honradas habían de someterse a las inspecciones de la policía correccional. (Cuando uno dedica todo el día a combatir a los bolcheviques, no es extraño que se olvide de estos detalles insignificantes). Llegó la derrota. Ni el agua ni la sangre podrán diluir aquel telegrama de Herrn Ludendorff, alias Lindström, en el que, junto con su amigo Hindenburg, lloriqueaba por negociar las condiciones del armisticio dentro de 24 horas.

Los héroes necesitaron 4 años para darse cuenta de que no podían ganar. Hoy escupen sobre la patria y extienden la creencia de que el enemigo está en casa, y no tienen culpa de nada.

¿Moraleja?

Los generales no pueden acaudillar ninguna guerra si no disponen de los soldados. Los malos tratos que los militares franceses infligieron a los prisioneros alemanes dan lugar a que muchos digan todavía hoy: “Si es contra Francia, ¡yo me cargo mi fusil en el hombro y me apunto otra vez!” Pero si se apunta otra vez, disparará contra camaradas, contra trabajadores, contra hombres que se encuentran bajo el yugo del capitalismo lo mismo que él, fanático soldado. A quienes hay que disparar, los verdaderos culpables, jamás podrá apuntarlos. Estarán escondidos en París, del mismo modo como los de nuestro bando se esconden en Berlín.

¿Moraleja?

Nuestra responsabilidad es negarnos a hacer el servicio militar, y no sólo en beneficio de nuestra propia persona. Nuestra responsabilidad es educar a los jóvenes para librar a nuestros hijos del tres veces maldito espíritu prusiano, el causante de tanta desdicha en el mundo. ¿Dejaréis que os engañen de nuevo? Escriben sus periódicos y sus mentirosos libros de lectura de manera que parezca que ellos fueron buenos lansquenets alemanes. Cuando no eran más que comerciantes disfrazados.

¡Honremos la memoria de Karl Liebknecht, uno de los pocos hombres que, en medio del delirio universal, siempre mantuvo la cabeza bien alta, sin doblegarla bajo un casco de acero! ¡Honremos la memoria de todos aquellos que utilizaron todos los medios, aun algunos ilegales, con tal de trabajar con él en contra de la guerra!

¿Moraleja?

Sólo puede ser una para quien contemple el mundo con los ojos abiertos. Para nosotros, socialistas, sólo puede haber una moraleja en esta guerra.

Si una pandilla de funcionarios con delirios de grandeza, de codiciosos fabricantes de cañones, de especuladores del pan de cada día, de redactores chillones y de príncipes retirados con sus mujeres ufanas y vanidosas tratan de instigar una nueva guerra, que se levante entonces como un solo hombre la parte de la nación alemana con más dignidad, la

clase obrera, para arrebatarnos a todos esos el casco y la bandera, y, aleccionados por la sangre, endurecidos por el dolor, estalle en el grito:

¡Guerra nunca más!

3 - LA FRASE HECHA

Pronto se nos termina el vino,

Pronto se nos termina el vaso.

Hebbel

Conocí a una dama distinguida y elegante que tenía la costumbre de pasarse el día durmiendo con los ojos abiertos y de no escuchar nunca cuando alguien hablaba con ella. La gente le contaba largas historias, historias como las que acostumbra a contar la gente: chismes de separaciones, quejas sobre el servicio, historias de dinero, y yo qué sé más; y ella dormía sin prestar ninguna atención. Pero cuando el otro había terminado su relato y callaba a la espera de una respuesta pertinente, entonces mi dama hacía su entrada y decía una frase, “la” frase de su vida, la que siempre decía, al cabo de todas las historias, y que se ajustaba a todas ellas: “Sí, sí, ¡es lo que hay...!”

Ésta era su respuesta, y lo que había casi siempre era algo malo. Pero esta frase es irrefutable. Efectivamente siempre hay algo. Arthur Schopenhauer definió la dicha como la situación no desdichada, y de esta forma consideraba la desgracia como la cualidad elemental. Y suyo es también aquel dicho formidable que se le ocurrió cuando una vez, en su mocedad, oyera el timbre de la campanilla de la puerta: “Ah...¡ahora, ahora llega!”. Y luego, de viejo, cuando llamaban a su puerta: “¡Ahora ya llega!” Y siempre llegaba algo. (Una vez incluso una costurera, a la que echó escaleras abajo). Si no existiera ninguna aflicción, habría que inventarlas. Pero libres de toda aflicción nunca lo estamos. Siempre hay algo, es lo que hay. Ladrido de perros; condescendencia amorosa de un escote remilgado; un buen vino tinto, pero un camarero grosero, un camarero amable pero un vino peleón; los vecinos de arriba, que retumban en nuestras cabezas porque llevan en los pies barcos de pesca en lugar de zapatos; vástagos no deseados; bancarrota; la Guerra Mundial y una digestión difícil... es lo que hay. Pero la culpa también es nuestra.

Nuestra máquina es demasiado grande. No es extraño, pues, que de vez en cuando se le reviente alguna rueda, una cadena se rompa o un tornillo rechine. Con el equipaje que nosotros hoy nos llevamos en un largo viaje, los griegos en su tiempo se ventilaban sus

pequeñas guerras, y nunca descansamos. Puedo imaginar claramente a nuestros bolsistas a su llegada al paraíso: hace frío, las entradas son demasiado caras, no hay boletín de cotización, y ellos habían imaginado que todo sería muy distinto. (¿Acaso Eva vende postales? No. Resultado: el Paraíso va a la baja, crac, traslado al infierno. Por lo demás, véase más arriba). Es lo que hay. Nunca hubo frase más pertinente. Y, sepa usted, todo este espectáculo tiene tan poco sentido. Imagínese todo lo que nos hemos llegado a hacer y a decir unos a otros en los últimos años, y ¿cuál ha sido el resultado? Esta Europa. Es lo que hay, y es un poco demasiado para un hombre solo. Y la población de este continente está harto nerviosa, tan nerviosa, que todos a la vez se ponen a buscar algo que no existe; pasean ansiosamente la mirada y encuentran algo que no es lo que buscaban. Pues siempre hay que tener algún problema, cuando no se tiene ninguno, y es lo que hay, y ya se sabe que el hombre ha venido al mundo para luchar. ¿Cómo dice el director de cine? “¡Luz! ¡Cámara! ¡Acción! ¡Primer plano!”

La felicidad es algo que el hombre nunca reconoce, dice el sabio.

¿Dónde encontrar todavía la alegría pura? Creo que tan sólo en aquella situación bienhadada en la que aquél, sonriendo de dicha, entrase en el taxi y le preguntase la hora al taxista. Entonces el taxista respondería: “¡Las once, señor!” Y aquél, tomando plena consciencia de la felicidad en este mundo: “¿De ayer...o...de hoy?” Pues esto es la dicha. Pero nuestro hombre se levanta al día siguiente con una fastidiosa resaca, y debe hacer penitencia por haber intentado echarse a volar. Y cae estrepitosamente; y es lo que hay. Pero sentimos nostalgia. De aquel estado en que nos sentimos leves y dichosos; de aquella legendaria casita blanca que es el lugar de la felicidad y el retiro de todas las penas.

Allí quisiéramos llegar algún día.

Volver a casa. Ya siento el hogar

Y el corazón paternos.

Lejos del mundanal estruendo

En la quieta, profunda calma.

De aquí partí con mil deseos,

Aquí retorno con humilde anhelo;

Mi pecho abriga una esperanza:

Volver a casa.

Pero el hogar no tiene calefacción, está al lado de una fábrica de pieles cuya chimenea despide un humo asqueroso, la mujer de nuestra vida ha engordado, y nuestro hijo tampoco es como hubiésemos querido: demasiado inteligente para ser diplomático, demasiado feo para ser actor, demasiado ingenuo para banquero e inepto para cualquier profesión liberal. Estás sentado delante de la casita de tus sueños, los tilos susurran, el arroyo murmura, brilla la luna. Y brota en tu corazón una callada nostalgia de la gran ciudad, de su ruido y de sus engorros. ¿Te llama tu querida Adelaida? Deja que llame. Pero sigue llamando, con voz más estridente, no más melodiosa. Y entras a la casa suspirando... Haz oídos sordos si te proponen bellas inscripciones para tu lápida. Yo sé una que está echa a tu medida, no lo dudes, te va de maravilla. Escribe: es lo que hay.

4 - EL CIELO DE LOS PRUSIANOS

San Pedro (ante un ejército de ángeles): Cabo de la fila derecha, ¡firmes! ¡Vaya una alineación, esto clama al cielo! ¡Las aureolas bien altas! El segundo ángel, ¡que retroceda un poco! Así, un poco más. ¡Alto! ¡Por todos los santos! ¡No me muevan las alas! Toda la unidad, ¡ar! Toda la unidad, ¡ar!

(El Dios Bendito entra por la derecha)

San Pedro: ¡Atención! ¡Miren... a la derecha! (Agitación) Su San Pedro, dos ángeles primeros y ochenta y siete ángeles rasos listos para la instrucción.

El Dios Bendito: ¡Gracias! ¡Bueno día gente!

Los ángeles (todos a coro): ¡Buenos días, Dios Bendito! (léase “general”)

El Dios Bendito: ¿Qué, querido San Pedro? ¿Nada nuevo?

San Pedro: ¡Nada, Excelencia!

El Dios Bendito: Tiene buen aspecto, esta gente. ¿Os dan el sueldo puntualmente?

La unidad: ¡A sus órdenes, Dios Bendito!

El Dios Bendito (a San Pedro): ¡Que se retiren!

San Pedro: ¡Rompan filas! (La unidad se va)

El Dios Bendito: ¡Acompáñeme a la cancillería, mi querido San Pedro! Vamos a examinar a los solicitantes.

San Pedro: ¡A sus órdenes, Excelencia!

(En la oficina de ingreso)

Un trabajador (la chaqueta sucia y rasgada. Rostro molido. Manos molidas. Paso ranqueante. Se pone firme a duras penas cuando ve al Dios Bendito): ¡Buenos días!

San Pedro: ¡Tenga la bondad de esperar a que le pregunten! ¡Y adopte un porte más marsial, comprendido! ¡Que no está usted en la oficina de su partido socialdemócrata!

¿Nombre?

El trabajador: ¡Pettenkofer!

San Pedro: Yo soy su sargento. ¿Nombre?

El trabajador: Pettenkofer.

San Pedro: ¡Pettenkofer, mi sargento, se dice, cerdo alelado! ¿Cómo se dice?

El trabajador: Pettenkofer, mi sarg... ay, perdone usted, ¿no me habré confundido? ¿Estoy de verdad en el cielo?

San Pedro: ¡Cierre el pico cuando hable conmigo! ¿Qué se te ofrece?

El trabajador: Me asesinaron en Marburg. Mi cuerpo cayó en la cuneta. Los estudiantes me dispararon. Mi muerte no se ha castigado.

El Dios Bendito (alzándose en toda su grandeza, talla reglamentaria): ¡Váyase de aquí! ¡Pero qué se ha creído! ¿Acaso cree que esto es un nido de comunistas? Si vienen los buenos marburgueses, a ellos les admitiremos. ¡A usted no! ¡Fuera! ¡Váyase al diablo!

(El trabajador se va en silencio)

El Dios Bendito (desde dentro): ¡Pero qué se cree toda esa gente! Alemania está todavía debajo de mi cielo, y mi cielo encima de Alemania.

San Pedro: ¡A sus órdenes, Excelencia!

El trabajador (desde fuera): No falla, lo mismo que pasa abajo, todo pasa igual aquí arriba. ¿El infierno? Yo he sido soldado durante cuatro años.

El Dios Bendito (desde dentro): Sabusté, en el cielo todo va a otro ritmo desde que Willem me nombró Dios Bendito de Prusia. Los altos aliados de allá arriba, él siempre decía... Lástima que haya perdido la guerra. Estaría todo tan bien organizado... De hecho, nojque haya perdió... Es que los otros han ganao. ¡San Pedro!

San Pedro: ¿Excelencia?

El Dios Bendito: ¿Alguien más?

San Pedro: Ahora mismo podrá usted inspeccionarlo, Excelencia. (Abre una puerta)

¿El solicitante?

Una voz: Sí.

San Pedro: ¡Entra!

(El solicitante, uniforme de teniente prusiano. Al cruzar el umbral, hace chocar los talones con tanta fuerza, que tiembla la cal de las paredes)

El Dios Bendito: Cuando quiera, San Pedro.

San Pedro: ¿Nombre?

El solicitante: Arco-Valley.

San Pedro: ¿Profesión?

El solicitante: Héroe nacional de Baviera.

San Pedro: ¿Su última dirección?

El solicitante: Según informe policial: la prisión de Straubing. Condena a cadena perpetua, de la que cumplí un mes. Lugar de residencia: Munich. He subido hasta aquí en mi avión.

San Pedro: ¿Méritos para el cielo?

(El solicitante alza la mano derecha. Puede verse una mancha de sangre)

El Dios Bendito (interesado): ¿Eh...?

El solicitante (con dignidad): Eisner, Excelencia.

El Dios Bendito (satisfecho): Bien, bien. Prosiga, San Pedro.

San Pedro: Está bien, Herr Baron, ¿pero usted sabe que... aquello de no mata..., Herr Baron, que usted no debe matar?

El solicitante (habla acelerada): Hice uso de mi derecho nacional a la legítima defensa, y siguiendo una orden de mi consciencia, eliminé un parásito enemigo de la patria. Cuento con el beneplácito de todos los buenos, por no hablar de la clase de los apoderados.

San Pedro: Bien ¿Y qué me dise, Herr Baron, fue un trabajo duro?

El solicitante: Le disparé por la espalda, mi sargento.

San Pedro (mirada inquisidora al Dios Bendito, que afirma): ¡Aprobado!

El solicitante: Se lo agradezco muy humildemente. (Se va)

El Dios Bendito: Un hombre como Dios manda. ¡Y no nos van a desarmar, y vamos a conservar nuestro baluarte en el cielo... Y nuestra bandera es negra, blanca y roja... Y cuando tenga aquí conmigo a todos los buenos prusianos y soldados alemanes, entonces estaré contento!

San Pedro: ¡Yo también, Excelencia!

La clase trabajadora alemana (desde abajo): ¡Nosotros también, Excelencia!
¡Nosotros también!

PARTE III – Defensa de la traducción -

TEORÍA DE MI TRADUCCIÓN

De Cicerón a Benjamin, las aproximaciones al fenómeno de la traducción han sido tan numerosas como variadas en sus metodologías y aspiraciones. En su primer período, que George Steiner (1995: pág. 246) hace extensible desde el “célebre precepto de Cicerón de no traducir *verbum pro verbum*” hasta los comentarios con que Hölderlin acompaña sus traducciones de Sófocles en 1804, la teoría de la traducción se caracterizó por su orientación empírica. Los análisis y conclusiones surgen directamente de los traductores. La segunda fase, en cambio, es de teoría e investigación hermenéutica. La cuestión de la naturaleza de la traducción es planteada dentro del contexto más general de las teorías sobre el espíritu y el lenguaje. Pero a pesar de la variedad de las distintas aproximaciones y de la talla de quienes han escrito sobre el arte y la teoría de la traducción, el número de las ideas originales en cuanto a su aplicación es más bien reducido. Ronald Knox reduce toda el tema a dos preguntas: “¿qué debe predominar, la versión literaria o la versión literal? ¿Está el traductor en libertad de expresar el sentido del original en cualquier estilo y giro que elija?” Una sola cuestión de fondo: ¿Traducción libre o traducción literal?

En el extremo de la literalidad absoluta está el método de traducir palabra por palabra, el método de la metafrasis. En el de la libertad, la imitación, la recreación, la variación o la interpretación paralela. Dryden da muestras del *common sense* británico y señala el camino de la buena traducción: entre los dos extremos, la paráfrasis o traducción liberal. Aunque el traductor no pierde nunca de vista al autor, “se atiene con menos rigor a las palabras que al sentido, que si bien puede ser desarrollado, no admite alteración”. Por la paráfrasis “el espíritu de un autor puede ser trasvasado sin perderse.” En palabras de Steiner, “ideal, perfecta, la traducción no hará sombra a la autoridad del original, pero mostrará ese original tal y como hubiese sido de haberse escrito en la lengua del traductor”.

Decir que, para traducir a Tucholsky, yo he seguido el método de metafrasis no es decir mucho. Hoy en día son pocos los traductores que no aspiran a traducir el sentido de la obra original, más que todas sus palabras y en el mismo orden (la literalidad absoluta ya se

ve impedida por las diferencias intrínsecas de las distintas lenguas); o que no tratan de ser fieles al espíritu de la obra que traducen. Si toda traducción parte de una vocación de metafrasis, para justificar la mía será necesario explicar qué se entiende aquí por sentido y qué por el espíritu de la obra de Tucholsky. El espíritu de Tucholsky aquí no es más que mi forma de entenderlo, el amor y el odio que me inspire. En la primera parte de este trabajo he expuesto mi lectura de Tucholsky, mi interpretación del hombre y de la obra: los límites y el horizonte que determinan mi traducción para bien o para mal. Lo único que se puede hacer es ser consecuente con ella.

Yo quiero ser fiel al sentido, que no al significado de todas las palabras. Para trasladar el sentido, las unidades de traducción no siempre son las unidades léxicas. Pueden ser unidades mayores a la palabra (un sintagma, una frase, un párrafo, un texto entero) o incluso menores (un acento significativo o el color de una letra). La identificación, la delimitación y la selección de esas nuevas unidades se basan en el conocimiento de las funciones lingüísticas del texto y de las intenciones del autor. No es lo mismo traducir un discurso con función referencial que otro que sea poético, o emotivo, o un tercero que sea apelativo. En un mismo texto casi siempre se encuentran sub-textos con funciones distintas, condicionadas por las intenciones y estrategias del escritor y cuya traducción habrá de adaptarse a cada caso. Cada unidad de traducción exige un grado de acercamiento a los extremos de literalidad u oblicuidad único y específico a sus características.

Por lo complejo de este proceso que es la traducción, y que aquí sólo se ha descrito superficialmente, ha de verse cuán arduas y conflictivas son las elecciones que trae consigo, y numerosas las pérdidas que siempre se producen. Por eso la traducción es siempre nueva y siempre cuestionable. Pero también siempre justificable. De las elecciones que yo he tomado ante cada problema, y de las pérdidas que he tratado de contrarrestar, prefiero hablar por apartados en los siguientes.

1 - PRENSA Y REALIDAD

Tanto en este texto como en *Hace ocho años*, la función lingüística dominante es la referencial, la explicativa. Aquí, generalmente, Tucholsky no recurre a las técnicas de la sátira o de la ironía, sino que expone claramente cuál es su opinión sobre el tema que trata. Por ello, me ha parecido justificado tender, en mi traducción, a la literalidad siempre que fuera posible, respetando al máximo el significado de las palabras, importantes para la argumentación. Me he tenido que alejar más o menos del ideal de la literalidad absoluta en la medida que a ello me han obligado las distintas características intrínsecas de los sistemas lingüísticos con los que he trabajado. No justificaré las traducciones oblicuas cuya obligatoriedad quede patente por las diferencias sistemáticas existentes entre el alemán y el castellano. Sí que voy a explicar, en cambio, cuándo y por qué me aparto del original con el objetivo de reproducir el sentido y la intención del texto de Tucholsky.

El primer caso de traducción oblicua lo encontramos ya en la primera frase. He traducido “*von der Wirklichkeit in die Presse*,” por “del hecho a la noticia de prensa”. El cambio vino impuesto por la concurrencia en la misma frase, en el original, de “*Wirklichkeit*” y “*Realität*”, dos palabras cuyo equivalente en castellano es “realidad”. Pero no creo que sea conveniente, aquí, repetir la misma palabra en los dos casos, pues así se perdería el efecto del original –paralelismo semántico pero no léxico—. De esta forma me parece justificado traducir “*Wirklichkeit*” por “hecho”, dos palabras que a distinto nivel cumplen el mismo propósito discursivo – están al mismo lado de la oposición “prensa-realidad”—. Este cambio explica el de “*Presse*” a “noticia de prensa”. Al bajar al nivel de lo concreto con “hecho” (por oposición a “realidad”, abstracto), había de hacerse lo mismo con “prensa”, que se convierte en “noticia”. He amplificado, empero, esta unidad con el sintagma “de prensa” para no perder una palabra (“prensa”) aquí importante por ser un eco del título y de la oposición que vertebra toda la argumentación.

En la siguiente oración se advierte otro cambio, aunque más ligero. “*Das ist nicht richtig*” (literalmente: “esto no es correcto”) por “Esto no es así”. Me parece que el equivalente castellano no tiene la misma fuerza —no es lo mismo— que la frase alemana. Y como es la primera vez que aparece la opinión del autor sobre el tema que trata, siendo un contraste seco

con la frase anterior; aquí era importante que la oración mantuviera toda su fuerza. Por eso se la he amplificado traduciendo por “Esto no es así”. Como en el caso anterior, he antepuesto las exigencias discursivas a las de índole puramente léxica.

La modulación más pronunciada de todo el párrafo viene en la segunda parte de la siguiente frase. He traducido “*wie sie gern möchte, daß sie aussehe*” por “bajo un aspecto acomodaticio a las exigencias de ésta”. Como todos los casos de traducción oblicua, éste tiene por causa la imposibilidad de traducir literalmente. Se podría argumentar en contra de esta opción que se pierde el tono del original, en efecto mucho menos formal. Pero aunque el tono sea distinto, casi opuesto, el efecto de las dos oraciones es el mismo: el desequilibrio de los estilos, con un objetivo irónico. Si “*wie sie gern möchte, daß sie aussehe*” desentona irónicamente con el resto del discurso “por abajo”, “bajo un aspecto acomodaticio a las exigencias de ésta” lo hace “por arriba”. Confío en que el lector caerá en la cuenta de la intención irónica de mi “acomodaticio”. Lo que también se pierde con mi opción, podrá decirse, es el efecto rítmico que le da al texto original la yuxtaposición de dos oraciones subordinadas tan cortas, con el mismo número de sílabas y los mismos acentos. He tratado de reproducir este efecto en la perífrasis verbal “viene esforzándose por presentarse” y en la yuxtaposición de dos sintagmas preposicionales: “ante la prensa” y “bajo las exigencias de ésta”. Por último, también se podrá argumentar que en “bajo las exigencias de ésta” no se recoge lo metafórico (por personalizador) de “*wie sie gern möchte,...*”, y que por tanto se pierde toda su fuerza irónica. Esto es cierto, pero he tratado de compensar esta pérdida enfatizando la metáfora en la perífrasis “viene esforzándose por presentarse”, en la que aparecen tres verbos personalizadores. “Todo en todo”, esto es, por todo ello, creo que puede justificarse que esta oración no se haya traducido literalmente.

En el cuarto párrafo, traduzco “*daß täglich stets grade so viel geschieht, wie in sechzehn Seiten hineingeht.*” por “que cada día indefectiblemente tenga lugar una cantidad de hechos relevantes convertible ni más ni menos que en dieciséis páginas”. Las dos frases dicen lo mismo, aunque no haya sido posible reproducir literalmente la formulación del alemán. La estructura comparativa del alemán (“*so viel..., wie*”) he tenido que traducirla por un sintagma adjetival (introducido por “convertible”). Como el adjetivo había de seguir a un nombre, sustituí el pronombre “*viel*” por el sintagma nominal “una cantidad de hechos relevantes” (que es, “ni más ni menos”, a lo que se refiere el pronombre alemán). Como me pareciera que estos

dos cambios, aunque necesarios, subían el tono del original, lo “bajé” una pizca con “cada día” (por el adverbio “*täglich*”); con “ni más ni menos” (locución que, además, implica una exactitud equiparable a la de “*hineingeht*”, verbo que en mi traducción se pierde con la subordinada); y con “por decirlo así” en lugar de “*gewissermaßen*”.

El dístico “*da*” que sigue y hace referencia a las “*sechzehn Seiten*” de la oración anterior, o al espacio que ocupa “tal número de páginas”, lo he traducido dando por válida esta última interpretación. Por esta causa no he podido traducir literalmente el verbo de la estructura con *Konjunktiv II* “*zu lesen sei*”. De haber traducido “puede leerse”, en lugar de lo que me pareció mejor (“puede mostrarse”), la oración impersonal en castellano habría presentado un cierto problema de lógica: el que en dieciséis páginas pueda o no leerse algo podría deberse a varias causas, atribuibles tanto al escritor como al lector. El problema reside en que la estructura alemana con “*zu*” no es equivalente total con la perífrasis verbal “poder + infinitivo”. Me parece que “puede mostrarse” sí recoge el sentido del original; como también lo recogería, aunque tal vez apartándose demasiado de él, “encaja”, mi primera opción, finalmente por eso desechada .

Di con un problema de traducción en el infinitivo nominalizado “*Totschweigen*”. El “arma” que tienen a su (“mala”) disposición los periodistas es “*das Totschweigen*”: “silenciar-las cosas-de-tal-modo-que-se-las-mate-por-ello”. Este es el sentido de la “palabra” alemana. Pero al ser solamente *una* palabra, y *un* arma, me pareció que convenía traducir por igualmente una sola palabra. En este caso mi opción iba a traer consigo una pérdida, y se trataba de que esta fuera lo menos posible. Por eso escogí la palabra “silencio”, una sola aunque lo suficientemente rica en significados y matices; un sustantivo, y no un infinitivo, aunque con un significado lo suficientemente “in-concreto”. Las consecuencias de ese “silencio”, que en el original ya las implica el mismo infinitivo, quedan lo bastante claras a continuación. Con todo, y para compensar la pérdida del “*Tot-*”, traduzco “*Damit ist zweierlei erreicht*” (literalmente: “con esto se consiguen dos cosas”), al final del párrafo, por la frase hecha “matar dos pájaros de un tiro”. Y la pérdida de registro trato de compensarla con la construcción extrañamente proverbial de “para que no puedan silenciarle a uno” (por “*wenn man ihn nicht totsichweigen kann*”), con su uso forzado del verbo.

Otra cosa es lo que el periódico trae. Traduje de más con “más que reflejar la realidad, elige su materia” (por “*nicht einfach spiegelt, sondern auswählt*”); dejar los dos verbos

transitivos sin su complemento directo, como en el texto de Tucholsky, me parecía traducir de menos, porque en una hipotética elipsis en la versión castellana no funcionaba tanto el sobreentendido. Escogí (más que reflejar sin más el original) “la realidad” y “su materia” como complementos de “refleja” y “elige”, respectivamente, porque eran los dos sustantivos más neutros, más esperables tras la elipsis del texto alemán; los que menos podían añadir, en lo significativo, de mi propia cosecha.

Ya en el siguiente párrafo, he traducido “*Sie werden unbequeme Dinge gar nicht oder ganz kurz, genehme Dinge ausführlich darstellen*” por “Las cuestiones que les sean desfavorables las reproducirán, si es que lo hacen, con brevedad; las favorables, pormenorizadamente.” El inciso entre comas de “si es que lo hacen” da un toque irónico que equivale al de “*gar nicht*”. La elipsis verbal de la segunda parte de la oración, en la versión castellana, se corresponde a la de la primera parte de la oración alemana; y quiere dar a la frase castellana la misma agilidad que tiene la del original. El adverbio “pormenorizadamente”, por oposición a “con brevedad”, trata de dar a la oración un ritmo parecido al que en el texto alemán se logra con la serie de monosílabos de la primera parte de la oración (“*gar nicht oder ganz kurz*”) opuestos a las palabras más largas de la segunda: “*genehme*”, “*ausführlich*”, “*darstellen*”.

He introducido algunos cambios en la sintaxis de la oración que comienza con “*Der Leser, dem du...*”. Y lo he hecho solamente con el propósito de que en castellano la formulación resultase más clara, tratando de respetar al máximo el sentido del original. Tucholsky empieza esta frase tan larga con el sujeto, que sirve de antecedente a una subordinada adjetiva introducida por el relativo en dativo (“*dem*”). Consideré que en castellano quedaba más claro empezar con una condicional que no con “El lector, al que...”. Asimismo, el sujeto de la oración de relativo (“*du*”) lo he cambiado por un impersonal, ya que ése es el valor que, en este caso, tiene en el original la segunda persona del singular. Y el “lector” lo he cambiado por “alguien”, pérdida que he tratado de solucionar más adelante con el inciso “a partir de su lectura”.

En el siguiente párrafo he traducido “*ist eine klare Sache*” (“es una cosa clara”) por “no tiene ningún misterio”. No tiene ningún misterio que ser una cosa clara es lo mismo que decir que no tiene ningún misterio, pero me he inclinado por esta segunda opción por ser de uso más extendido, y de más carga irónica.

Al final de este párrafo, en el texto alemán hay una expresión en latín: “*locus minimae resistentiae*”. Normalmente las palabras que en el texto original aparecen en otra lengua es preceptivo conservarlas en la traducción en la misma lengua. Éste podría ser el argumento que he seguido para conservar en mi versión el “*locus minimae resistentiae*”. Pero no es así. Si la cita en latín estuviera escrita en un latín correcto, y la expresión realmente significara “lugar de mínima resistencia”, se podría haber traducido al español por “el talón de Aquiles”. Pero esta expresión Tucholsky la ha escrito en un “falso” latín. La palabra “*resistentiae*” no existe. Si he conservado la misma expresión en la traducción ha sido por mantener el efecto cómico que resulta de esta vulgarización de una lengua culta, que tal vez Tucholsky utilizó para parodiar el estilo afectado y altisonante de los periodistas.

En la cuarta línea de la página 66 se me presentó otro problema de traducción. ¿Cómo traducir “*Wiedergabeorgan*”? “Órgano o organismo de reproducción”, su traducción literal, no me parecía una buena opción, ya que en castellano presenta una anfibología semántica que no está en la palabra alemana (en castellano tiene el significado de órgano fisiológico). Como “*Wiedergabeorgan*” se refiere a la “prensa”, opté por esta última palabra, con lo que, además, se hace hincapié en la oposición prensa-realidad (“la *realidad* va a tomar el mando, y a mostrar a la *prensa*...”). A pesar de que con “prensa” se mantiene el sentido del original, y que sirve para volver a hacer explícita la oposición que estructura todo el texto, esta opción trae consigo que se pierda la carga irónica del original. Es irónico llamar a la prensa “*Wiedergabeorgan*”, que es lo que debería ser, cuando a lo largo de todo el texto se está arguyendo que es todo lo contrario, y cuando a continuación se dice que la realidad es la que dicta “lo que deba reproducirse” (“*was wiedergegeben werden soll*”). La aparente contradicción que entraña en el texto alemán la aparición de “*Wiedergabeorgan*” y “*wiedergegeben*”, trato de que halle eco en mi traducción con la aposición que sigue a “la prensa”: “órgano en teoría imparcial”; que sirve para desenmascarar irónicamente la contradicción que existe entre lo que la prensa dice ser y lo que realmente es.

Al final del párrafo que empieza con “*Die Wirklichkeit drängt sich also...*”, había que traducir la problemática e interesante oración “*Es wird immer etwas gewollt, was nicht gesagt wird*” (literalmente: “Siempre se quiere algo que no se dice”). Se ve que traduciendo de forma literal no “se dice” en castellano lo que “se quiere” en alemán. Antes se nos ha dicho que “la realidad se esconde detrás de los artículos de los periódicos y espera a que se produzca el

efecto de la noticia que ella ha impuesto”, y en la frase inmediatamente anterior, que no “hay ninguna editorial, glosa o fotografía tras de las cuales no se esconda alguna callada tendencia”. Con estas pistas, se puede concluir que “*etwas gewollt*” se refiere a la tendencia que se esconde detrás de los periódicos, a la verdadera intención de la noticia “imparcial”; y que “*was nicht gesagt wird*” significa que estas intenciones no se dicen explícitamente, aunque sí que dan a entenderse de forma implícita. Esta interpretación es la que me ha llevado a traducir “Las intenciones siempre se dan a entender entre líneas”. He optado por “entre líneas”, frente a “sin que se digan” o “de forma implícita”, porque considero que el tono proverbial de la expresión se ajusta a la significativa vaguedad de “*es wird immer etwas gewollt, was nicht gesagt wird*”.

Di con el siguiente problema de traducción en la última frase del primer párrafo de la página 67. “*Das Korrektiv mehrerer Zeitungen*” (“el antídoto de varios periódicos”) no se deja traducir literalmente si no es a riesgo de que la oración pierda su sentido. Tucholsky viene a decir que al ser muy pocas las personas que contrastan la versión de un hecho que ofrece su periódico con la de otras fuentes de información, para ellos la versión del periódico y el hecho en sí terminan por ser la misma cosa. Pero no quería que mi versión resultara tan neutra como esto, dada la carga irónica del original, y opté por la expresión “tomarse la molestia”, que cumple varios objetivos. En primer lugar, el reflexivo “tomarse” equivale al verbo alemán “*sich leisten*”. Además, “molestia” está dentro del mismo campo semántico que “*das Korrektiv*” (“antídoto”). Y por último, “tomarse la molestia” de ir a por más fuentes de información, esto es, de saber, es la invitación de fondo que se lee “entre líneas” en este y en la mayoría de los textos de Tucholsky (aquí puede recordarse la kantiana exhortación a “*sapere aude*”).

Asimismo, he introducido alguna variación en la traducción de la segunda parte de esta oración. Me pareció que “*so entsteht ein Weltbild, wie es entstehen soll, nicht, wie es ist*” es una construcción demasiado elíptica como para traducirla literalmente sin que se pierda alguno de sus sobreentendidos. Por eso me pareció justificado cambiar la formulación en mi versión y hacer explícitos algunos de los sobreentendidos de la oración alemana. En “el lector corriente se forma una imagen del mundo que no se corresponde con la realidad, sino con lo que se dice de ella” he añadido, respecto al original, el sujeto “el lector corriente” (que me parecía discursivamente aceptable para armonizar con mi traducción de la primera parte de la frase); y cambié el orden de las dos subordinadas con verbo modal en alemán: en mi versión, aparece

antes el “*wie es ist*” (“no se corresponde con la realidad”) que el “*wie es entstehen soll*” (“con lo que se dice de ella”). Cambiando el orden se mantiene el efecto sentencioso del texto de Tucholsky. Además, el verbo “decir” en “lo que se dice de ella” es un buen equivalente del habla indirecta que aquí implica el modal alemán “*soll*”.

En la traducción de la siguiente oración, ya en el siguiente párrafo, hay varias cosas a comentar. “*Wirklich Lebenskräftiges kann die Presse zwar nicht töten*” lo traduzco por “Bien es verdad que la prensa no puede eliminar aquello que tenga una vitalidad realmente vigorosa”. “Bien es verdad” está por “*zwar*”, y su situación privilegiada al principio de la frase va bien discursivamente para empezar un nuevo párrafo, y, además, resulta en un principio de oración enfatizado que equivale a la inversión de las posiciones del sujeto y el acusativo en el original. El verbo alemán “*töten*” (“matar”) lo traduzco por eliminar. Aquí el verbo en alemán es semánticamente anfibológico, pues al referirse a “*totschweigen*”, tiene tanto el sentido de silenciar (eliminar de la noticia), como, y a consecuencia de ello, el de matar (eliminar de la vida). En castellano, “eliminar” soporta esta anfibología. Además, tiene la ventaja de aportar el significado añadido de “*erledigen*” (literalmente “eliminar”, entre otros significados), que era el verbo eufemístico que utilizaban los asesinos a sueldo de los partidos nacionalistas después de cumplir con las órdenes que habían recibido.

“*Wirklich Lebenskräftiges*” lo traduzco por “aquello que tenga una vitalidad realmente vigorosa”. Era importante aquí la palabra “vitalidad”, que se opone a “los elementos de la realidad con más poder”, traducción de “*Das wirklichkeitsstärkste Element*”, en la última frase del párrafo. Lo que tiene vitalidad, o fuerza, son aquellos elementos de la realidad que, sin hallarse en la posición de poder y sin tener el control de la prensa, afianzan su existencia a base de irreductible verdad. Los “elementos de la realidad con más poder” son los que, con la prensa en sus manos, tratan de imponer su mentira sirviéndose del poder soberano que regentan sobre “la sabiduría de la vida, de la calle y del arroyo”.

2 - HACE OCHO AÑOS

A sabiendas de que el militarismo era una institución muy arraigada en la sociedad alemana en la [República de Weimar](#), para atacarla, Tucholsky echó mano de algunas técnicas retóricas que habían de darle cierta autoridad para poder llevar a cabo su crítica, de legitimarlo a los ojos de sus lectores. La opinión del autor había de dar muestras de una perfecta objetividad, y de una imparcialidad intachable, de tal modo que no se le pudiera echar en cara a Tucholsky estar movido por intereses o fobias personales. De ello resulta que Tucholsky utilizara algunas técnicas distanciadoras, entre las cuales se encuentran la sátira y la ironía, y que sirven para esconder entre sus sinuosidades y capas la implicada pasión del escritor.

En este texto, la distancia es temporal. Ocho años han de haber apaciguado el fervor del autor y de los lectores, implicados ambos en los acontecimientos de *entonces* que van a recordarse *ahora*, y han de ser distancia suficiente para poder ilustrar la oscuridad de *aquella* hora con el sosiego de *ésta*. Éste es el entramado retórico en que se sustenta el texto cuya traducción se va a comentar ahora; ésta la ficción retórica que, manifestándose en paralelismos, en adverbios y dísticos, habrá de reproducirse en todo intento de llevar el texto a otra lengua. A otra lengua pero no a otras intenciones que las del autor: desenmascarar la mentira del militarismo, con sus guerras. Para conseguir lo cual, la traducción ha de trasladar intactas las técnicas retóricas que sirven para dar mayor fuerza a la crítica legitimando al crítico, y para insuflar a la denuncia el aire de cosa objetiva, distanciada.

“Hoy hace ocho años...”. Es fundamental empezar la traducción como lo hace el original (“*Als ich heute vor acht Jahren...*”), implicando la distancia temporal –legitimadora– que separa los acontecimientos de su relato en retrospectiva. Y enfatizarla luego siempre que el original ponga énfasis en ella, diciéndola explícita y colocando los adverbios que a ella hagan referencia a principio de frase o en otra posición privilegiada, como puede ser en algún caso ir entre comas entre dos constituyentes importantes de la oración. Con la técnica del contraste seco entre la mentira de lo que se denuncia y la verdad de las intenciones del escritor, técnica que ya se advertía en el primer párrafo de *Presse und Realität*, Tucholsky encadena directamente la retahíla de mentiras encubiertas en su día por el “espíritu de 1914” con el firme propósito de decir la verdad, hoy porque es la hora. Esta declaración de principios se

materializa, en el original, en “*Wir wollen heute ehrlich sein*”; que yo traduzco por “Hoy es el momento de reconocer la verdad”. “Hoy” en posición inicial reproduce el énfasis de la determinación y la urgencia que en el texto alemán se vehícula en el verbo modal “*wollen*”. “*Ehrlich*” significa literalmente “sincero”, aunque también puede significar “honrado” o “fiel”. Yo me he decantado por mencionar explícitamente “la verdad”, que es lo que implica el adjetivo alemán. Y como verbo he preferido “reconocer”, a “decir” la verdad, ya que este último no recoge tan bien como el otro la intención, más o menos retórica, de conocer las propias culpas. Este último matiz de “reconocer” viene a paliar la pérdida del nosotros del original.

“*Wir wollen heute ehrlich sein*” encuentra una expresión paralela en “*Wir wollen uns doch daran erinnern,...*”, dos párrafos más adelante. Me ha parecido conveniente mantener el paralelismo, y he traducido por “Es el momento de recordar...”

Los periódicos les aseguraban a fulano y a mengano que iban a “experimentar” la historia. Ésta sería la traducción literal de “*Geschichte erleben*”. Aunque antes que “experimentar”, opté por “hacer”, ya que la construcción “hacer historia” es harto frecuente en castellano y, al fin y al cabo, su sentido es el mismo que el de la expresión alemana. Por la misma razón he traducido “*hindenburgisch*” por “a la Hindenburg”, después de desechar el adjetivo hindenburgués, neologismo de cuya referencia el lector español seguramente no iba a caer en la cuenta. Para ser fiel al efecto cómico de “*unbeschreiblich*”, lo he traducido, renunciando a la literalidad, por “de lo más”.

La primera oración de este mismo párrafo presenta, por su construcción, algunos problemas a su traducción literal. Problemas que traté de resolver reformulando, reordenando y, de algún modo, ampliando la frase del texto alemán. Mi opción es: “Siendo yo un joven estudiante, estuve ayudando al hijo de un general prusiano de nombre muy famoso para que pudiera acceder al bachillerato”. Para mayor claridad, antepongo y amplío “*als junger Student*”, y traduzco “*zum Einjährigen vorbereiten*” por “ayudarlo para que pudiera acceder al bachillerato”. Ésta es la única forma que encontré para decir lo mismo que el original.

“*Es war seine*” lo he traducido por “Pues era el suyo”. He puesto de más el conector “pues” porque sin él, “era el suyo”, la frase quedaba huérfana. En alemán el pronombre “*es*”, además de sujeto, sirve para conectar con la frase anterior.

La primera oración del siguiente párrafo (“*Dem geschulten Arbeiter ist heute klar, was dieser Krieg gewesen ist*”) la he traducido de forma ligeramente oblicua: “Hoy el obrero, por fin lúcido, ve claramente lo que fue aquella guerra”. Por la importancia que en este texto tienen los adverbios temporales, he colocado “hoy” en posición inicial. El verbo de la oración principal (“*ist*”) lo traduzco por “ver”, verbo cuyo significado está relacionado, por la misma metáfora que conlleva la palabra “ilustración” (o “*Aufklärung*”), con palabras aquí importantes como “conocimiento”, “verdad” o “arrepentimiento”. Por último, el “*dieser*” (“esta”) de la subordinada lo he traducido por “aquella”, opción que me venía impuesta por la elección del pasado (“fue”). Era importante conservar este pasado, y, por ende, “aquella”, pues con eso se mantiene la distancia temporal que separa a los dos momentos (el del acontecimiento y el de la enunciación, y el de la anunciación). En la primera frase del siguiente párrafo, por coherencia, hago el mismo cambio: “*dieser*” por “aquella”.

En la primera línea del primer párrafo de la página 243, vuelvo a colocar “hoy” en situación de principio de frase. Enfatizado con el “ya” que le sigue, el “hoy” en situación privilegiada sirve para marcar la “epifanía” que subyace a todo lo largo del texto, lo mismo que, en el original, la anteposición del dativo y el concluyente “*Bescheid*” que cierra la frase. Ya se tiene conocimiento sobre el alma del soldado alemán. Tucholsky escribe al respecto que “*die hatten sie sich ausmarschiert und die hatte man ihnen ausgedrillt*” (“la instrucción y la marcha militar se la había arrebatado”), y crea dos nuevos verbos sirviéndose de los márgenes que su idioma le deja cuanto a formación de nuevas palabras por afijación. En castellano no es posible hacer lo mismo. Así que he trasladado el significado de los verbos “*ausmarschieren*” y “*ausdrillen*” a los sustantivos “instrucción” y “marcha militar”. El verbo “arrebatar” es equivalente al prefijo “*aus-*”.

El mismo problema plantea la traducción de la siguiente oración. Allí encontramos el verbo “*eindrillen*”, que yo he descompuesto en el sustantivo “instrucción” y el verbo “inculcar”. He traducido el adjetivo alemán “*stumpfsinnig*” por “obtuso”. El adjetivo español abarca una riqueza semántica que le permite ser equivalente de “*stumpfsinnig*” y al mismo tiempo añadirse al campo semántico de “ver”, “luz”, “ilustración”, “conocimiento”, siendo el negativo de lo que significan todas estas palabras.

La siguiente oración, en el texto de Tucholsky, consigue crear un efecto de énfasis al anteponer la larga frase subordinada introducida por “*dass*” a “*sei vermerkt*”, la oración

principal. Como la traducción literal es prácticamente imposible y en la versión castellana se ha de situar delante la oración principal, he optado por intensificar su fuerza (acercándome al efecto del original) a partir de la selección de las palabras. “Sébase” contiene una carga imperativa más fuerte que “*sei vermerkt*”, y esto sirve para compensar la pérdida que resulta de la imposibilidad de anteponer la subordinada.

Por último, la cita bíblica no la he traducido directamente del texto de Tucholsky. He consultado la versión española (versión directa de las lenguas originales realizada por Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga) y he citado el apartado 5, 43-44 (no 43-46) porque es el que más se acerca al contenido de la cita de la versión alemana.

3 - LA FRASE HECHA

Aquí ya encontramos al Tucholsky satírico. La traducción de este texto presenta unos problemas distintos de los que se han visto en los dos textos analizados. En aquéllos, Tucholsky habla claro, se sabe en todo momento cuál es su opinión y su postura ante lo que expone. Son dos textos en grado cero, no marcados; la referencial es la función que predomina. Al trasladar su contenido a otro idioma, por tanto, había que poner el interés principal en traducir las palabras con la máxima exactitud, había que tender a una traducción tan literal como fuera posible. En este texto, en cambio, no se sabe bien cuál es el partido de Tucholsky: es un texto eminentemente irónico. Se podría decir que no se sabe a ciencia cierta si uno está oyendo la voz de Tucholsky. A lo largo del texto se superponen una serie de voces que no se dejan identificar con la autoral. La ironía y la polifonía son técnicas que crean distancia, como también lo es en este texto la comicidad. Todo en el texto busca tener un efecto cómico. Por tanto, en la traducción me ha parecido justificado priorizar la búsqueda de los efectos, las intenciones del original, es decir, la comicidad, sobre la literalidad de los significados de cada palabra.

Este texto forma parte de la *Sprachkritik* de Tucholsky. La frase hecha a la que se refiere su título es “*etwas ist immer*” (literalmente: “siempre hay algo”). Yo he optado por “es lo que hay”, ya que esta expresión, a diferencia de la que se obtiene de la traducción literal del alemán, sí es una frase hecha en castellano, y tiene además un uso lo bastante extendido como para que Tucholsky, “cazador de palabras de moda”, se hubiera ensañado con ella. Esta traducción no es traición del original. Con su “*etwas ist immer*”, Tucholsky hace una crítica del lenguaje corriente a partir de uno de sus ejemplos. Un muy buen ejemplo. Metáfora del lenguaje, esta frase hecha, en la boca “indiscriminante” de la protagonista del relato, pone en evidencia las carencias de aquél. El lenguaje, sobre todo si se reduce a las cuatro palabras de moda de cada momento, es una pobre herramienta para dar cuenta de una realidad multiforme y cambiante, infinita. La función que en el original realiza “*etwas ist immer*”, la desempeña “es lo que hay” mejor que la traducción literal de la frase alemana. Con este cambio, en el resto de la traducción me han venido otros impuestos. Pero creo que estos cambios no afectan la comprensión del texto por parte de un lector de la traducción.

Buena parte de la comicidad del texto reside en las enumeraciones. Sin más que una coma de por medio, se ponen en contacto unas palabras o sintagmas que, dados los contrastes que surgen de sus distintos significados y campos referenciales, no han de verse relacionados normalmente si no es chirriando en un texto con carácter, humorístico. Es importante que la traducción conserve toda la carga humorística de las enumeraciones en el original, ya que ésta sirve para poner en ridículo la índole grotescamente inclusiva de las palabras del “mal” lenguaje. Entre los muchos engorros que nos incordian, “es lo que hay” puede hacer referencia tanto a “la Guerra Mundial” como a “una digestión difícil”. Traduzco “una digestión difícil” en lugar de “problemas digestivos” (traducción literal de “*Verdauungsbeschwerden*”) en primer lugar porque aquí “problemas” no da el matiz de cosa engorrosa de “digestión difícil”. Ésta opción, además, es más irónica, adecuándose así al espíritu del original, y funciona mejor para presentar un contraste cómico con la inmediatamente anterior “Guerra Mundial”. Como la Primera, a la que hace referencia Tucholsky, no es la guerra mundial inmediatamente anterior a nosotros finiseculares (pues que ya hemos sobrevivido a otras cinco), me ha costado trabajo no traducir “*Weltkrieg*” por “guerras mundiales” en plural, lo que habría resultado más cómico por contraste con el “insignificante” singular de “una digestión difícil”. Pero me ha parecido este motivo insuficiente para incurrir en un anacronismo. He puesto buen cuidado, en cambio, en escribir “Guerra Mundial” con mayúsculas, con lo que se acentúa el contraste.

En la traducción de los elementos anteriores de esta misma enumeración he introducido algún otro cambio. He traducido “*Flusskähne*” (literalmente: “barcas de río”) por “barcos de pesca”. En primer lugar, por una cuestión de uso: porque es más frecuente en el habla normal. Luego he optado por “barcos” porque son más grandes que las “barcas”, y así la metáfora es más cómica (aquí la comicidad, como muchas veces en la sátira, funciona por exageración). Además, “barcos” rima con “zapatos”. Especialmente en las enumeraciones, aunque en todo el texto, la prosa de Tucholsky tiene un ritmo muy particular, resultado de las medidas, los acentos y las rimas. Yo he tratado de reproducir este ritmo en lo posible, aun a menoscabo de la literalidad en algunos casos. Como aquí. “Barcos” rima con “zapatos”, y con “vástagos”. Por la rima, entre otras cosas, he traducido “vástagos no deseados” en lugar de “crecimiento familiar no deseado” (traducción literal de “*unerwünschter Familienzuwachs*”). Además “vástagos” es una palabra que ya conlleva un matiz irónico, que se acentúa cuando son “no deseados”. Con este cambio trato de reproducir el efecto cómico que en alemán ya viene dado

por la situación anterior al sustantivo del adjetivo “*unerwünschter*”. En efecto, en una enumeración de desgracias, después de este adjetivo, seguir leyendo y ver que califica a “*Familienzuwachs*” es ciertamente cómico, a pesar de que muchas veces sí sea una desgracia. También me parece de la mayor importancia, en el texto de Tucholsky, las frases cortas, la parataxis exagerada, que se vehícula en la mayoría de los casos por la conjunción copulativa “*und*”, que es la conjunción más esencialmente “conjuntiva”. Estos elementos están sin duda relacionados con las enumeraciones y, como ellas, sirven para poner de relieve lo que tiene de ilógico la voraz inclusión de realidades (a veces opuestas) en el marco referencial de una única expresión lingüística (“*etwas ist immer*”). He tratado de que en mi traducción no se perdiera esta reducción al absurdo del discurso que trae consigo una parataxis galopante que relaciona a distintas voces y afirmaciones, si no opuestas, que no tienen mucho que ver unas con otras. Así traduzco “*Denn bei uns ist etwas nicht in Ordnung, wenn alles in Ordnung ist, und etwas ist immer, und zum Kampfe ist der Mann, ausgerechnet, auf der Welt*” sin “arreglarlo”: “Pues siempre hay que tener algún problema, cuando no se tiene ninguno, y es lo que hay, y ya se sabe que el hombre ha venido al mundo para luchar.” O “(*Verkauft Eva Ansichtskarten? Nein. Also: Paradies-Baisse, ***krach, Umzug in die Hölle. Den Rest siehe oben*)” por: “(¿Acaso Eva vende postales? No. Resultado: el Paraíso va a la baja, crac, traslado al infierno. Arriba puede ver el mundo***mira el texto)”. Aquí he traducido de más “resultado” por “*also*”, en la creencia de que “así pues” no soporta ir delante de los dos puntos tan bien como “resultado”. Y mantener los dos puntos me parece esencial, para dar mejor idea de esta suerte de automatismo absurdo que recorre todo el texto.

Di con un problema de traducción en “*Paradies-Baisse*”. Como nombre común, paraíso se escribe en castellano normalmente en minúscula, y así lo he hecho en “Puedo imaginar a nuestros bolsistas a su llegada al paraíso”. Pero en “el Paraíso va a la baja” lo he escrito en mayúscula. Al ir todos los sustantivos alemanes en mayúscula, el texto original no me dio ninguna pista explícita para esta mi elección. Pero sí implícita, una pista de orden discursivo. El texto es polifónico, diversas voces se disputan el punto de vista de la narración. Aquí, entre paréntesis, el discurso está focalizado en los bolsistas, y expresiones como “ir a la baja” o “crac” así lo dejan claro. Si el Paraíso va a la baja, esto es que los bolsistas se refieren a él como un país o una compañía. En cualquier caso le dan trato de nombre propio, y por eso lo he escrito en mayúscula.

Otra de las técnicas típicas de la sátira que ha utilizado aquí Tucholsky es el contraste de registros y de estilos, técnica que está relacionada con la polifonía y que sirve para crear distancia. Con tanta pista falsa el lector no puede identificarse, aparentemente, con el punto de vista del narrador porque este sólo existe por debajo del flujo de voces que se lo lleva. Lo mismo se habla del “elemento primario” de Schopenhauer que de la torpeza de los bolsistas, o de las “cadenas”, “ruedas” y “tornillos” de la máquina que somos (“máquina” en lugar de “aparato” para evitar significados añadidos que no están en el original). El esfuerzo del traductor ha de darse a reflejar en su versión esa variedad de estilos. Por eso en el primer párrafo, cuando se habla de la “distinguida” y “elegante” dama, utilizo la construcción “se pasaba el día durmiendo con los ojos abiertos”, de un registro más bien bajo; y en el segundo, para hablar de Schopenhauer, la construcción con subjuntivo: “Y suyo es también aquel dicho formidable que se le ocurrió una vez cuando, en su mocedad, oyera el timbre de la campanilla de la puerta.”

Dentro de la cuestión de la variedad de estilos y registros puede entenderse el que Tucholsky haya introducido un fragmento en verso en medio de un texto escrito en prosa. Es fundamental reproducir los versos en la traducción. Aunque tenga que ser a expensas de parte de su contenido. Para no hacer versos demasiados largos, he tenido que reducir a lo esencial el contenido de los versos alemanes. Con “Volver a casa”, empiezo y termino literalmente, pues me parecía inexcusable no reproducir la repetición de “*Ich möchte heim*”. Pero el contenido del resto de los versos alemanes he tenido que ceñirlo a las medidas de los versos en castellano. He priorizado que el resultado de la traducción “sonara” a verso. De este modo, he utilizado las medidas del endecasílabo, del eneasílabo y del heptasílabo, tres de las más frecuentes en la lírica castellana. Asimismo, he hecho por lograr la rima a final de verso siempre y algunas rimas internas.

Por último, y aún dentro del apartado de la técnica del contraste de registros, cabe hacer hincapié en la persona verbal con la que el narrador se dirige al lector. En el primer párrafo de la página 330, después del relato de los bolsistas en el paraíso, el narrador utiliza la forma de cortesía “*Sie*”: “*wissen Sie*” (“Sepa usted”) y “*Denken Sie sich*” (“Imagínese”). En cambio, en el último párrafo del texto, se utiliza la más directa segunda persona del singular: “*in deinem Herzen*” (“en tu corazón”), “*Ruft deine Adelheid?*” (“¿Te llama tu querida Adelaida?”), “*Lass sie rufen*” (“Deja que llame”), “*Seufzend gehst du ins Haus*” (“entras a la casa suspirando”),

etc. En la traducción he utilizado las mismas personas que el original. Como el “nosotros” de “*Wir aber sehen uns*” (“Pero sentimos nostalgia”) o de “*das Weib unsrer Wahl*” (“la mujer de nuestra vida”, más usual que “la mujer de nuestra elección”, traducción literal).

4 - EL CIELO DE LOS PRUSIANOS

En esta sátira, Tucholsky denuncia la injusticia que se cometió al indultar al asesino del ministro Eisner cuando tan sólo había cumplido un mes de su condena a cadena perpetua. Al ser este su tema principal, es el representante en este trabajo de la sátira contra el sistema judicial de la [República de Weimar](#). Pero en este texto aparecen también elementos de la crítica al militarismo y de la crítica al lenguaje, y es por ello una muestra de la habilidad con que Tucholsky sintetizaba en un solo espíritu las distintas instituciones que trata de combatir con su sátira.

En una buena traducción de “*Der Preussenhimmel*” no han de perderse las alusiones satíricas a los militares. Por eso traduzco, en la primera acotación, “ante un ejército de ángeles” (“*vor einer Engelsfront*”); y a continuación, “*Brust raus*” (literalmente: “pecho fuera”) por “Firmes”. Con esto era mi objetivo adaptar la jerga militar alemana a la que utilizan los militares españoles. “Ar” es nuestra onomatopeya militar por excelencia, equivalente al “kitt” alemán. “Rompan filas”, “ángeles rasos” o “listos para la instrucción” son otras expresiones que aluden a la jerga militar.

Di con un complicado problema de traducción en la acotación “(*sprich Bau*)”. El ejército de ángeles, “todos a coro” (mejor que “en una sílaba”, traducción literal de “*in einer Silbe*”), desea los buenos días al Dios Bendito, y el narrador nos dice entre paréntesis que los ángeles, en lugar de “Dios Bendito”, para sus adentros se refieren a su mando como “*Bau*”. En jerga militar, “*Bau*” significa “cárcel” o “arresto”, y en el texto funciona como metonimia peyorativa de la autoridad de Dios. Al ver a Dios, sus ángeles piensan en la cárcel a la que éste presumiblemente les castiga haciendo abuso de su arbitraria autoridad. No he traducido “*Bau*” por cárcel porque se necesitaba una palabra que tuviera un referente humano. Y carcelero es una palabra demasiado larga para su contexto y tiene un significado demasiado concreto y a la vez ambiguo por los significados añadidos que han resultado de los usos de la historia de este vocablo. Mi opción es “general”. Es más explícita y directa en su alusión a la metáfora de “cielo” por “ejército” que subyace en esta sátira que el “*Bau*” del original, pero así al menos queda claro para el lector de la traducción. Además con “general”, la divergencia entre la palabra y el pensamiento de los ángeles se hace más patente que con “cárcel” o “carcelero”.

Relacionado con el tema de las alusiones al militarismo, en la última intervención de *Der lieber Gott* de la página 38, la palabra alemana “*Zug*” presenta un problema de traducción dada su anfibología semántica. En la frase “*is doch 'n ganz anderer Zug im Himmel*”, “*Zug*” tiene un significado parecido al de “*Spannung*” (“tensión”), “*Bewegung*” (“movimiento”) o “*Schwung*” (“empuje”). Pero conserva el matiz de otro de sus significados: “unidad militar”. Mi opción es “ritmo”, palabra castellana que aquí funciona perfectamente al encajar en la anfibología de “*Zug*”. Por una parte, significa “movimiento”, “tensión”, el significado principal de “*Zug*” en este contexto; pero además también conserva el matiz militar, al ser un eco del ritmo de la marcha militar. El énfasis del intensificador “*ganz*” del original lo he reproducido en una construcción que empieza por “todo”: “Todo va a otro ritmo en el cielo”.

Por la variedad de significados que comporta, “*ordentlich*”, en la última intervención del Dios bendito, presenta una problemática parecida a la de “*Zug*”. En el diccionario *Wahrig* se dan cita los siguiente significados de “*ordentlich*” cuando tiene a una persona como referente: “*ordnungsliebend; anständig; rechtschaffen*” (“amante del orden”, “decente”, “justo”); “*ordnungsgemäss*” (“regular”, “ordinario”); “*genau, sorgfältig*” (“metódico”, “sistemático”, “exacto”); y “*tüchtig, kräftig*” (“competente, capaz”). Y en el diccionario bilingüe alemán-castellano *Slaby*, puede encontrarse todavía otro significado: “*ehrbar*” (“honrado”, “muy respetable”).

Todos los significados de este adjetivo tienen en común que hacen referencia a valores. Estos valores no son absolutos, universales: no “significan” lo mismo para todo el mundo. Aquí Dios aplica el adjetivo “*ordentlich*” al Conde Arco-Valley, un hombre que mató por la espalda a Kurt Eisner. Y en boca del Dios bendito, este adjetivo, intensificado por el adverbio “*kolossal*”, es lo mejor que puede decirse de una persona. Decir que alguien, desde nuestro punto de vista, es “*ordentlich*”, es decir que se ajusta a nuestra concepción personal de unos valores tan lábiles como “honorabilidad”, “habilidad”, “exactitud”, “decencia” o “justicia”; es decir que alguien se adapta a nuestro “orden” de cosas, a nuestra visión del mundo. Arco-Valley es, según el Dios Bendito, una persona que encaja a la perfección en el “orden” militarista y en el espíritu de ciega obediencia a un “orden” característicos del talante belicoso de la antigua Prusia. Matando a Eisner, ha cumplido una “orden”, este asesinato se ajusta al buen “orden”. Arco-Valley es “amante del orden”, “decente”, “justo”, “metódico”, “competente” y “honrado”. Es “como Dios manda”. Pero sobre todo es obediente (“como Dios

manda”). Con esta mi traducción se da respuesta a la anfibología de “*ordentlich*”, que no cabe en ninguna de las traducciones parciales de este adjetivo propuestas por el diccionario. Además, la ironía que encierra esta expresión dicha por Dios es equivalente al adverbio “*kolossal*”. Y el golpe satírico de “como Dios manda” es especialmente efectivo teniendo en cuenta el momento de su aparición: en la última intervención de Dios y justo antes de la sorprendente “epifanía” (léase “desenmascaramiento”) que resulta de la sentenciosa intervención de la clase obrera alemana.

La crítica al lenguaje está en este texto al servicio de la crítica al militarismo. Con la transcripción de algunas de las violaciones de la fonética alemana en las que solían incurrir los militares prusianos, se logra caracterizar y desenmascarar a Dios y a San Pedro. Por ejemplo, Tucholsky escribe: “*Mojn*” (“*Morgen*”), “*wern*” (“*werden*”), “*vastanden*” (“*verstanden*”) o “*eijentlich*” (“*eigentlich*”). Huelga decir que es fundamental que la traducción recoja este habla “irregular”. Algunas de las palabras que los personajes de esta sátira pronuncian mal tienen un equivalente en castellano que no se adapta a una mala pronunciación. Pero no es esencial que los defectos de habla en la traducción castellana tengan lugar en las mismas palabras en que esto pasa en el original. Se trata de que estos errores se vayan produciendo a lo largo del texto, en aquellas palabras castellanas que mejor se adapten a ello, de tal modo que el lector de la traducción aprecie el carácter cómico de estas transgresiones y asuma su función satírica (léase “desenmasacadora”). Algunas de las palabras que he escrito “mal” son “bondá”, “marsial”, “nojque” y “perdío”.

Si estas transgresiones de la fonética pueden apreciarse en esta sátira, es porque este texto es hablado: se da lugar a la voz directa de los personajes. Los errores de pronunciación son una marca de oralidad. También lo son algunas expresiones con carácter formulaico, eminentemente conversacionales, casi fáticas. Más que traducirlas literalmente, habrá que hacer por reproducir su función discursiva; habrá que recurrir a la fórmula castellana equivalente a la del original. En este caso las unidades de traducción no son las palabras sino los actos ilocutivos y perlocutivos de las oraciones. Por ejemplo: “Cuando quiera, San Pedro” por “*Bitte Petrus*”; “¿Qué se te ofrece?” por “*Was willst du hier?*”; “Prosiga San Pedro” por “*Weiter, Petrus*”; o “¿Y qué me dise, Herr Baron, fue un trabajo duro?” por “*Schwere Arbeit jewesen, Herr Baron?*”.

Por último, cabe comentar los problemas de traducción que plantean en este texto la puntuación y los paréntesis. Algunos de los signos de admiración no los he escrito en la traducción. Por poco que ha sido posible los he mantenido (ya que es un importante símbolo gráfico del autoritarismo “chusquero” de los oficiales); pero en algunos casos me ha parecido que en la traducción quedaba excesivo, sobre todo teniendo en cuenta que en castellano el signo “¡” ha de anteponerse a toda oración imperativa.

Los paréntesis sirven en los textos dramáticos para enmarcar las acotaciones del narrador. Va entre paréntesis aquello que no dice ninguno de los personajes en escena y que sirve para describirlos “desde fuera”, o para mostrar sus movimientos en el espacio. En el original, se hace un uso extraño de los paréntesis. El nombre del personaje, sujeto de la oración acotada, queda fuera del paréntesis. Yo he optado por incluir el sujeto de la oración dentro del paréntesis, pues éste es el procedimiento habitual de los textos dramáticos en castellano. Por ejemplo: “(El trabajador se va en silencio)” o “(El solicitante alza la mano derecha. Puede verse una mancha de sangre)”.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La conclusión de Tucholsky es el silencio. El dardo sutil de su palabra es aplastado por el grito y el hacha de la barbarie. El satírico siente que su arma nada puede contra los nazis y se quita la vida el 21 de diciembre de 1935. Con el lamento de que su obra no haya podido evitar lo que siempre supo inminente; de que su esfuerzo haya sido estéril. Pero a Tucholsky se le sigue leyendo, y su palabra cobra vida en cada interpretación nueva.

Y su lectura no puede ser baldía. Por una parte, las instituciones contra las que dirigió su sátira le han sobrevivido y están todavía sobre nuestras cabezas, tratando de sobornarlas. Su perspicaz crítica de la instrumentalización de la prensa y de la palabra no es ahora menos pertinente que entonces. Además, no puede marchitarse el mensaje humanista que subyace a su obra, sin dar en panfletarios moralismos, sino transluciendo en la justeza de su estilo invisible. La perspicacia, habilidad de pensamiento aplicable y claridad de exposición de este autor invitan a su lector a pensar por cuenta propia, más por imitación de un modelo que por seguir una exhortación explícitamente formulada. Con la lectura de Tucholsky, igual que ocurre con la de otros satíricos (Kraus, Swift), tiene uno la impresión de estar menos indefenso ante la mentira que nos acecha en las palabras de los poderosos. Reivindicación de la opinión propia e irreductible de cada uno, los artículos de Tucholsky desenmascaran las falacias lanzadas al vuelo como objetividades.

No hay dogma bueno. Tucholsky es un crítico, un escéptico que no cesa de buscar. Lee los periódicos y descubre calladas tendencias detrás de cada foto, en cada palabra una reducción absurda y manipulada de la realidad. A éstos sus enemigos aplicó el correctivo de su sátira y de su ironía, con el objetivo de desenmascararlos. De quitarles la máscara de la mentira. Pero si consideramos que la ironía consiste en dar a entender una cosa diciendo otra cosa distinta (aun a veces su cosa contraria), habremos de admitir que Tucholsky se pone a su vez una máscara; que combate la mentira incurriendo en ella.

No obstante, estas dos clases de transgresiones de la verdad están a tanta distancia una de la otra como la mentira maligna de la mentira benigna. La mentira está movida por unos intereses puramente egoístas: construye una ficción que se impone al crédulo y lo subyuga. La mentira desprecia a su interlocutor, no ve en él más que un medio para el fin de su ambición de poder. La ironía, en cambio, es una mentira que se denuncia a sí misma; un discurso que no

quiere ser creído, sino “comprendido”, esto es, deconstruido en tanto que mentira y reconocido como verdad. Este discurso no quiere imponerse a la fuerza sobre su interlocutor (al que ya no ve como un enemigo, sino como un compañero); sino que le exige el gratificante esfuerzo de la comprensión activa. Así el ironista rinde honor al ironizado, da por supuesta la sagacidad interpretativa del interlocutor; es más, trata a éste en pie de igualdad en el contexto de un verdadero diálogo. La mentira es un estado de guerra; la ironía es un estado de paz. En palabras de Jankélévitch, “*a jeu agile, ouïe subtile!*” (“a juego ágil, oído sutil”). La ironía apela a nuestra comprensión; parece que nos invite a completar por nuestra cuenta, a rectificar la oblicuidad de su mensaje; esto es, a pensar (y aquí reencontramos la exhortación de Kant).

La ironía expresa una mentira, pero sólo para hacerse comprender, dando pistas para que se la pueda interpretar. De este modo, al final del proceso de “traducción” de la ironía, la verdad luce con mayor brillo del que resultaría del enunciado seco y directo. Es de rigor citar de nuevo a Jankélévitch: “*Exprimer pour voiler, mais aussi voiler puor mieux suggérer (...) voilà l’invisible visibilité, la transparente opacité du masque ironique.*” (“Expresar para velar, pero velar sólo para mejor sugerir (...) he ahí la invisible visibilidad, la opacidad transparente de la máscara irónica.”).

La tendencia humanista de Tucholsky, conservada en su ironía, no puede morir. Cada lectura ha de ponerla al día. Por eso traducirlo no está de más, aunque no es fácil tarea. En la traducción de Tucholsky he dado con algunas dificultades. En primer lugar, en sus textos se dan cita numerosas referencias a personajes y circunstancias contemporáneos a su redacción. La crítica en Tucholsky seguía un método que iba de lo concreto a lo general, de lo visible a lo oculto; su objetivo último era desenmascarar una tendencia o una institución, pero siempre partía de la manifestación empírica de éstas. Por eso me ha sido obligado documentarme sobre el período histórico contextual a estos textos (los primeros años de la [República de Weimar](#)); y por eso será de utilidad consultar la primera parte de este trabajo antes de leer los textos que aquí se han traducido. Luego he tenido la dificultad del conflicto de fidelidades —no a las dos lenguas con las que he trabajado, conflicto consubstancial a cualquier proceso de traducción— sino a los dos registros o planos discursivos de mi autor. En el nivel referencial había que prodigar la máxima observancia a la traducción exacta de los conceptos y de las palabras que los vehiculan. Y por otro lado había que ser fiel al tono humorístico de los giros y expresiones de Tucholsky, a la ironía que refuerza a la argumentación. Sea como fuere, dejo en las manos

de quien esto lea el juzgar en qué medida he conseguido que el espíritu de los textos de Tucholsky no se haya quedado en el camino que los ha llevado de una lengua a otra.

BIBLIOGRAFÍA

Arnold, Ludwig: *Text und Kritik. Zeitschrift für Literatur*. N. 29: Kurt Tucholsky. 1972.

Barthes, Roland: *Le bruissement de la langue*. Éditions du Seuil. Paris, 1984.

Barton, Brian: *Das Dokumentartheater*. Metzler. Stuttgart, 1987.

Benjamin, Walter: *La tasca del traductor*. En: *Art i literatura*. Eumo/Edipoies. Barcelona, 1984. ***traducido por!!!???

Benjamin, Walter: *Karl Kraus*. En: *Illuminationen. Ausgewählte Schriften I*. Suhrkamp. Frankfurt am Main, 1974.

Bleiken, J.: *Die Weimarer Republik. Oldenbourg Grundriss der Geschichte*. Bd. 16. Oldenbourg. München, 1988.

Booth, Wayne C.: *Retórica de la ironía*. Taurus Humanidades. Madrid, 1986.

Denkler, Horst: *Auf dem Wege zur proletarisch-revolutionären Literatur und zur Neuen Sachlichkeit. Zu frühen Publikationen des Malik-Verlag*. En: Rothe, Wolfgang: *Die deutsche Literatur in der Weimarer Republik*. Philipp Reclam. Stuttgart, 1974.

Hess, Dieter: *Aufklärungsstrategien Kurt Tucholskys*. Peter Lang. Frankfurt am Main, 1982.

Humboldt, Wilhelm von: *Escritos sobre el lenguaje*. Peñíscola. Barcelona, 1991. ***traducido por!!!???

Humboldt, Wilhelm von: *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano. Y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*. Anthropos. Barcelona, 1990. ***traducido por!!!???

Jankélévitch, Vladimir: *L'ironie*. Flammarion. Manchecourt, 1997.

Jens, Walter: *Kurt Tucholskys Aufsätze*. En: *Zueignungen. 11 literarische Porträts*. Piper. München, 1962.

Kant, Immanuel: *Schriften zur Anthropologie, Geschichtsphilosophie, Politik und Pädagogik*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt, 1970.

Kraus, Karl: *Contra los periodistas y otros contras*. Taurus Humanidades. Madrid, 1981.
***traducido por!!!???

Kraus, Karl: *Magie der Sprache*. Suhrkamp. München, 1974.

Marizzi, Bernd; Muñoz, Jacobo: *Karl Kraus y su época*. Trotta. Madrid, 1998.

Riha, Karl: *Tucholsky – zum Gegenstand seiner Kritik*. En: *Kritik, Satire, Parodie*. Westdeutscher Verlag. Opladen, 1992.

Schulz, Klaus-Peter: *Tucholsky*. Rowohlt. Hamburg, 1959.

Sontheimer, Kurt: *Weimar – ein deutsches Kaleidoscop*. En: *Die deutsche Literatur in der Weimarer Republik*. Philipp Reclam. Stuttgart, 1974.

Steiner, George: *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. Fondo de cultura económica. México, D.F., 1995. Traducido por Adolfo Castañón y Aurelio Major.

Tucholsky, Kurt: *Drei Minuten Gehör. Prosa, Gedichte, Briefe*. Reclam. Leipzig, 1971.

Tucholsky, Kurt: *Gesammelte Werke*. Rowohlt. Hamburg,

Tucholsky, Kurt: *Politische Justiz*. Rowohlt Hamburg, 1970.

Tucholsky, Kurt: *Sprache ist eine Waffe. Sprachglossen*. Rowohlt. Hamburg, 1989.

Xammar, Eugeni: *L'ou de la serp*. Quaderns Crema. Barcelona, 1998.

TEXTOS ORIGINALES.

1.- Presse und Realität

Mrs. Dubedat: Was hast du gesagt, mein Liebling? Ich kann ihn nicht verstehn ... (Seine Lippen bewegen sich wieder.) Walpole (beugt sich nieder und lauscht): Er möchte wissen, ob ein Reporter da ist.
Shaw: ›Der Arzt am Scheidewege‹

Man könnte glauben, die Ereignisse geschähen und glitten dann automatisch in die Zeitungen hinüber, von der Wirklichkeit in die Presse, von der Realität in die Wiedergabe. Das ist nicht richtig. Weil die Reproduktion der Wirklichkeit unendlich wichtiger ist als das Geschehnis selbst, so ist die Wirklichkeit seit langem bemüht, sich der Presse vorzuführen, wie sie gern möchte, dass sie aussehe. Der Nachrichtendienst ist das komplizierteste Lügengewebe, das je erfunden worden ist.

Weit entfernt, etwa die Nachrichten von Ereignissen möglichst so wiederzugeben, wie sie geschehen sind, die Wiedergabe also möglichst der Wahrheit anzunähern, ist das Bestreben aller Fachleute darauf gerichtet, die Wiedergabe organisatorisch und pressetechnisch so zu gestalten, dass man sie für die Wahrheit ansieht, und dass dabei doch die vielen Interessen von Auftraggebern, Industrien und Parteien gewahrt bleiben.

Der Redakteur ist durchdrungen von dem Axiom, dass man kein Ereignis so wie es geschehen ist vermelden könne, und deshalb kommt ihm gar nicht mehr zum Bewußtsein, wie er die Wirklichkeit verfälscht. Ich schalte bei dieser Untersuchung alle Fälle der klaren – ungefährlichsten – Korruption aus und nehme die landesübliche Praxis zum Gegenstand meiner Betrachtung.

Wesentlich an einer Zeitung ist zunächst und vor allem, was sie bringt, und was sie nicht bringt. Niemand wird annehmen, dass täglich stets grade so viel geschieht, wie in sechzehn Seiten hineingeht – aber fast jeder wird annehmen, dass da das Wesentlichste, gewissermaßen der Extrakt aller täglichen Geschehnisse, zu lesen sei. Ich glaube nicht, dass

das der Fall ist. Der geschickte Journalist hat eine Waffe: das Totschweigen – und von dieser Waffe macht er oft genug Gebrauch. Jede Zeitung hat eine Reihe Personen, Dinge, Interessensphären, die tabu sind – von ihnen wird niemals, weder im guten noch im bösen Sinne, gesprochen. Oft genug erfährt der Leser von großen Geisteserscheinungen, von geistigen Epidemien, von bedeutenden Kollektivitäten erst lange, nachdem sie sich gebildet, und lange, nachdem sie im Tageslicht gewirkt haben. So existiert, zum Beispiel, fast für die gesamte Presse das große religiöse Streben nicht, das neben der offiziellen Religion einherläuft, in ihr keine Befriedigung findet und sich in Sekten und Aposteln Ersatz sucht. Damit ist zweierlei erreicht: der Leser wird all diese Dinge für nicht wesentlich halten, und die öffentliche Resonanz, die unterstützen würde, fehlt. Es muß einer sehr stark sein, wenn man ihn nicht totsichweigen kann.

Demgegenüber steht, was die Zeitung bringt. Und hier hilft nun die Realität nach. Wir werden weiterhin sehen, welche Mittel sie benutzt, um sich die Aufmerksamkeit der Presse, und damit der Öffentlichkeit, zu sichern – fest steht, dass die Presse nicht einfach spiegelt, sondern auswählt, und bei dieser Auswahl auf das kräftigste durch die Realität selbst unterstützt und beeinflusst wird.

Es ist selbstverständlich, dass reine Parteiblätter in der Auswahl ihrer Nachrichten tendenziös verfahren. Sie werden unbequeme Dinge gar nicht oder kurz, genehme Dinge ausführlich darstellen. Alle andern Blätter aber sehen gleichfalls nicht unbefangen ins Land hinaus, meldend, wie Lynkeus, was sie von ihrer Warte aus sehen, ohne sich darum zu kümmern, ob es Feuersbrünste oder fremde Kauffahrer, Mord oder Bauertanz zu melden gibt. Teils suchen die Zeitungen, was sie melden wollen; teils rückt es ihnen die Wirklichkeit in den Vordergrund.

Zwischen dem Totschweigen und der gedruckten Nachricht gibt es nun zweierlei Zwischenstufen. Bestimmt werden sie durch die ›Aufmachung‹. Der Leser, dem du ein Bündel Depeschen (W. T. B.; private Handelsdepeschen; politische Sonderberichte) in die Hand drücktest, würde in den seltensten Fällen fähig sein, sich daraus ein Weltbild zu gestalten, das Wichtige vom Unwichtigen zu sondern, sich die Nachrichten selbst zu gliedern. Das besorgt die

›Aufmachung‹. Der Durchschnittsleser erlebt die Welt so, wie sie ihm seine Zeitung vermittels großer und kleiner Schriftgrade ordnet. Er teilt — unbewußt — die Erde in Groß- und Kleingedrucktes ein. Und weiß nur selten, dass er der Spielball einer sehr klugen Berechnung ist. Der Verfasser der Schlagzeile, der Anordner von Fettdruck weiß, was er tut. Der Leser weiß selten, was er liest, und verwechselt das Arrangement mit der Schwere des Ereignisses. Das soll er auch.

All diese Mittel werden durchaus versteckt angewandt. In einem ausgezeichneten Heftchen von Oswald Rossi (›Journalistische Dialektik‹, erschienen 1920 bei Jahoda & Siegel zu Wien) finden sich diese Kunstgriffe zusammengestellt, und es ist erstaunlich, wie sie um so eher wirken, je primitiver sie sind. Am gefährlichsten sind sie dann, wenn sie — wie fast bei der gesamten bürgerlichen Presse und vor allem bei den Generalanzeigern — geheim auftreten. Ein Leitartikel der ›Freiheit‹ ist eine klare Sache — eine gefärbte Lokalnotiz der ›Allensteiner Zeitung‹ keineswegs. Eine politische Versammlung ist ein gutes Propagandamittel — ein besseres die feine Einträufelung einer Tendenz bei einem Kinderfest, einem Hauskauf, einem Streit mit einer Versicherungsgesellschaft: noch besser aber als alle zusammen eignet sich für die Propaganda die Nachricht über all diese Dinge. Die Tendenz dringt dabei in einen Körper ein, der gar nicht auf dergleichen gefaßt ist — der locus minimae resistentiae ist gefunden.

Das wird wohl immer so gewesen sein. Was aber erst im Industriezeitalter zur Vollendung gediehen ist, das ist die Beeinflussung der Presse durch die Wirklichkeit, durch eben diese Wirklichkeit, die reproduziert werden soll. Das Objekt herrscht.

Jede Institution — die katholische Kirche wie ein Seifen-Syndikat — hat das größte Interesse daran, dass von ihr in der Presse zu Zeiten gar nicht, zu Zeiten viel — und dann in einem bestimmten Sinne — gesprochen wird. Jede moderne Organisation trägt diesem Bestreben Rechnung und hat sich deshalb eine Pressestelle angegliedert. Man kann wohl sagen, dass alle wirtschaftlichen und politischen Kollektivitäten ein gut Teil ihrer Arbeit darauf verwenden, vor der Öffentlichkeit in einem bestimmten Lichte zu erscheinen. Denn dieser Schein ist wichtiger als ihre reale Existenz und oftmals unmittelbar erfolbringend. Der Mittel sind viele.

Da sind zunächst die ›Beziehungen‹. Im Sprechsaal des ›Buchhändler-Börsenblattes‹ (einem der reaktionärsten und interessantesten Blätter Deutschlands) fand sich neulich der Vorschlag eines Sortimenters an die Kollegenschaft, sie sollten sich doch alle bemühen, Besprechungen über Bücher der und der Art in den Textteil der Zeitungen ihres Heimatortes zu ›lancieren‹. Wie man das macht, war nicht angegeben. Der Anfang vieler politischer und wirtschaftlicher Aktionen ist der, die ›Presse dafür zu interessieren‹. Ganz gleich, welche Mittel dafür angewandt werden: ob ein Diner, ein Geldkuvert, eine Frau oder nur eine Schmeichelei – klar wird, wie die Realität, die reproduziert werden sollte, nun für ihr Teil die Führung ergreift und dem Wiedergabeorgan erst zeigt, was wiedergegeben werden soll. So wie, nach Strindberg, die Frau hinter dem Bilde, das sich der Mann von ihr macht, lauernd hockt und auf Beute wartet, so hockt hinter den Zeitungsberichten die Wirklichkeit und wartet auf die Wirkung der von ihr lancierten Nachricht.

Der Zusammenhang zwischen Annoncenmarkt und Redaktion ist an dieser Stelle zu nennen. Er ist nur bei Käseblättern, vor allem in der Provinz, klar und offen. In den gefährlichen Fällen verbirgt er sich hinter »Zweckmäßigkeiten«, hinter ›Opportunitätserwägungen‹ – ja, dieser Zusammenhang braucht dem anständigen Redakteur oft gar nicht bewußt zu sein. Er ist vorhanden, denn die Zeitung ist ein Geschäft.

Der Fall offener Korruption ist selten. Das ist für die Reinigung der öffentlichen Atmosphäre nicht gut – denn die Aufdeckung solcher Fälle würde die Achtung vor der Presse vermindern, und niemand nähme sie mehr so ernst wie heute, da sie weit schlimmer als korrupt ist: nämlich beeinflußt. Und zwar unkontrollierbar beeinflußt. Es ist den Redakteuren so in Fleisch und Blut übergegangen, nicht zuletzt an die Wahrheit, sondern zuletzt an die Wirkung ihrer Nachricht zu denken, dass in einem Fachorgan erwogen wurde, inwieweit man über das Elend Deutschlands berichten solle. Einerseits sei es von Nutzen, andererseits von Schaden ... Die Wahrheit zu berichten, koste es, was es wolle – davon war nicht die Rede.

Die Wirklichkeit drängt sich also vor und imputiert der Presse, was geschehen und was zu berichten ist. Die Presse nimmt längst keine bloße Kenntnis mehr von der Realität – sondern die Realität hat die Presse genommen. So wird tot geschwiegen und lebendig geschrieben. Kein

Leitartikel, keine Glosse, kein Bildchen, hinter denen nicht irgendeine unausgesprochene Tendenz steckt. Es wird immer etwas gewollt, was nicht gesagt wird. Man könnte den Text jeder Zeitungsnummer ins Wirkliche übersetzen.

Die Wirkung dieses Nachrichtendienstes, dessen ungeschickteste und gewissenloseste Vertreter die deutschen Offiziere der Abteilung III b im Kriege waren, ist verschieden.

Der Redakteur bekommt mit der Zeit den Größenwahn. Besonders der beschränkte, der nicht sieht, dass er nur Handwerkszeug Größerer, hinter ihm Stehender ist. Er hat im Laufe der Jahre gelernt, dass das, was er nicht drucken läßt, für Hunderttausende nicht existiert – dass das, was er den Leuten mit der Papageientaktik in die Köpfe lärmt, für sie im Mittelpunkt der Erde steht. Er wird also immer mehr auf die Wirkung als auf die Wirklichkeit sehen.

Der Leser vertraut der Presse blind, weil ihn seine Zeitung ja nicht über ihr eignes Wesen aufklärt, und weil eine andre Einwirkung auf die Öffentlichkeit gegen die Presse nur sehr, sehr schwer ist. Die Wirkung auf den Leser wird in fast allen Fällen die gewünschte sein. Das Korrektiv mehrerer Zeitungen leisten sich außer den Fachleuten nur wenig Menschen – und so entsteht ein Weltbild, wie es entstehen soll, nicht, wie es ist.

Wirklich Lebenskräftiges kann die Presse zwar nicht töten. Aber sie kann das Wachstum hindern, störend eingreifen, Schädliches länger am Leben erhalten, Konfusion anrichten. Man kann den Katholizismus nicht totschweigen. Aber man kann falsche Gedanken hundert Jahre länger konservieren. Das wirklichkeitsstärkste Element hat auch immer die Presse in der Hand – der Satz ist richtig, wenn man unter ›wirklichkeitsstark‹ die souveräne Beherrschung aller Mittel der Lebensklugheit, der Gasse und der Gosse versteht.

Das Weltbild der Zeitung ist absichtlich viel zu verzerrt, als dass es jemals Anspruch auf Wahrheit machen dürfte. Das kann nicht oft genug wiederholt werden. Denn die Erkenntnis, dass eine Nachricht ›in der Zeitung gestanden‹ hat und deshalb wahr ist, ist eine falsche Erkenntnis.

Besserung? Wenn man die ausgezeichneten Aufsätze Wilhelm Schwedlers in der ›Deutschen Presse‹ gelesen und daraus ersehen hat, wie dicht das Netz schon ist, das die deutsche Presse umstrickt hält: dann scheint offene Korruption immerhin wünschenswerter, damit niemand mehr diesen Korrespondenzen und Zeitungen glaube. Wohl noch nie ist in einem Fachorgan mit solchem Freimut über die Nachricht als Handelsobjekt gesprochen worden. Bei aller Milde eine vernichtende Kritik des Nachrichtenwesens, wie es ist – und nicht sein soll.

Die Industrie, die Partei, die Regierung, die Kirche – sie alle wissen, was sie an der Presse haben. Die Wirklichkeit, wie sie die Zeitung serviert, hat ein Sieb passiert. Was da steht, das ist nicht die Welt.

Das ist:

Die Welt

Gekürzte Volksausgabe und für den Schulgebrauch bearbeitet.

Man sollte sich lieber an das Original halten.

Ignaz Wrobel

Die Weltbühne, 13.10.1921, Nr. 41, S. 373.

2.- Vor acht Jahren

Kosaken, Ulanen, Belgier, Franzosen, Serben,
Engländer töteten einander. Erde saugt Blut auf, Eisen
durchschlägt Fleisch, Häuser brennen, Frauen und Kinder
weinen, und Minister, Diplomaten, Politiker, Journalisten
fahren im Auto, liegen bei berühmten Schauspielerinnen,
überfressen sich.
Henry Guilbeaux: ›Karl Liebknecht‹

Als ich heute vor acht Jahren die Kantstraße in Berlin hinunterging, rasten die Leute in patriotischer Besoffenheit. Sie rissen sich Extrablätter aus den Händen, gestikulierten wild, liefen hinter dunkelhäutigen Menschen her, die sie in ihrem Wahnwitz für Spione hielten, und erstarben in Ehrfurcht, wenn irgendeine Uniform monokelblitzend nahte. Vor einem Gemüsekrاملaden stand ein älterer Mann, neben ihm seine Frau und drei Kinder. Sie standen da, in einer Reihe und weinten. Wer aus Berlin stammt, wird verstehen, daß dieser Anblick wahrscheinlich zu jeder anderen Minute ein wenig komisch gewirkt hätte: in dem Augenblick war mir gar nicht zum Lachen. Die Straße stand auf dem Kopf – dieser eine wußte, was ihm bevorstand.

Die anderen schienen es nicht zu wissen. Wie sich das Land in jenen schandbaren Augusttagen 1914 benommen hat, kann man heute noch an der stolzen Befriedigung erkennen, mit der die Nationalisten von dem Hereinfall einer ganzen Nation sprechen. Sie nennen diese [242] Mischung von Presselügen und einer erzwungenen Wehrpflicht den ›Geist von 1914‹, und so sah er auch aus. Wir wollen heute ehrlich sein: bis tief in die Arbeiterschaft hinein hatte sich der Massen ein Rausch bemächtigt, den allerdings Schule und preußisches Militär ausgezeichnet vorbereitet hatten, der ›Berliner Lokalanzeiger‹ und die gesinnungsverwandten Papiere bescheinigten es jedem Herrn Piefke, daß er nunmehr ›Geschichte‹ erlebe, und daß es eine ›große Zeit‹ sei. Ja, das war sie – nur leider ein paar Nummern zu groß.

Ich bereitete damals als junger Student den Sohn eines adligen preußischen Generals mit sehr bekanntem Namen zum Einjährigen vor, und der junge Herr war leider so dämlich, daß es ihm Seine Majestät der Kaiser schließlich schenkte. An diesem Tage sah ich ihn wieder: da fuhr dieses uniformierte Stück Malheur in einem Automobil den Kurfürstendamm herunter, unbeschreiblich hindenburgisch auf einen großen Schlachtersäbel gestützt. In den kleinen dummen Äuglein lag ein Blitz: »Das ist meine Zeit!«.

Es war seine. Denn der Tanz, der nun auf den krummgeprägten Rücken der Proletarier anhub, ließ jene trockenen Füße durch das Rote Meer gehen, die ihr Maul gar nicht weit genug für das Sterben der anderen aufreißen konnten. Man weiß eigentlich heute nicht, was widerwärtiger war: das Benehmen des deutschen Offizierkorps im Kriege den eigenen Landsleuten gegenüber (die Reichswehr hat noch heute ›Traditionskompanien‹, damit das ja nicht vergessen wird!) oder die Haltung der Regierung. Wir wollen uns doch daran erinnern, daß diese Edlen noch in letzter Minute, als die Balken des Hauses vor dem Einsturz knisterten, den Arbeitermassen das allgemeine Wahlrecht verweigert hatten, denselben Massen, die draußen ihre Brust den feindlichen Geschossen, an denen so herrlich viel verdient wurde, hinhielten, denselben Arbeitern, die Posten schoben, durch Sümpfe und Lehmgräben kletterten, verlaust und verdreckt jahrelang fern von Heim und Haus, von Arbeit und Kindern aushalten mußten.

Dem geschulten Arbeiter ist heute klar, was dieser Krieg gewesen ist. Er war nicht etwa eine Naturnotwendigkeit, nicht das Aufeinanderprallen zweier Geistesrichtungen, nicht das ›Stahlbad‹ für die Seele eines Volkes. Er war etwas anderes.

Dieser Krieg war die natürliche Folge des kapitalistischen Weltsystems. Er hatte ferner seinen Ursprung in einer lächerlichen Überspannung der Staatsidee, jener Souveränität, die in einem ordentlichen Rechtsverfahren, wie wir es alle Tage erleben können, schon eine Schädigung seines Ansehens erblickte. Die Militärs, die ursprünglich Mittel gewesen waren und nun als Selbstzweck die Stunde regierten, hetzten ihrerseits, wo sie nur konnten. Der reisende Kommissar, den ein Volk 25 Jahre lang auf dem Thron geduldet hatte, war aus Norwegen heruntergedampft gekommen und hatte seine unsterblichen [243] Randbemerkungen in die

Akten geschmiert: »Blech, Quatsch! Verbrecherbande!« Seinen 6 Söhnen ging es gut. Die Nation war abkömmlich: kv.

Über die Seele des deutschen Soldaten im Felde wissen wir heute Bescheid. Diese stumpf gewordenen, gleichgültig dahintrottenden Menschen, die froh waren, den nächsten Tag zu erleben, hatten überhaupt keine Seele mehr: die hatten sie sich ausmarschiert, und die hatte man ihnen ausgedrillt. Eingedrillt aber hatte man ihnen den stumpfsinnigsten Gehorsam, den die Weltgeschichte kennt und der sie zwang, vor Achselstücken zu parieren, wo Gehirne fehlten. Daß sich auf beiden Seiten als Mithelfer dieser Schande Geistliche etablierten, sei vermerkt. Matth. 5, 43-46: »Ich aber sage Euch: Liebet Eure Feinde; segnet, die Euch fluchen; tut wohl denen, die Euch hassen; bittet für die, so Euch beleidigen und verfolgen.« Das Wort ihres Herrn hatten sie vergessen.

In den Armeeoberkommandos ging es inzwischen heiter her. Die Menüs aus dem Großen Hauptquartier sind für heutige Preise überhaupt nicht mehr erschwinglich, und es war wenigstens ein Trost, daß alle Speisennamen deutsch geschrieben wurden: es schmeckte patriotischer.

Die Etappe . . . Man hat alle Schuld auf die Etappe geschoben. Aber die Etappe war nicht vom Mond heruntergefallen; sie zeigte nur den deutschen Vorgesetzten, wie er war, wenn es ihm nicht unmittelbar an den Kragen ging: auch in der Etappe haben deutsche Offiziere gestanden, und zwar sehr viele. Man soll seinen politischen Gegner nicht im Bett aufsuchen, aber wenn man diese Marke Patrioten vom Kronprinzen bis herunter zu Knüppel-Kunze nicht in den Betten der Etappe aufsucht, dann wird man sie wohl kaum finden.

Die Ausschreitungen des Entente-Militarismus am Rhein sind nicht zu entschuldigen. Aber haben die Herren, die heute mit ihren »Kriegsandenken« zu Hause sitzen, vergessen, daß da quittiert wird? Quittiert, was von Charleville bis zum kleinsten rumänischen Gendarmeriekommando gemacht worden ist? Was heute auf Minister schießt, war früher Offizier und kommandierte krähen die völkerrechtswidrige Zwangsarbeit der Belgier und Belgierinnen in Lille, wobei die Frauen aus anständigen Familien sämtlich sittenpolizeilich

untersucht wurden. (Wenn man den ganzen Tag über den Bolschewismus bekämpfen muß, dann vergißt man solche Kleinigkeiten.) Die Niederlage kam. Kein Wasser und kein Blut wäscht von Herrn Ludendorff geb. Lindström jene Telegramme ab, in denen er mit seinem Freund Hindenburg um Waffenstillstandsverhandlungen innerhalb 24 Stunden wimmerte. Die Helden hatten 4 Jahre gebraucht, um zu bemerken, daß sie nicht siegen konnten. Heute bespeien sie die Heimat und verbreiten die Dolchstoßlegende und können alle nichts dafür.

[244]Die Lehre –?

Generale können keinen Krieg führen, wenn sie keine Soldaten haben.

Die Mißhandlungen, die deutsche Gefangene von französischen Militärs erdulden mußten, veranlassen heute noch viele, zu sagen: »Wenn es gegen Frankreich geht, dann nehme ich die Knarre auf den Buckel und gehe noch mal mit!« Aber er schösse auf Genossen, auf Arbeiter, wenn er noch mal mitginge, auf Menschen, die genau so unter der Knute des Kapitalismus zu leiden haben, wie der übereifrige Schütze selbst. Die Richtigen, die, die wirklich schuld sind, wird er niemals treffen. Die sitzen in Paris, wie sie bei uns in Berlin saßen.

Die Lehre –? Es ist an uns, nicht nur für unsere eigene Person jeden Kriegsdienst zu verweigern. Es ist an uns, durch Erziehung der Jugend auch unseren Kindern jenen dreimal verfluchten preußischen Geist auszutreiben, der so viel Unglück angerichtet hat in der Welt. Wollt ihr euch noch einmal betölpeln lassen? In ihren Zeitungsberichten und in ihren Lügenlesebüchern tun sie so, als ob sie brave deutsche Landsknechte des Mittelalters gewesen waren. Es waren aber nur verkleidete Kaufleute. Ehre dem Andenken Karl Liebknechts, eines der wenigen, die im Weltenwahnsinn den Kopf mannhaft hochgetragen, ihn nicht unter den Stahlhelm beugten!.

Ehre dem Andenken aller derer, die mit ihm mit allen Mitteln – auch ungesetzlichen – gegen den Krieg gearbeitet haben!.

Die Lehre –? Sie kann für den, der mit offenen Augen in die Welt sieht, nur die eine sein. Für uns Sozialisten kann es nur eine einzige Lehre dieses Krieges geben.

Und wenn noch einmal ein größtenwahnsinnig gewordenes Beamtentum und eine Clique geldgieriger Kanonenfabrikanten, Brotwucherer, reklamierter Redakteure, abgedankter Fürstlichkeiten mit ihren eitlen, ruhmsüchtigen Frauen zum Kriege hetzen, dann möge der anständigere Teil der deutschen Nation, dann möge die gesamte Arbeiterschaft wie ein Mann aufstehen, ihnen Helm und Fahne aus der Hand schlagen und, belehrt durch Blut, gehärtet durch Leid in den Ruf ausbrechen: Nie wieder Krieg! Freiheit, 01.08.1922.

Ignaz Wrobel

Freiheit, 01.08.1922

3 - Die Redensart

Bald fehlt uns der Wein,
bald fehlt uns der Becher.

Hebbel

Ich kannte eine angesehene, stattliche Dame, die hatte die Gewohnheit, mit offenen Augen am Tage zu schlafen und niemals zuzuhören, wenn jemand mit ihr sprach. Die Leute erzählten ihr lange Geschichten, wie sie so die Leute erzählen: Ehescheidungsklatsch, Dienstbotennöte, Geldgeschichten, was weiß ich – und sie schlief und hörte durchaus nicht zu. Wenn aber der andre zu erzählen aufgehört hatte und schwieg und eine teilnehmende Antwort erwartete, dann fuhr meine Dame auf und sagte ein Wort, ›das‹ Wort ihres Lebens, eines, das sie stets sagte, nach jeder Geschichte, und das auch zu allen paßte: »Ja, ja! Etwas ist immer –!«

Dies war ihre Antwort, und was darüber war, das war meist vom Übel, Aber dieses Wort wird bleiben. Etwas ist wirklich immer. Arthur Schopenhauer hat ja das Glück als den unglücklosen Zustand definiert und damit das Malheur als das Primäre angesehen. Und von ihm stammte ja auch jener grandiose Ausspruch, er habe als Jüngling beim Klingeln der Türglocke empfunden: »Ah – jetzt, jetzt kommt es!« – und später, im Alter, wenn es an der Tür klopfte: »Jetzt – jetzt kommts!« Und es kam immer etwas. (Einmal sogar eine Nähterin, die er die Treppe hinunterwarf.) Gäbe es keine Sorgen, man müßte sie erfinden. Aber, unbesorgt, wir sind nie unbesorgt. Etwas ist immer. Hundegebell; Liebeserhörung bei zu engem Kragen; guter Rotwein, aber ein grober Kellner, höflicher Kellner, aber ein schrecklicher Surius; Obermieter, die uns auf dem Kopf herumtrampeln, weil sie Flußkähne statt der Stiefel tragen; unerwünschter Familienzuwachs; Konkurs, Weltkrieg und Verdauungsbeschwerden – etwas ist immer. Aber wir sind mit daran schuld.

Unser Apparat ist viel zu groß. Kein Wunder, wenn immer irgendein Rad zerbrochen ist, eine Kette schleift, eine Schraube quietscht. Mit dem Aufwand, den wir heute treiben, eine lange Reise zu tun, haben die Griechen früher ihre kleinen Kriege absolviert, und Ruhe geben wir nie. Ich kann mir unsre Börsianer so richtig im Paradies, wie sie in dasselbe kommen,

vorstellen: es zieht, das Eintrittsgeld war zu hoch, einen Kurszettel gibt es nicht, und so haben sie es sich überhaupt nicht vorgestellt. (Verkauft Eva Ansichtskarten? Nein. Also: Paradies-Baisse, Krach, Umzug in die Hölle. Den Rest siehe oben.) Etwas ist immer. Es hat nie eine treffendere Redensart gegeben. Und, wissen Sie, der ganze Spektakel hat eigentlich so wenig Sinn. Denken Sie sich, was wir in den letzten acht Jahren alle miteinander angegeben haben, und was ist dabei herausgekommen? Dieses Europa. Etwas ist immer, es ist ein bißchen viel für einen einzelnen Herrn. Und die Einwohnerschaft dieses Kontinents ist reichlich nervös geworden, so nervös, dass sie ordentlich danach sucht, wenn einmal nichts ist – ärgerlich schweift der Blick umher, dass er etwas finde, was nicht stimmt. Denn bei uns ist etwas nicht in Ordnung, wenn alles in Ordnung ist, und etwas ist immer, und zum Kampfe ist der Mann, ausgerechnet, auf der Welt. Wie sagt der Kinoregisseur? »Licht! Bewegung! Großaufnahme!«

Glück ist der Zustand, den man nicht spürt, sagt der Weise.

Wo gibt es noch reine Freuden? Ich glaube: nur noch in dem alleinseligmachenden Zustand, wo jener, glücklich lächelnd, in der Droschke saß und den Kutscher fragte, wieviel Uhr es sei. Und der Kutscher antwortete: »Elf Uhr, Herr!« Und jener, im Vollbewußtsein der irdischen Seligkeit: »Gestern – oder – heute?« Siehe, das ist das Glück. Aber der hat am nächsten Morgen einen unfreundlichen Kater und muß büßen, dass er den Flug von der Erde versucht hat. Und kraucht wieder unten – und etwas ist immer.

Wir aber sehnen uns. Nach jenem Zustand, der uns glücklich und leicht mache – nach jenem legendären kleinen weißen Häuschen, das ein Hort der Zufriedenheit sei und eine Ruhestätte vor allem Jammer. Dahin möchten wir so gern einmal.

Ich möchte heim – mich ziehts dem Vaterhause,

Dem Vaterherzen zu.

Fort aus der Welt verworrenem Gebrause

Zur stillen, tiefen Ruh.

Mit tausend Wünschen bin ich ausgegangen,

Heim kehr ich mit bescheidenem Verlangen;

Noch hegt mein Herz nur einer Hoffnung Keim:

Ich möchte heim.

Aber das Heim hat keine Zentralheizung, nebenan ist eine Lederfabrik mit übelduftendem Schornstein, das Weib unsrer Wahl ist dick geworden, und der Junge ist auch nicht so, wie wir ihn uns dachten: zum Diplomaten zu klug, zum Filmschauspieler zu häßlich, zum Bankier zu dumm und für einen bürgerlichen Beruf ungeeignet. Da sitztest du vor einem Idealhäuschen, die Linden rauschen, der Bach murmelt, der Mond scheint. Und in deinem Herzen keimt eine leise kleine Sehnsucht auf nach der großen Stadt, nach ihrem Lärm und nach ihrem Ärger. Ruft deine liebe Adelheid? Laß sie rufen. Aber sie ruft, lauter und nicht melodiöser. Und seufzend gehst du ins Haus ... Und laß dir nichts erzählen von feinen Inschriften für deinen Grabstein. Ich habe eine für dich, wie nach Maß gearbeitet, verlaß dich drauf, sie paßt wundervoll. Schreib: Etwas ist immer.

Peter Panter

Die Weltbühne, 14.06.1923, Nr. 24, S.701.

4 - Der Preußenhimmel

Petrus (vor einer Engelsfront): Brust raus, der rechte Flügelmann! Was ist das wieder für eine himmelschreiende Richtung! Wollt ihr die Heiligenscheine zusammennemen! Der zweite Engel mehr nach hinten! So – so ... Halt! Bei allen Heiligen! – Nicht mit den Flügeln wackeln! Ganze Abteilung – kitt! Ganze Abteilung – kitt!

Der liebe Gott (von rechts)

Petrus: Achtung! Augännnnnn – rechts! (Ruck) Ein Petrus – zwei Oberengel – siebenundachtzig Engel zum Exerzieren angetreten.

Der liebe Gott: Danke! Mojn, Leute!

Die Engel (in einer Silbe): Guten Morgen, lieber Gott (sprich Bau!)

Der liebe Gott: Na, gibts was Neues, lieber Petrus?

Petrus: Nein, Exzellenz!

Der liebe Gott: Sehn gut aus, die Leute! Kriegt ihr eure Löhnung auch pünktlich?

Die Abteilung: Zu Befehl, lieber Gott!

Der liebe Gott: Lassen Sie die Leute wegtreten!

Petrus: Weggetreten! (Abteilung ab)

Der liebe Gott: Komm Sie mal mit in die Kanzlei, mein lieber Petrus! Wolln uns mal den Zugang ansehen!

Petrus: Zu Befehl, Exzellenz!

(In der Aufnahmekanzlei)

Ein Arbeiter (beschmutzter und aufgerissener Rock. Zerschlagenes Gesicht. Zerschlagene Hände, Hinkt. Richtet sich mühsam auf, als er des lieben Gottes ansichtig wird):
Guten Morgen!

Petrus: Warten Sie gefälligst, bis Sie gefragt wern! Und nehm Sie mal hier ne stramme Haltung an, vastanden! Sie sind hier nicht in Ihrem sozialdemokratischen Parteibüro! Heißen?

Der Arbeiter: Pettenkofer!

Petrus: Ich bin Wachtmeister. Heißen?

Der Arbeiter: Pettenkofer.

Petrus: Pettenkofer, Herr Wachtmeister, heißt das, du dußlige Sau! Wie heißt das?

Der Arbeiter: Pettenkofer, Herr Wachtm ... ach, entschuldigen Sie, bin ich hier richtig, im Himmel?

Petrus: Halten Sies Maul, wenn Sie mit mir reden! Was willst du hier?

Der Arbeiter: Ich wurde bei Marburg ermordet. Mein Leib lag auf der Chaussee. Studenten erschossen mich. Mein Tod ist ungesühnt.

Der liebe Gott (erhebt sich in seiner ganzen Größe. Gardemaß): Scheren Sie sich raus! Was glauben Sie denn eigentlich! Meinen Sie, wir sind hier in einem Kommunistennest? Wenn die braven Marburger kommen, werden wir sie aufnehmen! Sie nicht! Raus! Scher dich zum Teufel!

Der Arbeiter (stumm ab)

Der liebe Gott (drin): Was sich diese Leute alles einbilden! Noch liegt Deutschland unter meinem Himmel und liegt mein Himmel über Deutschland!

Petrus: Zu Befehl, Exzellenz!

Der Arbeiter (draußen): Wahrlich, so wie es drunten ist, so wird es auch droben sein! Die Hölle? Ich bin vier Jahr Soldat gewesen.

Der liebe Gott (drin): Wissen Sie – is doch 'n ganz anderer Zug im Himmel, seitdem mich Willem zum preußischen lieben Gott ernannt hat. Der hohe Alliierte droben, hat er immer jesagt ... Schade, dass er den Krieg verloren hat! War doch alles so nett organisiert ... ! Hatn auch eijentlich gar nicht verloren ... Die andern haben bloß jesiegt –! Petrus!

Petrus: Exzellenz?

Der liebe Gott: Noch jemand?

Petrus: Werde gleich mal nachsehn, Exzellenz! (öffnet eine Tür) Zugang?

Eine Stimme: Jawohl.

Petrus: Rein!

Der Zugang (preußische Leutnantsuniform. Knallt an der Tür die Hacken zusammen, dass der Kalk von den Wänden rieselt)

Der liebe Gott: Bitte, Petrus.

Petrus: Name?

Der Zugang: Arco-Valley.

Petrus: Beruf?

Der Zugang: Bayerischer Nationalheld.

Petrus: Zuletzt wohnhaft?

Der Zugang: Polizeilich gemeldet: Zuchthaus Straubing. Dasselbst lebenslänglich verbüßt: einen Monat. Aufenthaltsort: München. Bin mit eijenem Fluchzeug hier raufgeflogen.

Petrus: Himmlische Qualifikationen?

Der Zugang (hebt die rechte Hand. Es klebt Blut daran)

Der liebe Gott (interessiert): Ah –?

Der Zugang (sehr stramm): Eisner, Exzellenz.

Der liebe Gott (befriedigt): Soso – soso. Weiter, Petrus.

Petrus: Na, Herr Baron, wissen doch aber ... Du sollst nicht ... Herr Baron sollen nicht töten?

Der Zugang (herunterlassend): Ich habe von meinem nationalen Recht der Notwehr Gebrauch gemacht, indem ich einen landfremden Schädling beseitigte, wie es mir mein Gewissen befahl. Der Dank aller Guten ist mir gewiß, von einer Prokuristenstellung gar nicht zu reden.

Petrus: Bon. Schwere Arbeit jewesen, Herr Baron?

Der Zugang: Von hinten erschossen, Wachtmeister.

Petrus (fragender Blick zum lieben Gott. Der nickt): Passiert!

Der Zugang: Danke gehorsamst. (ab)

Der liebe Gott: Kolossal ordentlicher Mann. Und wir rüsten nicht ab, und unsere himmlische Wehr behalten wir auch – und unsere Fahne ist Schwarz-Weiß-Rot – und wenn ich alle guten Preußen und deutschen Soldaten erst bei mir hier oben habe –: dann wird mir ganz wohl sein!

Petrus: Mir auch, Exzellenz!

Das deutsche Arbeitervolk (von unten): Uns auch, Exzellenz! Uns auch –!

Kaspar Hauser

Freie Welt, 1920, Nr. 36, S. 5.

wieder in: Mona Lisa